

Berta Vias Mahou

Uma violonista
prestada



Berta Vias Mahou
*Una viola
prestada*



Una vida prestada

Berta Vias Mahou

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*a mi padre, que me educó en el escepticismo,
y a mi madre, que me hizo dudar
a los dos, por todo*

Por lo demás, sostiene que la vida social para el artista es un veneno.
Le vuelve superficial y le induce a hacer concesiones.

CARL SEELIG sobre ROBERT WALSER

Mi corazón es una cámara

Soy. Eres... ¿Qué has sido? Una espía sin sueldo. Una artista sin público. Una mujer sin hijos. Siempre escondida detrás de ti misma. No te gustaba verte. No te gustó nunca. Siempre mirando hacia dentro o más allá de tu sombra, aunque, a pesar de todo, te observabas. No mucho, porque enseguida apretabas el botón, se abría el obturador, y, clic, ahí quedaba para siempre tu silueta, en el espejo del agua, en las olas de una cornucopia o en la superficie suave y lisa de una esfera de metal, multiplicada hasta el infinito. En todas partes y en ninguna, porque estabas allí aun sin ser, porque eras sin estar, como si no tuvieras vida, y tu nombre no importaba. Una necesidad inmensa de anonimato, de no aparentar, de no atarte a nada ni a nadie, te ha llevado siempre a cambiar de nombre. A inventar identidades. A esconderte. ¿Qué eres? ¿Qué has sido?

Poco más que una sombra envuelta en las sombras. Una niñera que no podía seguir siéndolo porque envejeció. Una niñera a la que se le fue arrugando la frente, a la que se le encorvó la espalda y a la que le salieron bolsas bajo los ojos. Que caminaba cada vez más despacio. Colgada en su altura, con las alas del sombrero cada vez más caídas, una sombra bajo otra sombra. Una niñera que salía a pasear por las calles día tras día con su cámara colgada del cuello, entre rascacielos, chillidos de gaviota y sirenas, en busca... ¿De qué? De la mugre, del dolor, de la alegría, del bullicio, del silencio y de la luz, sobre todo de la luz, jugando a ser sombra. Como tú. En las aceras, en los charcos, en los cubos de basura, en la vida de los otros, anónimos casi siempre, como tú misma. Y la belleza. Esa belleza rara que

nadie parece ver. Y el horror que nos empeñamos en ignorar, incluso cuando es nuestro.

Siempre a la intemperie, con el mejor de los disfraces, un disfraz que no era disfraz, sino tu ropa de todos los días. Un atuendo normal y corriente, que no llamaba la atención y te volvía invisible, y al mismo tiempo extraño, diferente al de la mayoría. Sólo así te decidías a salir a la calle para vagar durante horas y horas por esas ciudades enormes en las que has vivido casi toda tu vida, Nueva York y Chicago, cuando ellas también eran jóvenes, en un país aún por hacer, cuando cualquier persona llegada de Europa tenía más historia que todo este continente. Y ahí, en la calle, siempre atenta a lo que ocurría a tu alrededor, a veces sonreías y hasta te echabas a reír. Cuando un niño desde detrás de sus gafas y bajo un gorro de piel de castor con la cola larga acariciándole el cogote te miraba ceñudo. O si un pobre anciano lunático se paseaba con los pantalones subidos hasta las ingles, con chaqueta, los calcetines bien estirados y sombrero.

O cuando una mujer de cierta edad se atrevía a desafiarte, con mirada áspera, por encima de la estola de piel que llevaba sobre los hombros menguados, tan frágiles ya después de una vida larga y triste, como si cada hueso fuera de papel. También entonces sonreías o te echabas a reír. Y disparabas. Para retratar a todas esas personas que cuando mueran parecerá que apenas han vivido. Como tú. A todas esas personas a las que tú querías prestar vida. Un pedacito de vida en un cartón. O en un fragmento de película. En un negativo. Tampoco hablabas casi nunca, aunque a menudo te atrevías a hacer preguntas. A ladrar unas pocas palabras. Con tu acento francés y tu aire de extranjera en todas partes. Sólo con algunos desconocidos de pronto soltabas un discurso. Con el repartidor de leche, con un vendedor de periódicos, con otra niñera en una fiesta de postín a la que habías llevado a las crías de la alta sociedad a las que cuidabas.

Te gustaba acechar. Espiarlo todo. Hasta las palabras. Por eso preguntabas, para que los demás hablaran y no tener que hablar tú, aunque la mayoría de las personas no paran de hacerlo, incluso cuando están en la más completa de las soledades, como lo estarás tú muy pronto, porque de Rogers Park, donde sólo sobreviven los raros, tus iguales, irás a parar a la habitación de un hospital o de una residencia de ancianos, de la que saldrás metida en una caja de madera. Pero tú les hacías hablar de lo que querías que hablaran, no acerca de lo que ellos querían decir, y acababan hablando de lo que no querían. Preferías escuchar. Y ver, sobre todo ver, que no es más que otra manera de escuchar. Tus ojos son como dos faros. Dos faros vencidos por el peso de la vida. Dos faros que, desde el momento en que llegaste al mundo, no han dejado de caer. Dos agujeros negros, siempre observando. Como los de tu cámara. Un hueso más en tu osamenta. Tu costilla.

La Rolleiflex que siempre te acompañó. Aunque ella los tiene el uno debajo del otro, muy juntos, como los de un cíclope. Un cíclope que tuviera dos ojos. Y tú con ella siempre colgada del cuello parecías un cíclope de cuatro ojos. Tus ojos oyen. Tus oídos ven. Aún. Tu dedo, en cambio, ya no dispara, ni mata ni da vida, porque hace tiempo que no sales a espiar a los transeúntes, que no usas ninguna de las cámaras que has tenido, ni siquiera la Rollei. Te tiembla el pulso. Ni tú misma entiendes ya tu letra, cada vez más borrosa y extenuada. Como tu vista. Están a buen recaudo. Las cámaras. Con los negativos. Hace tiempo que no podían venir contigo, porque ya no te daban trabajo y tampoco tenías dónde quedarte. Empezaste a incomodar, a asustar a la gente y tal vez incluso a oler mal. Es lo que hacemos los viejos. Olemos a cadáver, llevamos en el rostro la muerte. No sólo la nuestra, sino la de todo el mundo.

Ya no se fiaban de tus capacidades para seguir haciendo lo que habías hecho durante toda tu vida. Cuidar a otros. Y tenían razón. Tu ser más íntimo

se tambaleaba, haciendo equilibrios en la cuerda floja de la soledad y la demencia. Ya sólo te sostenía tu plan. Tu plan. Ahora por fin está todo listo, según el proyecto que empezaste a urdir cuando eras joven y que después tu banda te ayudó a llevar a buen puerto. Tu banda. Unos personajes de aspecto tan notable que casi siempre pasaban desapercibidos. Sin disfrazarse, eran un puro disfraz. Y a ti el tuyo te protegía de las miradas. Trajes camiseros. Faldas hasta media pierna. Un poco más allá de la rodilla. Camisas cuadradas, de hombre. Trajes de chaqueta de corte sencillo. Y abrigos grandes, amplios. Con bolsillos, muchos bolsillos. Un aventurero viaja por el mundo sin apenas nada, pero su ropa está siempre llena de bolsillos, esos bolsillos que le dan seguridad, como un buen sombrero.

Y tus zapatos. Cómodos, sin tacón. Para caminar durante horas y horas cada día sin apenas tomar un descanso. Para volver al final del día a casa, pero no a la tuya, sino a la casa en la que vivías en cada momento, la de los otros, para trabajar o para dormir. Nunca una casa para ti. Sólo un trozo de casa en casa de unos extraños. El disfraz era tu casa. La ropa sirve para medrar en la vida. Por eso, los artistas se disfrazan de artistas, se ponen trajes de artista. Tú nunca has querido medrar. Pero la ropa también puede servir para quedarse atrás, para desaparecer del punto de mira de los demás. Y para salir a espiar. A los que quieren ascender, a los que no quieren hacerlo. Para acechar a los pocos que lo logran, aunque también a los que no lo consiguen y a los que ni siquiera se les pasa por la imaginación. O a los que si en algún momento de su vida lo hicieron, soñar con subir en la escala social o incluso con la fama, pronto se les olvidó por completo.

Para escrutar todas esas miradas de tristeza, de locura, de rabia, de complicidad, que has encontrado siempre a tu alrededor. Y golpes, gritos de socorro, forcejeos, peleas encarnizadas, a puñetazos. En plena calle. En el suelo. Y las páginas de los periódicos, repletas de asesinatos, suicidios,

catástrofes naturales, escándalos políticos. Y las aguas oscuras del Hudson. O las azules del lago Michigan. A los de abajo y a los de arriba, que son los mismos. O lo son en cuanto unos suben y los otros bajan, en cuanto unos acaban por estar donde antes estaban los otros. Atisbando también caricias, besos, abrazos. Siempre con la cámara al cuello o entre las manos, a la altura de tus tripas. Siempre dispuesta a disparar, siguiendo la pista de un crimen. El más grande de todos los crímenes. El de la vida. Vivir y, sobre todo, dar vida. Un crimen que tú no has querido cometer. Sólo observarlo desde fuera, por un agujero.

Y te vuelves a ver en la superficie bruñida de una bandeja de plata, en el centro de un escaparate en mitad de una calle cualquiera, ya no recuerdas si de Nueva York o de Chicago o de alguna de las muchas ciudades que visitaste cuando te fuiste a dar la vuelta al mundo, sola, con tu cámara, una superficie de plata, reluciente, en la que se refleja el ajedrezado de una verja, que parece una alambrada. Retrocedes unos pasos, tomas aire y te vuelves a acercar. Ahí está. Ahí estás. Esa eres tú. Nunca quisiste gustar. A nadie. Te conformabas con no dar asco, pero hasta eso resultó cada vez más difícil. Sí. Ahí estás. Esa eres tú. Un pedazo de madrastra. Una madrastra que no se casó. Que ni lo pensó un solo instante, ni siquiera con él... Con él, dos palabras que jamás te atreviste a poner juntas. Sólo ahora, cuando es demasiado tarde. La niñera, alta, seria, retadora, no sonreía así como así. No lo hacía casi nunca. Tampoco tenía motivos para hacerlo. Tan sólo los tenía para reírse a carcajadas o para llorar. A gritos.

Pero sabía contenerse, porque aprendió a dominarse desde muy niña, casi desde que nació. O tal vez nació así. A la niñera le gustaba vivir libre como el aire. Como a las hadas, a los animales y a los artistas. Porque a los artistas les gusta eso. Vivir libres de todo, aun encerrados en una habitación, consumiéndose sobre una cama. O en un sótano, sólo con una mesa y una

silla para seguir haciendo lo que hacen. Encerrados o todo el día en la calle, pero sin tener que responder a las preguntas del primero que pasa. Ni el correo, ni el teléfono, ni a las solicitudes de Hacienda, ni a los bancos. Por eso, la gente respetable, pegada a la tierra, a las ideas de siempre, considera al artista como una especie de insecto. Con razón. Un artista es un bicho, una alimaña, gigante. También tú lo eres. Un monstruo. Y te importa un bledo lo que piensen o digan de ti. Lo único que quieres, lo único que has querido siempre, es vivir según tus reglas. No has querido vender tu alma, a nadie, ni por unos cuantos dólares ni por un montón. Tu libertad.

Esa cochina libertad sin la que no habrías sabido vivir. Esa condenada libertad que quieres conservar hasta el día en que te mueras. Y tú decidirás cuándo habrá de llegar ese día. No falta mucho. Dejarás de comer, de tragar, de oír. Mientras tanto, no has querido saber nunca lo que los demás pensaban de ti. Te ha bastado con lo que tú pensabas, que, por otro lado, tampoco le interesaba a nadie. Sólo a algunos de los niños a los que cuidabas. Con ojos brillantes, preguntaban, siempre deseando saber más. Aquellas dos niñas en Southampton. A y B. ¿Qué habrá sido de ellas? A J, L y M aún los ves. O esa otra criatura con la que conspirabas en la época de los disturbios raciales aquí en Chicago. Sí. Te bastaba con lo que tú pensabas, porque estabas convencida, y aún lo estás, de que lo que hacías era bueno, sin necesidad de palmaditas en la espalda o de halagos y reverencias o exclamaciones de asombro y admiración o de aplausos.

Sabías muy bien lo que eras capaz de hacer y lo que no. Has acechado a muchos fotógrafos. Has bailado a su alrededor, sin hacer ruido. Fotógrafos famosos y fotógrafos buenos, que no siempre son los mismos. No suelen serlo. A unos y a otros los has espiado. A más de uno en plena calle, por casualidad. O a propósito, sabiendo dónde vivían, por dónde se movían. A otros, en museos y exposiciones. A casi todos en los libros, en los periódicos,

en las revistas. Has conocido también a alguno. Alguno te ayudó. Cuando eras joven. Como Jeanne. Jeanne Bertrand. También ella vino aquí, a los Estados Unidos de América, con su familia, en busca de una oportunidad. Como tu madre, desde un pueblecito de los Alpes franceses. Como tu abuela. Como tantos otros. Ella te ayudó. Con su mirada, con sus gestos, con lo que sabía. Y aprendiste a hacer lo que todos ellos hacían, la técnica, los trucos de la profesión, sin necesidad de que nadie supiera quién eras tú.

No has querido venderla. Tu alma. Por unas migajas de placer malsano. Y la vanidad no es más que eso. Un placer que dura poco y pide mucho. Siempre más y más y todavía más, hasta destruirte. Un placer de estómago y de hocico y orejas y dientes insaciables. Tampoco has pedido nada. Nunca. A nadie. No habrías sido capaz de ir de puerta en puerta para ver si te publicaban las fotografías en un periódico o en una revista, si las exponían en una galería, en un museo, o si te las compraba un mecenas o un coleccionista. Has preferido hacerlas para ti, todas, aunque también para los demás, como un regalo, pero todavía no, aunque pronto, muy pronto, llegará el momento. Cuando tú no puedas ya saber lo que los demás piensan sobre ellas, ni sobre ti. Cuando no sean más que un regalo y no un examen ante un tribunal con frecuencia hipócrita y corrupto.

Ya tienes suficiente con levantarte cada día de la cama, con asearte y vestirme para salir a la calle y no asustar a nadie, con intentar comer algo, rebuscando en la basura, para no morir antes de tiempo, con tratar de no maltratar a nadie, para no sentirte como un cerdo, porque a veces te dan ganas de empujar a alguien, de zarandear a más de uno, pero te aguantas. Has tenido que escuchar muchos gritos a lo largo de tu vida. Has visto tantas peleas. A una edad en la que te dejan marcado para siempre. Por eso, has huido siempre de todo y de todos, hasta de ti misma. No estabas dispuesta a soportar los comentarios sobre tu obra. No por miedo a que fueran críticos.

Eres peor que cualquier censura, con tu opinión siempre implacable. Demoledora. No por miedo, sino por pereza, una pereza imponente, inhumana. Frente a los juicios, tanto de los que no saben nada como de los que saben mucho, tal vez demasiado. Y quizá también por altanería. Por orgullo. Sí. ¿Por qué no?

No has querido tener que justificarte ante la corte suprema de los hombres, ni entrar en el juego de la rivalidad, dando vueltecitas en la noria de juguete como un roedor y comiendo pipas cuando se dignaran a ofrecértelas o muriéndote de hambre cuando no te prestaran la más mínima atención. Y tanta apatía has sentido siempre ante los comentarios negativos como frente a los favorables. Preferías salir por ahí a observar a tres conejos gruñendo sobre la marquesina de un cine o a una pareja de hipopótamos intentando besarse a través de los barrotes del zoológico. A un caballo muerto en mitad de la calle con la cabeza rota en un charco oscuro y viscoso, el cráneo roto pegado a la acera, como si el animal en el último instante hubiera querido volver al interior del claustro materno. A un gato aplastado sobre papeles sucios o a una paloma reventada entre páginas de semanarios y revistas en una papelería, allí donde acaba la fama.

Hacerlo para ti y algún día para los demás, pero mientras tanto no hacerlo nunca para la galería, porque has querido vivir siempre como los halcones, según tus propias leyes, consciente de que los momentos felices y los tristes, los momentos que no olvidaremos, tienen más que ver con esos fogonazos de vida y de muerte que encontramos a cada paso que con cualquier elogio o superlativo que te puedan dedicar. Has sido dura. Muy dura. Te levantabas de la cama cada día para salir por ahí a observar. Con eso te bastaba. Por eso, lo que has preferido siempre es pasear, sola, para captar con tu cámara todo lo que encontrabas a tu paso. Lo que está condenado a desaparecer. Relájate, Vivian. Estás sentada en un banco, en tu banco, frente al Michigan. Relájate

un poco. ¿Cómo voy a relajarme? Me estoy muriendo y pronto dejaré de ver todo esto que tanto me fascinó siempre. Desde que nació. La vida. Sí, soy fotógrafa.

Por encima de todo, aunque lo poco que he revelado lo he hecho siempre en tiendas de barrio, sin editar, como dicen en la jerga. Y yo tampoco me he revelado. Aún lo soy, fotógrafa, aunque nadie lo sepa, aunque ya no saque la cámara, ni haga ninguna foto y no sea ya más que un negativo de mí misma. Y mis negativos, máscaras mortuorias. Sí. Cada fotografía es una tumba. La de cada uno de los personajes con los que te has cruzado a lo largo de tu vida. Y todas juntas, tu cementerio particular. Por eso, sólo disparabas una vez, como un cazador, un cazador solitario. Certero. Les prestabas vida y, en cierto modo, los matabas. Nadie ha recorrido tantas calles de Nueva York y de Chicago como tú. Todas las calles de Nueva York y de Chicago en todas las direcciones. Hasta el agotamiento. Y las de Los Ángeles. Y las de Vancouver. Y las de París. O las de El Cairo, Bangkok, Shanghái, Camagüey, Turín, Granada, Sevilla, Madrid...

Deteniéndote lo justo para inmortalizar una escena. Las escenas de la calle hablan. De lo que ya sabemos y de lo que ignoramos, de lo que no se dice nunca. También los objetos hablan, tirados en el fondo de los cubos de basura. Un muñeco viejo, unas medias rotas, unos zapatos polvorientos con las suelas despegadas, un montón de periódicos atrasados, aunque siempre lo están. O un niño. Te gustaba meter a los niños en las papeleras. Y a ellos que les hicieras un retrato ahí. Como si los hubieran abandonado para siempre. Como en los cuentos. Ser desgraciado unos instantes, saboreando el peligro como una emoción pasajera. Como te abandonaron a ti. Y tú a ellos. Abandonada a tu suerte, que tú has sabido mejorar, esquivando a la familia, la que te tocó en suerte o en desgracia. Rehuyendo también a la que hubieras podido formar con algún hombre. Con él. Con él. Con él...

También las distintas partes del cuerpo hablan. Las piernas de las mujeres, por debajo de las faldas. Las pisadas de los hombres, corriendo de un lado para otro para prosperar o porque no lo consiguen y están a punto de perecer en vida. Las manos, enlazadas o sueltas. Las de los maniqués en los escaparates. Las de madera hablan. Las de carne y hueso también. Sin emitir un sonido. Porque somos todos mutilados, en cuerpo y alma. Y tú todos esos objetos y todas esas personas mutiladas y condenadas a desaparecer, los has querido guardar. Para ti. Sí. Y algún día no muy lejano, tal vez hoy, tal vez mañana o el mes que viene, para todos. Almas mutiladas, miradas rotas, corazones tullidos. Estás mayor, Vivian. Muy mayor. Ahora que por fin el país se ha hecho adulto, que pronto en la Casa Blanca habrá un presidente negro, porque acaba de salir elegido hace unos días, algo impensable cuando naciste, hace casi ochenta y tres años, impensable también con los Kennedy y cuando mataron a Martin Luther King, impensable para muchos incluso hasta hace una semana, tú estás demasiado mayor.

Con la espalda tronchada por el peso de los años apenas puedes caminar, aunque aún sales todos los días y te arrastras para venir a este banco frente al Michigan, en este parque en el que recalán los seres abandonados como tú. Y él. También él. A veces también él viene a sentarse contigo, aunque ya no vive aquí, ni en ningún otro lugar de la tierra. Y te quedas aquí durante horas y horas cada día, comiendo un guiso de carne enlatada, con esa cuchara que traes en un bolsillo del abrigo, o leyendo algún periódico o una revista que has podido encontrar en un cubo de basura del vecindario, leyendo debajo de tu sombrero, sentada bajo la lluvia, el sol o el viento, siempre igual vestida, con tus medias gruesas y tus zapatos de hombre, sabiendo que por ahí hay un montón de cajas y maletas abarrotadas de imágenes, espléndidas, sí, lo sabes muy bien, miles y miles de instantes captados con tu cámara, negativos celosamente guardados que no podían ver el mismo sol que tú, pero que ya

están saliendo a la luz.

Alguien está desvelando ya tu misterio, el misterio que nunca quisiste revelar, aunque todo el que se cruzaba contigo lo tenía delante de las narices, el misterio que ahora sí quieres que se descubra. Sí. Ahora, cuando no puedes más, te sientas. Ahora comes sentada. Está haciendo un invierno muy duro, aquí, donde los inviernos siempre lo son, inclementes y tan largos que para un viejo cada uno de ellos amenaza con ser el último. Anuncian fuertes tormentas de nieve. Las calles pronto se cubrirán de hielo, como las aguas del lago, ahí enfrente, que una vez más parece haberse convertido en un gigantesco bloque de mármol y cristal, y de los árboles colgarán larguísimos carámbanos que cuando se desmoronen matarán a más de uno. Dicen que es peligroso salir de casa, sobre todo para los ancianos, pero tú necesitas estar en la calle. Ver cada día la salida del sol. El viento aúlla por todas partes y arrastra ramas enteras, empujando con saña a los transeúntes, que aquí caminan más rápido que en cualquier otra ciudad.

Está empezando a nevar, Fräulein Maier. *Sacré nom de garce...* ¡Qué frío! Tiritas y te encoges entre tus trapos. Tienes que volver a casa, a ese apartamento que te buscaron León Azul, Orejas de Murciélagos y Pájaro Furioso, tus niños, que ahora son adultos, ellos lo pagan, para que no vivas a la intemperie, aunque lo cierto es que aún te pasas casi todo el día fuera, como una mendiga. Estirando tu larga y triste figura, te levantas por fin para volver a casa, porque el sol se va a poner ya, y echas a caminar por la calle Howard. Es martes. Pasado mañana se celebra el día de Acción de Gracias. En Manhattan, como cada año, habrá un desfile de globos gigantes. Pero tú no volverás a verlo, mademoiselle Vivian. Nunca más. Como tampoco volverás a ver las aguas azules del lago. No se descongelará para ti. Ya no queda nada que hacer. Sólo desaparecer de una vez por todas, para siempre. Y devolverle a la vida lo que te dio. Todo lo que tuviste, lo que has sentido,

lo que has creado. Todo lo que se te prestó.

Soy una sombra. Soy un muñón. ¿Qué soy? Una espía sin sueldo. Una artista sin público. Una hembra sin macho. Sin manada. Soy... ¿Qué soy? ¿Qué he sido? Un monstruo que ha dedicado su vida a inmortalizar todo lo que encontraba a su alrededor. Sí. Soy una máquina. Y mi corazón es una cámara. Mortuoria.

Castillos en el aire

El libro de oro de las costumbres, en el capítulo dedicado a las muchachas solteras, afirma que el verdadero campo de trabajo de la mujer, el cuidado de la economía doméstica o la educación de los niños en casa ajena, ofrece espacio suficiente para las que son de buena familia... ¿Eras tú de buena familia? ¿Qué es una buena familia? ¿La que tiene un Von en el apellido, como lo tenía la de tu padre, aunque casi todos sus parientes batallaran con inquina por un puñado de monedas o unos cuantos bártulos y huyeran los unos de los otros como de la peste? El verdadero campo de trabajo de la mujer... ¿Es que las mujeres sólo se ocupan del cuidado de la casa y de la educación de los niños? ¿Acaso no había ya entonces y desde hacía bastante tiempo mujeres que se dedicaban a pintar, a escribir o a la escultura o que eran actrices e incluso médicos o aviadoras? Mujeres que, como algunos hombres, se dedicaban a hacer lo que querían.

Tampoco ibas a entrar en un convento. No estábamos en el siglo XIII. Y tú no eras religiosa. No creías en Dios, en ningún dios. Te sentías, te has sentido siempre, como una refugiada judía con antecedentes de otras religiones y totalmente incrédula. O atea. Porque eras y aún eres una americana del siglo XX y ahora también del XXI. Una americana moderna. Una europea retrógrada. Todo en una misma persona. Llena de aristas, de incoherencias. De todos modos, aunque *El libro de oro de las costumbres* sea una soberana estupidez y ni siquiera exista y te lo hayas inventado tú, como tantas otras cosas, eso era justo lo que debías hacer para ganarte el pan y comprar tiempo. Dedicarte al cuidado de los niños en casa ajena. Nada de trabajar en un taller

clandestino a cambio de un sueldo miserable que apenas te daba para pagar una habitación. Como tampoco en la fábrica de muñecas.

Muñecas con pelo de verdad y ojos que se abrían y cerraban. Y tú todo el día embutiendo pelambreras, cortando e hilvanando trajes en miniatura. Cosiendo Alicias en el País de las Maravillas. Cosiendo Escarlatas O'Hara y deseando que se las llevara a todas el viento. Y bebés. Muchos bebés. ¿Fue por los muñecos por lo que se te ocurrió dedicarte a cuidar niños? Como Jeanne cuando empezó. Jeanne Bertrand. También ella entró como operaria en una fábrica de agujas para máquinas de coser, aunque, siendo muy joven, casi una niña, se metió a trabajar en el estudio de un fotógrafo, haciendo todo lo que no quería hacer él para algún día poder hacer lo que ella quería. Y lo consiguió y se convirtió en una promesa, en una estrella de la fotografía, aunque no por mucho tiempo. Pero tú no quisiste seguir ese camino. Dedicándote a cuidar a los hijos de los ricos, aunque el salario tampoco fuera alto, siempre tendrías un techo sobre tu cabeza.

Y comida. Y calefacción. Y tal vez hasta unas buenas vistas. Y un lugar en el que guardar tus cosas. Y, sobre todo, tiempo libre. Mucho tiempo libre. Podrías pasar el día entero en la calle. Con la cámara. Mientras los niños estuvieran en el colegio. Y pasar muchas horas ahí fuera también con ellos. El trabajo no era difícil. Dar de comer a los niños. Bañar a los niños. Llevarlos al colegio. A la cama. Al médico. Sacarlos de la cama. Darles el desayuno. Algunos días la comida. La merienda. La cena. Vestirlos. Quitarles la ropa. Atarles los zapatos. Desatárselos. Enseñarles a hacerlo ellos mismos. Administrar un coscorrón de vez en cuando... Cualquiera lo puede hacer. Con un poco de paciencia y sentido común. Tú además les abrirías el horizonte, llevándoles a barrios que no habrían pisado jamás ni llegarían a pisar en su vida si no fuera contigo, a las tiendas de segunda mano, a manifestaciones, a la celebración del año nuevo chino, a los mataderos, a los

cementerios...

Hay todo un mundo por descubrir cuando uno abandona la casa y el barrio en los que vive. Así sabrían lo distinta que puede ser la existencia. Con sólo cruzar un par de calles. Que se enteren, pensabas, pero no por los periódicos ni por la televisión o la radio. Que lo vean con sus propios ojos. Que lo huelan con sus narices y lo toquen con sus manos. Si hubieras sido rica o hubieras heredado una fortuna, te habrías dedicado a hacer lo mismo que has hecho siempre, sin ser rica, sin haber heredado una fortuna. A deambular por las calles y los parques con tu cámara. De modo que lo único que necesitabas era buscar acomodo y ganar un poco de dinero para no morirte de hambre, para seguir vagabundeando por la ciudad, haciendo fotos. Un trabajo fácil, sin tentaciones para un alma poco ambiciosa, sin posibilidad de subir en el escalafón, de hacerse famoso o rico. Nunca te atrajo la idea de darte importancia. Preferías pasar desapercibida.

Por eso a veces te asustaba tu altura, aunque has de reconocer que también tiene sus ventajas. Lo mejor será buscar en el periódico, pensaste, abriendo el *New York Times* por las páginas de los anuncios. Como todos los días. Lo abrías varias veces cada día, por distintas secciones. Y no sólo ése, también otros periódicos y varias revistas. Los examinabas de principio a fin. De arriba abajo. ¿En busca de qué? De todo y de nada. De pistas para ir a acechar a algún criminal, a un famoso, a un político. El mejor escritor de su generación, leíste. De su tiempo. Qué afirmaciones más atrevidas. Qué poco sopesadas. Cuánto superlativo siempre en los titulares y en los labios de tantas personas, que repiten lo que leen en esas pocas páginas como si fueran papagayos. Será más bien el que la industria editorial ha decidido que lo sea. La estrella masculina más importante del cine de todos los tiempos. El combate del siglo, como anuncian dos veces al año.

Otra industria poderosísima, el cine. Y un enano contrahecho que no sabía

actuar, y casi ni hablar, y que por eso no se quitaba el pitillo de los labios... Déjalo. Todo el mundo lo idolatra. No te entenderían. Y a ti a veces también te gustaba. Estabas buscando un anuncio. Por palabras. Un anuncio para entrar a trabajar en casa de una familia. Miles de muchachas necias o sin fortuna han recorrido ese mismo camino antes que tú. Miles de muchachas necias o sin fortuna recorrerán ese mismo camino después que tú. Un camino en el que todas esas muchachas necias o sin fortuna huyen de la miseria y de la soledad. Un camino en el que todas acaban encontrando la miseria y la soledad. Aun así, ibas a recorrerlo. Y al cabo de los años la muchacha necia y sin fortuna que eras y que seguirías siendo hasta el final moriría como un perro. ¿No te asustaba? En absoluto.

Oíste el latido de tu corazón. Como si latiera en el interior de otra persona. Como si tu vida no fuera tuya, sino un vestido, una prenda que te hubieran prestado. No te daba miedo. Eras joven. Apenas necesitabas nada. Ni familiares ni amigos, ni dinero ni halagos ni caricias. Nada. O casi nada. Sólo tiempo libre. Tiempo para vagar por ahí. Y un poco de sol. Bastaba leer los periódicos como hacías siempre. Los anuncios de trabajo. Como hizo tu madre cuando se separó definitivamente de tu padre. Después de varios años de constantes peleas, de tener que dejar a tu hermano en un hogar para niños necesitados de protección y más tarde con los abuelos paternos, de tenerte a ti, como si dar a luz a otro hijo pudiera arreglar los problemas de una pareja rota. Pero ella no sabía hacer nada. Sin recursos, sin casa, tras pasar un tiempo en la de su amiga Jeanne y al fracasar en la búsqueda de trabajo, decidió volver a Francia. Contigo. Y la abuela Eugenie, la madre de tu madre, tuvo que pagarlo todo, trabajando como una mula.

Voilà! Ahí estaba. Ahí tenías por fin un anuncio en el que solicitaban una niñera. En Southampton, donde sin duda veraneaban, porque el resto del año vivirían en Manhattan. No era tan difícil ir por la vida. Lo difícil era estar en

esta vida. Nada de llamar por teléfono. Lo mejor era presentarse allí, sin pensarlo mucho. Vete para allá ahora mismo. Con una maleta, aunque sea vacía. O mejor, mete dentro unos cuantos periódicos. Que vean nada más abrir la puerta hasta qué punto estás dispuesta a hacer el trabajo. Vístete. Rápido. No te acicales. Quieren una niñera, no una artista, ni una modelo. Quieren un fantasma que acompañe a sus hijos por la vida sin llamar la atención ni siquiera de los niños. Disimula tu pasión testaruda. Tu vocación. Bajo una expresión seria. Como si no tuvieras rasgos personales y ni siquiera un nombre. Eres la niñera. Nada más. Nadie quiere saber nada de ti y tú tampoco quieres que ellos sepan nada de ti.

Mientras te desvestías, te miraste en el espejo y perdiste varios minutos estudiando tu cuerpo con objetividad. Unas buenas piernas para recorrer largas distancias sin sentir fatiga. Los pies, grandes, te daban estabilidad. Las manos, acostumbradas a abrazar la cámara, a moverse con soltura y rapidez, ágiles. Los dedos, fuertes. Las manos de los fotógrafos, como las de los pianistas, no pueden ser pequeñas, ni rollizas. Nada de tripa en un torso bien torneado. Y todos sabemos que el centro de gravedad de nuestro cerebro se encuentra ahí abajo. En mitad del cuerpo. Desde ahí disparabas. Los brazos largos y enérgicos. Como el cuello. En resumen, un cuerpo de veintiséis años sano, obediente, que nunca caía enfermo. No podía. No debía. Los pobres no podemos permitirnos la enfermedad. Ni ir al médico. Un cuerpo de nadadora, capaz de soportar todo tipo de privaciones. ¿Por qué entonces aquel afán por pasar desapercibida? Pero déjate de exploraciones y vístete de una vez, te dijiste.

Traje sastre gris a rayas, muy suaves, con su fila de botones y unas pequeñas solapas que te abrazaban el cuello. Sin hacerte mayor, te daba seriedad y cierto aire masculino, algo que te gustaba. Tal vez porque buscabas no parecerte en nada a tu madre. Tal vez porque no querías atraer a

ningún hombre. Zapatos bajos, sin adornos. Y un sombrero. A los niños les gustan. Ven a los adultos que los llevan como si estuvieran un poco locos, como si no se hubieran alejado del todo de la infancia. Pero uno no muy grande, porque los grandes les asustan. Y a ti te molestan cuando enfocas y disparas. Uno con un poco de ala, que te protegiera del sol. Del mismo color que el traje. Y la maleta. La de piel de color blanco. Mete unos cuantos periódicos. Y la cámara. Por la calle querrás inmortalizar a más de uno. Jóvenes con palomas en los brazos, las alas abiertas, comiendo de su mano. Oficinistas haciendo equilibrios sobre sillas con patas de alambre, fumando un puro en mangas de camisa durante una pausa en el trabajo.

Hombres tirados en el suelo, sobre unos escalones sucios. Bebidos. O muertos. Al salir cogiste un paraguas, un arma de defensa en caso necesario. Pero un fotógrafo jamás lleva paraguas, porque coarta su libertad de movimiento. Claro que tampoco carga con una maleta. Aunque el equipaje siempre se puede dejar en el suelo, mientras que el paraguas, no. El paraguas no se tiene de pie y se cuelga por todas partes, poniendo la zancadilla a su amo. Lo dejarías caer sobre la maleta cada vez que quisieras hacer una foto de lo que encontraras por el camino. Perros con copetes de lazos, flores y cascabeles, más complicados que los de cualquier mujer presumida. En la estación de Pennsylvania podrás retratar su alta techumbre de hierro y cristal, el redondo y enorme reloj suspendido en el aire, las cascadas de luz chorreando por los gigantescos ventanales como en una iglesia. Un diluvio de oro.

A la gente apresurándose de una punta a otra, bajando por las escaleras que conducen a los andenes o esperando en los bancos de la sala central. Y cuando por fin estés montada en el tren, no podrás resistir la tentación de fotografiar a todas las parejas que se duerman el uno en el hombro del otro. O a hombres y mujeres solos, vencidos también por el sueño, apretados contra

la madera del compartimento. A todos los hombres de negocios que irán leyendo el periódico, mientras su reflejo huye en el cristal a la velocidad de los edificios, de las calles, de los puentes y después de los árboles y los campos. Sombrero, periódico, sombrero, periódico, sombrero, periódico... Y a ti misma. Repetida una y otra vez en los cristales de las ventanillas. Vivian. Vivian. Viv... Estampada tu ropa con los colores del paisaje y con fracciones de las siluetas de otros pasajeros. Voy a echar de menos la ciudad, pensaste en cuanto el vagón se movió. La gran ciudad. Esa aglomeración de gentes de todas clases. Ese bullicio de vida.

Aunque en Southampton sólo te quedarías durante los meses de verano. Después sin duda volverías a Nueva York. Atrás quedaba ya la estatua de la Libertad. No la podías ver desde el asiento, pero la intuiste a tu espalda. Con el brazo en alto y su corona de siete picos. El tren corría por encima del agua, atravesando el puente de Williamsburg en dirección a Queens. Trabajar en una casa ajena y vivir ahí durante unos años, hasta que los niños crezcan y ya no te necesiten. Y después lo mismo en otra casa. Y así hasta que te mueras, para no ocuparte de los recibos de la luz y del agua, ni del alquiler. Cuando veías un sobre con notas y extractos del banco, aun sabiendo leer y escribir, sentías que te volvías analfabeta. Que se te nublaban la vista. Tampoco te querías casar. No querías llevar una vida como la de tu madre o la de tu padre, dos desgraciados que se empeñaron en serlo aún más, en hacer de la desgracia una epidemia.

Que segaron la hierba bajo sus pies y hasta vaciaron la tierra. No querías una vida como la de ninguna de las mujeres casadas que habías visto a tu alrededor. Admirabas a las que salían adelante solas. Como Jeanne. Teníais mucho en común. Las dos habíais estudiado por vuestra cuenta. Geografía. Historia europea. Gramática. Y, por supuesto, fotografía. Y seguíais haciéndolo. De Jeanne dijeron que acabaría por convertirse en una leyenda,

pero apareció un hombre, un escultor de origen siciliano, del que se enamoró y al que siguió a Nueva York desde Connecticut, donde ella ya era casi un mito. Le ayudó en su carrera, haciendo fotos de sus esculturas y difundíéndolas en las revistas a las que ella tenía acceso, pero se quedó embarazada, cuando él estaba casado con otra y ya era padre también. Jeanne tuvo una crisis nerviosa, la internaron y su carrera se quebró. Su mente se quebró, se hizo pedazos. Ya nunca fue lo que todos pensaron que llegaría a ser.

Los niños aprenden por imitación. O por reacción. Se fijan en la madre, en el padre. En otra mujer o en otro hombre que estén cerca. En una abuela. En una tía. En un amigo del padre. En un maestro. Y si ese hombre o esa mujer lee mucho, leerán. Y si ese hombre o esa mujer disfruta haciendo fotografías, ellos también las harán. O no. No te querías casar. No querías que un hombre te protegiera. Querías hacerlo todo tú sola. Mostrarte aún más fuerte de lo que eras cuando sentías la tentación de flaquear. Cuando tenías cuatro años, Jeanne, nada más verte, mirándote a los ojos, exclamó: *Quel beau regard, mais si triste...* Tú entonces aún no sabías francés. Lo aprendiste cuando te fuiste allí a vivir. A Champsaur. Años después. Pero tu madre te lo tradujo. Con una sonrisa orgullosa en los labios y un punto también de preocupación en los ojos. Qué hermosa mirada, pero tan triste...

Una niña con mirada de adulto, siguió diciendo Jeanne, ya en inglés, ese inglés que tú poco después perderías, hasta casi olvidarlo, cuando os fuisteis a vivir a Francia, a aquel pueblecito en los Alpes. Qué hermosa mirada, dijo Jeanne, pero tan triste... El día en que tu madre y tú aparecisteis en la puerta de su casa. Sin padre, aunque tú lo tenías. Y aún estaba vivo entonces, cuando tomaste la decisión de dedicarte a cuidar niños y vivir por tu cuenta, en casas de extraños, pero no querías volver a saber nada de él, ni de nadie de la familia. Preferías estar sola en el mundo. Cambiabas de apellido casi con la

misma frecuencia con la que te mudabas de ropa. Para estar limpia. Para no tener nada que ver con tu progenitor. En cambio, tu madre... Tu madre siempre andaba inventando apellidos, aunque ella lo hacía para tener un padre. El padre que hubiera querido tener. Un padre prestado. De su invención.

Distintos padres que se sacaba de la chistera. Todo un puñado de padres. Imponentes, como castillos. Y un marido. Alguien que la protegiera. Otro castillo en el aire. Qué hermosa mirada, repitió Jeanne, sin darse cuenta de que no os había invitado a pasar, concentrada como estaba en tus ojos. De adulto, pero llena de magia, prosiguió. Una mirada de niña, inteligente, tímida, aunque a la vez madura y con sentido del humor, entrenada ya en la piedad... Jeanne hacía retratos con la cámara. Y sabía mirar. Era hermosa, pero hasta en una fotografía, o tal vez sobre todo en una fotografía, se podría haber adivinado su futura desgracia. Con aquellos ojos de gacela, aquella inocencia y el corazón cargado de idealismo. La isla por la que avanzaba el tren era larga y la tierra se iba estrechando cada vez más. Las dos orillas, a la izquierda y a la derecha, a cada lado de la vía, a cada lado de la vida, se iban juntando poco a poco.

Parecía que el tren corriera como un loco con la intención de tirarse de cabeza al mar. Cuando la tierra se estrechara tanto que desapareciera del todo. Por allí estaba Long Beach. Recordaste una tarde en la playa. Hacía poco. Con Emilie. Emilie Haugmard. Otra francesa que te ayudó después de que tu madre se separara de una vez por todas de tu padre. Una mujer que socorría a viudas, huérfanos y mutilados de guerra. Como un caballero andante. Una mujer extraordinaria que te bendijo con un nuevo sentido que faltaba en tu familia. El del humor. En una playa muy parecida a la que en aquellos momentos corría por los cristales de las ventanillas, en esas mismas aguas, las que veías desde tu asiento. No sé de dónde has salido, hija, te dijo Emilie

contemplando tu figura mientras te secabas con una toalla, tu cuerpo juvenil envuelto en un bañador oscuro. No sé de dónde has salido, repitió, sonriendo como lo hacía siempre. Con esa altura que tienes de rascacielos...

Desde tu metro setenta y siete, encogiste los hombros y te echaste a reír. Tu hermano también era enorme. Medía casi un metro noventa. Y tu risa cayó sobre Emilie, iluminando sus ojos y sus cabellos blancos, su cuerpo encogido y abultado por el peso de los años y los reveses, como el de tu madre, aunque muchos de los que padecía la Emperatriz de las Enfermedades Inexistentes los provocaba ella misma, con su manía de pedirle tanto a la vida sin dar apenas nada a cambio, siempre exigiendo, siempre esperando. ¿Será por culpa del hombre aquel con el que se acostó tu abuela en Francia?, preguntó Emilie. Te quedaste perpleja. No imaginabas que Emilie lo supiera, pero tu abuela se lo debió de contar. Fueron amigas de jóvenes. Tenían la misma edad. La abuela Eugenie se quedó embarazada siendo una adolescente. El padre, un joven campesino de dieciséis años que llegó a Beauregard para trabajar en las tierras de la familia, no reconoció a su hija hasta mucho más tarde, cuando la niña, tu madre, ya era adulta.

Cuando vosotras os fuisteis a Francia. Y entonces tu madre ya no quiso su apellido. Baille. No se podía erigir un castillo sobre aquel insulso patronímico. Cuatro o cinco años después de dar a luz, la abuela Eugenie se había venido a Nueva York. Sola. Como tantos otros. América era el sueño de todos ellos. Desheredados, perseguidos y mujeres marcadas. Venían para recoger dólares por las calles y muchos de ellos encontraron el infortunio con el que se topaba la mayoría de los inmigrantes. Y tantos otros entre los que no emigraban. Una espada en el brazo de la estatua de la Libertad, en lugar de la antorcha iluminando el camino. La vida al fin y al cabo es una lucha en la que suele ganar el más fuerte y el más indiferente. Y sólo a veces el que persevera. La abuela Eugenie trabajó como cocinera en las casas de los ricos.

Se la rifaban las mejores familias. Eso le dio la oportunidad de vivir en habitaciones confortables y al mismo tiempo de ahorrar.

En cierto modo voy a ser como la abuela Eugenie, pensaste, porque ya entonces le dabas vueltas a la idea de cuidar niños, y te diste cuenta de que te habías olvidado por completo de Emilie. De pie en mitad de la arena. Sonreíste, abandonando tus cavilaciones, los recuerdos de otras vidas, y las dos os echasteis otra vez a reír. ¿O será por culpa de los alemanes o austríacos esos que tienes por parte de padre, los dichosos Von Maier? No sé de dónde has salido, hija, insistió Emilie mientras os hacíais unas cuantas fotos. Y no lo digo sólo por la estatura. Eres grande, aunque tan reservada y con unos principios tan férreos, que los demás nunca se fijarán en ti. Les costará saber lo que eres capaz de hacer... El tren ya había pasado Westhampton Beach. Después vendría Hampton Bays. Y en poco tiempo entraríais en la estación de Southampton. Con tu maleta llena de periódicos caminarías hacia la dirección que habías encontrado en uno de ellos.

Hacía un día precioso. Soleado, aunque fresco. No te sobraba ni una prenda. Así daba gusto caminar. Aunque a ti siempre te gustó hacerlo, aunque nevara, lloviera y el viento tirara los árboles. No te cansabas de mirar a un lado y a otro. La casa era preciosa. Blanca. Llena de ventanas por todas partes. De dos pisos. El superior algo más reducido que el primero y con tejado a dos aguas. Se encontraba en medio de una colonia de casas similares. Amplias, elegantes y todas ellas muy cerca del mar. Tus ojos se quedaron clavados en un llamador de metal dorado con unas letras grabadas en él, muy sencillas. Unas iniciales. M. W. Sin duda, las del dueño de la casa. No había timbre, así que alzaste la mano y con aquella aldaba dorada golpeaste un par de veces la puerta, que no tardó en abrirse. En el vano apareció una mujer de edad parecida a la tuya, unos veinticinco o veintiséis años, rubia, de un rubio mucho más claro.

A ti el cabello se te había oscurecido al cortarlo. Cuando decidiste renunciar a la melena de rizos que te caía por la espalda. Una mujer de ojos azules muy claros, casi transparentes, muy bien vestida y peinada, mucho mejor vestida y peinada que tú, a pesar de lo mucho que al final te habías esmerado, te miraba desde el vano de la puerta, sonriendo. Aquella mujer desconocida parecía tu reflejo y en cierto modo también tu negativo, porque lo que en la recién llegada resultaba grande y un poco desgarbado, en la señora de la casa era delicado y suave. Es mi espejo, pensaste. Representa todo lo que yo podría haber sido, lo que podría ser y lo que no seré nunca. Un ama de casa con hijos que no necesita trabajar y que además de una casa blanca junto al mar en la que pasar las vacaciones tendrá niñera y marido y cocinera y quizá también criada y tal vez incluso chófer. Pero también ha de haber mujeres como ella.

Si no, las muchachas necias y sin fortuna como yo no podrían ganarse la vida. Soy la nueva niñera, dijiste. Quiero decir. Vengo por el anuncio... ¿Señorita...?, inquirió la señora de la casa blanca, sujetando la puerta con ambas manos, una apoyada en el picaporte y la otra agarrada al canto. No entendí su nombre cuando me lo dijo por teléfono... Al final habías llamado, para no hacer el viaje en balde, para que no te quitaran la oportunidad de optar al puesto. Smith, señorita Smith, respondiste. Llámeme Smith... Me pareció escuchar otra cosa. Algo alemán. Algo como Ma, Me... Smith, insististe. Con brusquedad. Llámeme Smith, añadiste para suavizar el tono anterior con una petición o sugerencia, aunque sin duda había sonado como una orden. Adoptar un apellido como aquel, tan común y corriente en el mundo anglosajón, era como decir: Soy cualquiera. En cuanto a los Maier, hacía más de doscientos años que habían ido a parar a tierras americanas.

Los había por todas partes. Y tú además jugabas al despiste. Con aquel nombre que se podía escribir de muchas formas. Que se movía tanto como

sus portadores. Con aquel nombre al que le bailaban las letras. Maier. Mayer. Meyer. Meier. Mayr. Meyr. Myer. Myar. Sólo te faltaba escribir Mire. Ciénaga. Se pronunciaba casi igual... De acuerdo, concedió la señora y enarcó las cejas, tal vez dudando si contratar a aquella mujer que parecía empeñada en cambiar de apellido de un instante a otro. Como quiera... Ya tendrías tiempo de decirle la verdad. Dos niñas de unos cuatro años corrieron hasta el vestíbulo y se apostaron a ambos lados de la dueña de la casa blanca, que entonces abrió del todo la puerta. Las tres se quedaron mirando a la aspirante al puesto de niñera, que con un sombrero de ala no muy ancha, su maleta blanca en una mano, su traje sastre y su paraguas esperaba en el umbral.

Las flores de un enorme pruno en medio del jardín, balanceándose con el viento y con la luz, parecían enroscarse en su sombrero. En una mano, la misma de la que colgaba la maleta, sostenía un papel. El recorte del anuncio con la dirección de la casa. La señora sonrió. Hasta la maleta parecía buena. De piel. Impecable. Y ella, una joven distinguida, aunque con cierto aire áspero, decidido. Alta, delgada y huesuda, tenía los ojos grandes y un poco caídos, de un verde azulado. ¿O eran marrones muy claros? Difícil saberlo cuando no se veían de cerca. Por eso, tú, cuando se trataba de rellenar los datos de tus pasaportes, engañabas a los funcionarios, obligándoles, sin que se dieran cuenta, a poner distintos colores. ¿Color de ojos? Azules, respondiste una vez. Marrones, en otra ocasión. Y el hombre que te atendía cada vez escribía lo que tú le decías, sin atreverse a comprobarlo. Ya lo sabías y desde entonces decías siempre lo que te parecía mejor.

Si no tienes papeles, no eres nadie. Si en tus papeles mientes, no eres nadie. No pueden encontrarte. Vives en las sombras. La dueña de la casa blanca seguía observándote. La nariz respingona, aunque larga, los pómulos altos, y el cabello, de un rubio oscuro o castaño claro, muy corto. Sin duda

pensó que parecías seria y resuelta, porque irradiabas vigor, coraje, determinación. Lo sabías. Ya habías estudiado cada centímetro de tu persona en cada cristal y en cada espejo al hacer tus primeros autorretratos. Pero al ver tus zapatos de hombre, la mujer encogió un poco el cuello. Mamá, me gusta, exclamó entonces una de las dos niñas, también rubia, con media melena lisa, y los ojos de un azul muy claro, casi transparentes. Es justo lo que necesitamos... ¿Cómo lo sabes? Quiero decir, ¿cómo sabes que es justo lo que necesitamos? Ni siquiera yo... Por el paraguas, interrumpió la pequeña, señalándolo con el dedo.

La madre se agachó y le hizo bajar el brazo. No se debe señalar con el dedo. ¿Ni a un paraguas? Ni siquiera a un vulgar paraguas... Hoy no llueve, prosiguió la niña. Hace muy buen día. Y por el sombrero de flores. Y porque tiene los ojos tan caídos como las alas de su sombrero... La madre la miró sorprendida. ¿Y a ti?, inquirió, volviéndose hacia la otra. ¿A ti qué te parece? La niña, también rubia y de ojos azules, muy similar a la otra, aunque, observándola con más atención, saltaba a la vista que parecía una mala copia de la primera, porque los ojos, la boca y el óvalo de la cara e incluso las orejas parecían a medio hacer, levantó el rostro para mirar a su madre. Después, sacudiendo la cabeza en señal afirmativa, se echó a reír. Entonces me parece que no va a ser necesario hacer la entrevista, concluyó la señora de la casa, aunque habrá que enseñarle la habitación en la que va a dormir. Pase, señorita...

¡Smith!, disparó la niñera. Con voz fuerte y segura. Como de hombre. Un soldado. Como si su apellido, verdadero o ficticio, inventado o impuesto, fuera un proyectil. Pase... La señora de la casa blanca cerró la puerta en cuanto la niñera se detuvo en el recibidor y las cuatro avanzaron por la planta baja de la vivienda. Espero que se encuentre a gusto con nosotros, dijo, subiendo los primeros peldaños de las escaleras que llevaban a la parte alta,

cuando de pronto se volvió y con una hermosa sonrisa indicó a la que ya consideraba como la nueva niñera que debía seguirla. La recién llegada empezó a subir también, tras ceder el paso a las niñas, que, cogiéndose de la mano, riendo y cuchicheando, nerviosas, fueron trepando con algo de esfuerzo entre las dos mujeres. Son mellizas, dijo la señora de la casa blanca, volviéndose de nuevo y mirando hacia abajo. Como verá, son muy parecidas entre sí y, sin embargo, muy diferentes.

La una es reservada y la otra extrovertida, pero se llevan muy bien. Siempre van de la mano... ¿Y ahora qué dice *El libro de oro de las costumbres*? ¿Cuál es el siguiente paso? *El libro de oro de las costumbres* dice que a la preceptora, institutriz o niñera se le debe dar un cuarto no demasiado pequeño en las proximidades de la habitación de los niños a los que va a cuidar, para que esté siempre cerca de sus pupilos, y especifica que no se le debe dar el peor y el más miserable de los cuartos de toda la casa, como tampoco los muebles más viejos y tambaleantes, tal y como a menudo se hace en provincias. Los niños se dan cuenta enseguida de las diferencias que se establecen entre la niñera y los demás miembros de la familia. Son muy perspicaces y si en algún momento escuchan decir a su padre o a su madre «esto es lo bastante bueno para la niñera», la considerarán con desprecio, con lo que ya no podrá desempeñar su trabajo de manera satisfactoria. Perderá la autoridad necesaria para ejercerlo.

Pero estamos en América, pensaste. La América libre y rica, liberal, no en la vieja Europa, clasista y rancia, para la que se escribió *El libro de oro de las costumbres*. Estamos en América, donde si hay algo que sobra es espacio. América es grande. Enorme. No es un país, sino medio continente, en el que hay sitio para todo y para todos. Por todas partes. En las avenidas y en las casas, en los bosques y en los campos, en los parques y en los cementerios, sobre todo en los cementerios, así que, ¿qué es lo mejor que se puede ser en

este mundo? Americano. Y sin embargo, te dijiste mientras seguías a la madre y a las niñas por el pasillo de la planta superior, cuando estás aquí te haces pasar por francesa. Exageras tu acento. Te gusta decir que tus padres han nacido en Europa. Que tú, aunque has nacido aquí, no eres de aquí. Y en Francia te llamaban la americana. La americana, decían con admiración. Para ellos eras una especie de extraterrestre.

Un ser superior venido de El Dorado de entonces para la mayoría de los europeos, aunque lo que os había empujado a ir allí hubiera sido la Gran Depresión. El francés lo hablabas con acento americano. Y tu inglés aún hoy, al final de tu vida, sigue siendo afrancesado. Siempre extraña. Siempre ajena. Por cierto, dijo la madre al llegar al final del pasillo y antes de abrir la puerta del dormitorio reservado para la recién llegada. Su acento no es de aquí... Soy francesa, respondiste, como mi madre... No le dijiste que sólo tu madre lo era. Tú habías nacido en Nueva York. Y hablo francés, naturalmente. De ahí, mi acento. Mi padre, en cambio, es austríaco, aunque aquí lo consideran alemán. Nació en Modra. En los Cárpatos... Modra. Modor. Modur. Modern, pensaste. El nombre de una ciudad o de un pueblo también se escribe de varias maneras. Judío, vampiro y tirolés, solía decir tu madre. Menuda mezcla. Lo peor que se puede ser en este mundo...

Aunque tu padre no era ninguna de las tres cosas. La madre de la casa blanca sonrió, tal vez porque quienes se proponen contratar a una niñera suelen valorar que la postulante sea de origen francés. O alemán, a pesar de la guerra y de los campos en los que se había internado y hecho desaparecer a tantos judíos y no judíos. La recién llegada reunía ambas nacionalidades en un solo cuerpo. Tenía razón su hija. Era justo lo que necesitaban. El cuarto, en la parte alta, era amplio y muy luminoso, con un gran ventanal que ocupaba toda una pared. La nueva niñera dio un par de zancadas por la habitación como si quisiera medirla, moviendo los brazos como un mariscal

de campo, aun con la maleta, el paraguas y el papel con la dirección en las manos, echó una ojeada por el ventanal del centro, comprobó que desde allí se veía la arena de la playa y el mar, observó la cama, limpia y con aspecto de cómoda, pensó que en un cuarto como aquél se podía vivir muy bien, volvió la vista, la clavó en la puerta y se le ensombreció el rostro.

Sólo entonces se decidió a soltar los bártulos en el suelo, de golpe, volvió sobre sus pasos y, agarrando la puerta con ambas manos, la miró de arriba abajo y por un lado y por otro, como si buscara algo o no encontrara lo que a toda costa necesitaba que tuviera la puerta de su futura habitación. Yo aquí no me puedo quedar, dictaminó muy seria. Lo siento... ¿Por qué?, gritaron las dos niñas a la vez. Necesito una cerradura, contestó la recién llegada, haciendo ademán de volver a levantar su maleta para marcharse de allí. Una buena cerradura... ¿Una cerradura?, exclamó la madre, a la que las niñas, girando la cabeza a la vez, miraron asustadas. No se preocupe. Esta misma noche, en cuanto mi marido regrese de trabajar en la ciudad, le colocamos una cerradura. Una cerradura como un castillo. En el garaje tenemos de todo. Y por cierto, la habitación de las niñas está también aquí arriba. Al otro lado del corredor...

Después, empujando a sus hijas fuera de la habitación, cerró la puerta tras de sí, para que la nueva niñera pudiera acomodarse. Vivian Maier, que aquél era el verdadero nombre de la recién llegada, guardó la maleta en el armario. Pronto traería las demás. Sus maletas, con los libros de pintura y fotografía, más periódicos y muchas noticias recortadas. Y algunas cajas, también llenas. Las maletas y las cajas que contenían su secreto. Un secreto cada día más y más grande. Y en cuanto acabase el verano, cuando la niñera se hubiese familiarizado con los moradores de la casa blanca, regresarían a Manhattan, donde las dos niñas asistirían a su primer día de colegio. Al fin una casa en la que vivir. Por la ventana se oía el sonido del mar y el viento en la arena y se

veían los penachos rubios de las lágrimas de la virgen temblando con cada corriente de aire o tumbados sobre la hierba. La piel fosforescente de los que paseaban por la playa. Se oían los gritos de las gaviotas.

Y hasta dentro de la habitación se respiraba el olor a sal y a yodo. Ya te habían puesto una cerradura. De metal dorado. Como el llamador de la entrada. Una casa en la que guardar tus cosas, una casa en la que trabajar, al cuidado de dos niñas. A y B. Las llamaremos así, porque la identidad de los niños no debe hacerse pública. En cierto modo aún son seres anónimos y su personalidad todavía no se ha desarrollado, por más que empieza a ser evidente desde los primeros días que pasan en este mundo. Y al mismo tiempo tienen por delante un amplio abanico de posibilidades. Casi infinito. Para ser lo que quieran. Para intentar no ser lo que no quieren. Si mostráramos aquí sus fotografías, deberíamos taparles los ojos, para que nadie pudiera reconocerlas, para que nadie supiera quiénes son. Pero como las palabras casi siempre están muy lejos de dejar las cosas tan claras como por lo general suele hacerlo una imagen, podríamos proceder a describirlas.

No lo haremos. A y B eran muy distintas entre sí y al mismo tiempo, como dijo su madre el primer día, muy parecidas. A había nacido unos minutos antes. B era su sombra y a la vez una especie de caricatura. Muy distintas y muy parecidas entre sí. Como tu hermano y tú. Tu hermano, al que hacía ya tiempo que no veías y al que no volverías a ver. No teníais nada en común. Sólo unos apellidos, unos ancestros y unas cuantas experiencias para olvidar. Era un hombre difícil. Y os habíais visto tan poco. Cuando tú naciste él tenía seis años, pero apenas llegasteis a vivir juntos. Y más tarde, siendo ya jóvenes, durante sólo unos meses, unos meses que para ti habían sido un infierno. Por culpa de tu madre y por la de él. Si es que se puede decir que alguien tiene la culpa de algo alguna vez. Pero volvamos a A y B. No sigas por las ramas de tu propia familia, esa familia de la que no quieres saber nada

y de la que prefieres no hablar. Ni contigo misma.

Que puede uno ser el blanco de las burlas e incluso de los ataques de auténticos extraños, sin que ninguna instancia superior intervenga para protegerte, es una de las sorpresas que sufre cualquier niño en cuanto pisa el escenario del aula de su colegio. A y B eran unas niñas protegidas, que habían pasado buena parte de sus primeros años de vida en una jaulita pintada de blanco. También allí había enemigos, por los alrededores e incluso dentro, pero siempre cabía apelar a una instancia y quejarse en un regazo. En su primer día de colegio y todos los demás días de la semana desde entonces y hasta que llegaran otra vez las vacaciones tuvieron que mezclarse con una multitud de compañeros. La mayoría, más ruidosos y más fuertes que ellas. Fuiste a recogerlas y por el camino recordaste tu infancia. La soledad de entonces, con momentos tan desgraciados como los de cualquier otra persona, si tiene memoria, si sabe mirar, porque un niño ve, pero, ¿qué puede decir acerca de lo que ve?

Las encontraste a las dos en un rincón, con el pelo en desorden, la ropa arrugada, las caras descompuestas y señales de haber llorado. A y B solían ir siempre igual vestidas. Y ahora para el colegio llevaban uniforme. Su madre además había decidido que fueran a la misma clase. Por el camino de regreso a casa te enteraste de lo ocurrido en el aula. Unos minutos antes de que sonara el timbre de salida, los compañeros se habían girado en redondo al ver el gesto de repugnancia que esbozaba su profesora. Todos habían vuelto la vista hacia donde miraba la maestra y habían levantado sus manitas por el aire, imitando lo que hacía la mujer. Con el índice de la derecha extendido se habían puesto a raspar con insistencia su otro dedo índice también extendido, al tiempo que repetían sin cesar ¡phui!, ¡phui!, ¡phui! Un sonido con el que su mentora les había enseñado a expresar un profundo asco.

Imitaban la voz y el ademán de su pedagoga, que desde su posición

privilegiada y su estatura había visto cómo una de las niñas, al final del todo, una de las dos que formaban la última pareja, se había limpiado las velas de los mocos que le caían desde la nariz con la manga de su chaqueta. B. La que había cometido aquella falta imperdonable era B. Gran profesora, gruñiste. Os ha enseñado justo lo que no se debe hacer. No se debe señalar, como bien os ha dicho ya vuestra madre, pero tampoco se debe juzgar. Ni despreciar. Hay que dar. Hay que tratar de entender. Y hay que perdonar. Y, sobre todo, nunca se debe hacer eso de ¡phui!, ¡phui!, ¡phui! Y lo extraordinario es que os lo ha enseñado sin querer, que es como se hacen las cosas más hermosas y más duraderas... ¿Hermosas?, exclamó B. Y pudiste ver que las dos te miraban con la boca abierta.

Decían phui, ¿verdad?, preguntaste. *Sacré nom de putain de merde...* ¿Cómo dice?, preguntaron con los ojos muy abiertos. Nada. No es más que un poco de francés... B sacudió la cabeza en señal afirmativa y A repitió la interjección unas cuantas veces más. Phui. Phui. Phui. Como si estuviera poseída, por la rabia y la frustración. Consciente de que nunca más debería utilizarla. La maestra debía de ser alemana. En los *Kindergarten* en algunas poblaciones de los Estados Unidos había muchas como la de A y B. Habían venido huyendo de los nazis. O escapando de los enemigos del nazismo. Los ejemplos son siempre instructivos, continuaste mientras cruzabais Central Park. Tanto los buenos como los malos. El monje bondadoso y el diablo de tres colas. Todos sirven. Lo mismo ocurre con la cámara. Sólo hay que saber elegir y disparar en el momento justo... ¿La cámara?, preguntaron las dos a la vez, como si echaran en falta su juguete favorito o a la mascota de la familia. ¿Dónde la lleva?

Aquí está, respondiste y, sacándola del bolso, te la colgaste del cuello. Ellas dos se pusieron a aplaudir y a dar brincos a tu alrededor. Ninguno de sus compañeros debía de tener una niñera pertrechada con una cámara como

la tuya. Ninguno tendría una niñera con cámara de fotos. Y mientras brincaban a tu alrededor, cogidas de la mano, tú recordaste tu infancia. El antisemitismo que ya entonces imperaba en Francia. Después vendrían las leyes antijudías. Con el régimen de Vichy. Y las estrellas amarillas de seis puntas con las que se empezaría a marcar a los judíos como si fueran reses bravas, en la zona ocupada, para internarlos en campos de trabajo y poderlos deportar a la fábrica del exterminio total de su pueblo. Entonces vosotras, tu madre y tú, ya estabais de vuelta en Nueva York, pero recibíais noticias de vuestros familiares en Europa. Y esos niños, concluiste de pronto, furiosa, refiriéndote a los compañeros de A y B.

Esos niños, repetiste, son los adultos que el día de mañana abuchearán o aplaudirán, por ejemplo, en un concierto, sin muchos más conocimientos musicales que los que tienen ahora, es decir, sin ninguna preparación, y opinarán sobre el trabajo artístico de otros, tal vez sobre el vuestro, si es que alguna de vosotras alguna vez se dedica a algún trabajo artístico, si es que algún día una de vosotras se convierte en directora de cine o de teatro, en escritora, en actriz, en pintora o se cuelga una cámara del cuello y recorre el mundo, ganándose la vida como reportera. Esos niños, para entonces antiguos compañeros de clase, irán a ver vuestras películas o vuestras exposiciones de pintura o de fotografía o leerán vuestros libros y opinarán sobre lo que no entienden y torcerán el morro si no les convence o no les gusta nada en absoluto, aunque sin duda alguna ya no dirán phui. ¿O sí? No. Simplemente silbarán hasta destrozarse vuestros oídos, los oídos de la autora o guionista o fotógrafa.

O patalearán hasta tirar abajo el teatro o la galería de arte o los grandes almacenes en los que se presente el libro que alguna de vosotras dos haya podido escribir. O se marcharán, dejando la sala de conciertos o la del cine ostentosamente vacía... ¿Cómo se puede ser ya tan malvado, cuando casi lo

único que uno hace durante todo el día es correr, saltar a la comba o jugar al escondite al aire libre?, pensaste. Y eso para colmo en un colegio como aquél, con enormes ventanales hasta el suelo por los que trepaba la parra silvestre. Aunque tal vez a más de uno de ellos su padre o su madre ya le hubieran propinado una soberana paliza con una vara o incluso con un látigo. Nunca se sabe. Te hubiera gustado hacer esa fotografía. La de todo un grupo de niños arrastrado por el sentimiento de la animadversión. Plasmar la maldad en estado puro. En los más pequeños. Que rápidamente, sin que nos demos cuenta, se convierten en reproducciones diabólicas de los adultos que les rodean.

Empeñados en hacer diferencias, en clasificar a sus semejantes en grupos irreconciliables, en ver el mundo en blanco y negro, sin matices. Y a todos les sorprendía lo ocurrido en la Alemania nazi. Un país culto, el de los alemanes, en apariencia muy alejado de la Inquisición española o de la conquista de América, por poner un ejemplo al que tantos han recurrido siempre y aún recurren, pero la sociedad, cualquier sociedad, incluso las que parecen más avanzadas, con sus exclusiones para apartar a los que rechazan y sus agasajos y laureles para ensalzar a los que deciden entronizar en su particular Olimpo, nunca está lo suficientemente lejos de todo eso. El camino al campo de concentración es muy corto. Hacer esa foto. La de toda una clase de niños acosando a dos compañeras que no habían hecho nada. Nada más que limpiarse los mocos con la manga de su chaqueta.

Agarraste la cámara con las dos manos, dispuesta a tomar una fotografía de las niñas con los rostros sucios y los rastros de las lágrimas, pero las dos, nada más verte con el aparato en ristre, se limpiaron la cara con un pañuelo que B sacó de uno de los bolsillos de la chaqueta. Señorita Maier, murmuró A, gesticulando para que no hicieras aún la foto. Voy a cambiarme la ropa, dijo y rápidamente sacó de la cartera su vestido de flores. Un vestido cubierto

de minúsculas florecillas. B se quedó con su chaqueta de punto de color claro y su falda oscura, plisada. Y en cuanto se cambió la ropa, A le pasó el brazo a su hermana por los hombros. Las puntas de las narices de las dos casi se rozaron, mientras ellas sonreían. Tú apretaste el botón y el obturador se abrió y se cerró a toda velocidad. Clic. Nadie sabría el día de mañana quiénes eran aquellas dos niñas, ni lo que acababa de ocurrir en el colegio.

O quizá todo se pudiera leer en la fotografía. Con un poco de paciencia y de imaginación. Cuando la revelaran, pensaste. Y te diste cuenta de que una señora que pasaba por allí se detenía a mirar. Qué niña más guapa, exclamó, acercándose para acariciar los cabellos de una de ellas. ¿Niña?, gritaste. ¿Es que no tiene usted ojos en la cara? Yo veo dos. Y las dos igual de guapas... La señora, una mujer de cierta edad con los hombros envueltos en una estola de piel, aunque sin hocico, rabos y garras como llevaban tantas otras, y la cara medio oculta tras un velo de rejilla, continuó. ¡Qué criatura más hermosa!, exclamó, mientras seguía jugueteando con los cabellos de una de tus niñas. ¡No la toque, *Peau de Renard!*, chillaste, abalanzándote sobre ella. No se le ocurra rozar a ninguna de las dos... La mujer se volvió ligeramente y, por encima del hombro, te desafió con la mirada, una mirada firme, penetrante, pero tú clavaste en ella los ojos como si la observaras a través de la mira de una escopeta y disparaste. Crac.

Aunque lo que te hubiera gustado era darle con ella en toda la cabeza. ¡Váyase al infierno del que acaba de salir!, gritaste. ¡Ahora! No quiero tener que repetirlo. O vaya corriendo a la iglesia a mojar los dedos en agua bendita, cosa que no le va a servir de nada. ¡Abra los ojos! Ábralos de una vez, viejo jabalí verrugoso... Los de A y B, clavados en los tuyos, destilaban admiración, mientras la mujer se alejaba a pasitos cortos, volviéndose a mirarte cada poco por encima de la estola. ¿Sabe usted su nombre, señorita Maier?, preguntó B. No. La he llamado Piel de Zorro en francés... Las dos

niñas rieron con ganas. Su cámara, advirtió A, hace un ruido muy extraño... La miraste a los ojos y entonces fuiste tú la que se echó a reír. Mi cámara no hace ruido. Mi cámara habla. Y cuando se enoja, gruñe. No es una cámara normal y corriente. Tiene vida propia.

De todos modos, que sepáis que eso que acabo de hacer no se hace, aunque tampoco lo que ha hecho ella, porque el primer deber del ser humano es el respeto hacia cualquier semejante... ¿Qué ha hecho?, preguntó B, aunque pudiste ver cómo le guiñaba un ojo a su hermana, de modo que sabía muy bien lo que había hecho Piel de Zorro. Aquella mujer, que sin duda se pasaba la vida de misa en misa, parecía haber olvidado no sólo el primer deber de todo ser humano, sino también la historia de Caín y Abel. No puede uno hacer distinciones entre hermanos, dijo B. Y todos somos hermanos, replicaste tú. De todos. No sólo de los de sangre, también de todos aquellos que tienen la piel de otro color. Roja, negra, blanca, amarilla, verde... Nadie tiene la piel verde, gritó B. Ni roja, añadió A. Aunque aún haya pieles rojas en América... ¿Qué es lo que hace que algunos niños y niñas sean competitivos y se conviertan en adultos rapaces?, te preguntabas tú.

Y aún te lo preguntas, después de tanto tiempo cuidando niños. ¿Una infancia complicada en un entorno de pobreza? En un banco de piedra un hombre negro con traje gris, sombrero y corbata jugaba con un bebé también negro todo vestido de blanco. Con capota y patucos. El señor sujetaba un globo, que el bebé trataba de alcanzar. Alzaste la cámara. Enfocaste. Clic. El globo blanco tapó la cara del hombre. Central Park Zoo, se leía en él. Y de nuevo echasteis a andar. Hacía buen tiempo y a las niñas les gustaba verte cazar. En tu casa siempre hubo problemas económicos y peleas entre tus padres. Siempre estaban discutiendo. A voces. Vuestra casa no era un hogar, sino una de las muchas filiales que el infierno tiene en la tierra. Y tú no te convertiste en un adulto competitivo. ¿Qué es lo que hace que unos no lo

sean en absoluto y otros, en cambio, sí? ¿El deseo de superarse, de salir de un círculo estrecho y miserable, de ascender en la escala social?

¿Una infancia feliz en un entorno de riqueza y con una protección tal vez excesiva puede dar como resultado niños poco agresivos, poco ambiciosos? Miraste a las niñas y te preocupó que una de ellas acabara como tu madre. Traumatizada por un incidente como el de aquel día en el colegio, un incidente al que muchos niños no habrían dado la más mínima importancia. Cuando te señalan con el dedo y tus compañeros de clase o los demás niños del barrio o del pueblo en el que vives te desprecian, aprendes rápido a buscar el rincón más oscuro para esconderte lo mejor posible y tal vez después ya no salgas jamás del refugio que tú mismo decidiste fabricar para llevarlo siempre encima como si fuera un sombrero o un abrigo. El corazón de los niños es un órgano delicado. Si empiezan mal en este mundo dicen que se les deforma. Puede, por ejemplo, encogerse para siempre, volverse duro y áspero como el hueso de un melocotón.

O infectarse, hinchándose de pus, hasta el punto de que llevarlo a cuestras se convierta en una desgracia, porque se chafa y duele hasta con el más estúpido de los contratiempos. Al menor roce. El de tu hermano y el de tu madre eran así. En aquel preciso momento viste una presa que te hizo detenerte de golpe. Una mujer tumbada en el suelo con el asa del bolso enredada en el brazo, sus sandalias tiradas de cualquier forma y un libro que debía de haber estado leyendo antes de quedarse traspuesta. *When the Gods are Silent*, se podía leer en la portada, aunque desde tu puesto de observación estuviera del revés. Un poderoso narcótico, pensaste. Los dioses siempre están mudos. A y B se pararon junto a ti. Les divertía que retrataras a hombres y a mujeres dormidos en la calle. Se llevaron las dos el dedo índice de la mano derecha a los labios y se miraron de reojo. Alzaste la cámara. Clic. Que un niño no quiera ganar nunca, ni al ajedrez ni en una carrera de

velocidad, ¿es un problema?

Guardaste la máquina en el bolso y, al salir del parque, las cogiste a las dos de la mano para cruzar la Quinta Avenida. Sólo unos pocos pasos os separaban de su casa. Y que un niño no quiera participar en una carrera o en un juego en equipo, ¿es malo? ¿La consecuencia lógica de experiencias dolorosas o sólo la manifestación de un determinado tipo de temperamento? Cuando eras niña y después adolescente ganabas casi todas las carreras de velocidad, las que se cronometraban. Sola corrías más que nadie. En cambio, cuando se trataba de correr en grupo no ganaste ni una sola vez. Entonces siempre había alguna chica que llegaba a la meta un poco antes que tú. No te gustaba correr metiendo codos, teniendo que dejar atrás a las demás, oyendo su respiración en tu cogote. Tendrán que separarlas, comentó unos días después la madre desde el sofá de color rojo en el apartamento del Upper East Side en el que vivían durante casi todo el año.

Con el *New York Times* desplegado ante ella, sobre los muslos. Las niñas, que habían entrado en casa corriendo, hacían juegos de manos, riendo y dando palmadas. Tú hojeabas una revista en un sillón. La señora de la casa dobló el periódico, lo dejó sobre la mesa baja que había delante del sofá y se quedó pensativa. En la portada aparecía el rostro de Richard Nixon, candidato republicano a la vicepresidencia, que el día anterior había dado un discurso en televisión. Acusado de recibir dinero de amigos para la campaña a cambio de favores políticos, de aceptar una donación secreta de dieciocho mil dólares, había hecho una aparición digna de un actor, sentado a una mesa de escritorio, con su mujer en un sofá a pocos metros, y una librería doméstica de pacotilla montada en el escenario de un teatro de Hollywood. Un teatro vacío, aunque, eso sí, repleto de periodistas y de cámaras de televisión.

Tras desmentir las acusaciones y dirigir un duro alegato contra sus adversarios, el candidato pasó a detallar sus ingresos y sus ahorros

personales. Llegó a decir que su mujer no tenía abrigo de visón, sino uno de trapo, un respetable abrigo de trapo republicano, que le sentaba muy bien, y admitió que sí había aceptado un regalo. Un cocker spaniel con manchas blancas y negras que le había enviado un donante de Texas, porque su mujer al inicio de la campaña comentó en la radio que sus dos hijas querían tener un perrito. Y cuando poco después recibieron un paquete con el cocker, una de ellas lo había bautizado con el nombre de Checkers. Las niñas lo adoran y, por supuesto, digan lo que digan, afirmó Nixon, lo vamos a conservar. La historia del perro no la mencionaba el *New York Times*, que tú habías leído ya esa mañana, pero la habíais escuchado el día anterior. En el discurso en televisión.

Y ese hombre se convertirá en vicepresidente de los Estados Unidos y algún día tal vez incluso en presidente, habías pensado. La gente se identificará con él. Con el padre de familia. Con la mujer sentada junto a él en el sofá. Con el perrito y con las dos niñas. *Ça pue*, habías gruñido tú en cuanto aquel farsante hubo concluido su monserga televisiva. La señora de la casa se había vuelto a mirarte. *Ça pue. Les eaux pourries...* Apestan. Las aguas estancadas. Fétidas. La charca pútrida. Hedionda. Por todas partes. En la política. En la familia. En el amor. En el mundo del arte y, por supuesto, en el de la fotografía. Esto parece Disneylandia, se limitó a decir ella. Y no habíais comentado nada más. El sol de última hora de la tarde entraba ahora por la ventana, tiñendo el salón de un amarillo entre dorado y sanguíneo. El reflejo de las copas de los árboles de Central Park titilaba en las paredes. Sus sombras sobre la luz. Tendrán que separarlas, repitió la madre de A y B.

Es la recomendación que me ha hecho la directora del colegio... Por supuesto, a la experta en limpiarse los mocos le habían abierto un expediente y lo más probable es que la echaran de la escuela. Los padres de A y B podrían haber sacado a sus hijas de aquel colegio, pero en el nuevo no habría

tardado en ocurrir algún otro incidente similar. Estabas convencida de ello, porque hay niños que no se libran nunca de ese tipo de injusticias. Pero yo no quiero que las separen, continuó la madre. Por nada del mundo... La directora había llamado por teléfono poco antes de que vosotras llegais a casa. Venga usted un día a verlas durante el recreo, me ha dicho, dijo la madre. Se quedan las dos solas en un rincón, sentadas en las escaleras del colegio, cogidas de la mano. No juegan con nadie. Venga a verlas, me ha dicho, repitió la señora de la casa. Hágame caso. Hay que separarlas. Que cada una vaya a una clase... No comentaste nada. La directora lo había dejado bien claro.

Recordaste los años en Francia, siendo una niña. Los primeros meses sin hablar el idioma, sin entenderlo, agarrándote a las faldas de tu madre, aunque pronto todo cambiaría, pronto saldrías a jugar con los chicos, al campo, como si en el mundo no existieran las puertas ni las tapias. Y aquello había sido la libertad. Por primera vez. Las niñas se quedaban siempre dentro de casa con sus muñecas. Tú no. Tú cuidabas de tu primo Sylvain y lo hacías fuera, al aire libre. Nada de muñecos. Bebés de verdad. Y nada de paredes ni muros. Tú corrías por el campo con los chicos, como lo harías después con la bicicleta, sola, por las montañas, sin más compañía que la de tu cámara. ¿A usted qué le parece? ¿Qué debo hacer?, preguntó la madre. Tardaste un poco en contestar a su pregunta, porque estabas buscando las palabras. No se engañe. Cuando uno miente empieza por hacerlo consigo mismo. Dese cuenta, aquí los libros son de verdad... La madre bajó los ojos y se encontró con el rostro de Nixon en el periódico.

Haga caso de lo que le dice la directora, respondiste. Las cosas que ocurren una vez no tienen fin. Se repiten una y otra vez. Hasta el final de los tiempos... Hay que cortar el cordón. Cada una de ellas tiene que echar sus propias raíces. Si cuando eres niño te humillan y nadie te obliga a buscar

algún asidero, a apoyarte en algo genuinamente tuyo, sin papá ni mamá, acabarás por convertirte en un viejo que juega con cubitos de plástico en una playa, haciendo castillos de arena. Te quedarás para siempre en la ciénaga de la autocompasión, regodeándote en tu mala suerte, culpando siempre a los demás. Que se cojan de la mano de vez en cuando está bien, pero que vayan siempre de la mano y se queden solas sin jugar con nadie. Tienen que respirar, salir de la cueva... La madre no dijo nada. Con la vista baja, aún parecía albergar dudas acerca de lo que debía hacer. *Mon Dieu!*, exclamaste. Todo hay que explicarlo una y otra vez, cuando está más claro que el agua. Ante nuestros ojos.

Si te señalan por ser judío, por ser feo o jorobado, por ser hijo de madre soltera o por limpiarte los mocos con la manga del jersey, y nadie te enseña a plantar cara y a caminar con la cabeza bien alta, te quedarás rumiando hasta que te mueras y arruinarás una vida entera, cuando no tienes otra. Sepárelas en el colegio y riéguelas en casa, para que no salgan volando ante la menor brisa... Caramba, dijo por fin la madre, mirándote con una sonrisa de agradecimiento. No habla usted mucho, pero cuando se anima, da gusto escucharla. Es usted un personaje curioso, concluyó. Para ella, todo lo que no comprendía del todo era curioso y lo que no comprendía del todo era casi todo. Aunque a ti aquella mujer te fascinaba, porque sus reacciones no solían ser las que cabía esperar de la dueña de un espacioso apartamento en un barrio distinguido de Manhattan y de una hermosa casa blanca junto a las dunas de Southampton.

Un día sus hijas, al ver unas fotos de Bettie Page, la reina de las modelos de calendario, unas fotos un poco subidas de tono que aparecían en una revista que tú sin querer habías dejado por ahí, habían exclamado: ¡Es una puta! ¿Quién os ha enseñado a decir eso?, había preguntado la madre. Y las dos habían enrojecido. Sin duda esperaban una reprimenda y, sin embargo, la

señora de la casa se había limitado a explicarles que aquella mujer, como tantas otras, lo que hacía era tratar de ganarse la vida como podía... *Whisper* es una de esas revistas de hombres, te había dicho aquel día en cuanto os quedasteis solas. Una de esas revistas de hombres que no sé qué demonios hace en sus manos... Sí. Era extraño. Una revista de ese tipo en manos de una niñera. Una de esas revistas en tus manos. Pero tú eras algo más que una simple niñera. Tú dedicabas la mayor parte del día a otra actividad. Y tenías otros intereses. Soy una mujer curiosa, habías respondido no sin cierta osadía.

Y las dos os habíais echado a reír. Más de una vez la madre de A y B te había invitado a sentarte a su mesa, a comer y cenar con ella, con su marido y sus hijas, como si fueras un miembro más de la familia, pero tú no habías aceptado y no lo harías nunca, porque preferías comer sola. De pie. Siempre has comido de pie. Pero por detalles como aquellos te sentías a gusto con ella. Esta noche he tenido un sueño, dijiste de pronto aquella tarde para tratar de ilustrar tus consejos. Estaba junto al mar. Una niña con un traje vaporoso, de color blanco, se asomaba a lo alto de una escalera con la barandilla y los barrotes pintados también de blanco. En un paseo marítimo. De pronto la vi caer de cabeza y golpearse contra el último escalón. Corrí hacia ella, aunque la niña no lloraba ni gritaba. La llevé a su casa. No sé cómo yo sabía dónde vivía, porque la verdad es que no la había visto nunca. Los familiares, vestidos de negro de los pies a la cabeza, no nos hacían ningún caso.

Yo insistía en que convenía llevar a la niña al médico. No. Es muy fuerte, respondían. Todos a la vez. Me senté con ella en un rincón y le pregunté cómo se llamaba. No contestó. No hizo el más mínimo gesto. Quieta, como una estatua. Cuando de repente me mostró un cubo que sacó de detrás de la espalda. De plástico. Rojo. ¿Quieres que volvamos a la playa?, le pregunté. ¿A jugar con la arena? Asintió. Y otra vez nos fuimos las dos a la playa, pero allí ya no había arena. El suelo ahora era de madera. Me puse a hacerle

cosquillas a la niña. No se rio. Volví a preguntarle cómo se llamaba. No contestó. Y yo perdí la vista en el mar. Pensé que tal vez así se animaría a responder, si yo no la miraba, si yo no insistía, pero siguió sin contestar, cuando de pronto, al cabo de un par de minutos, me confesó: Yo no he vivido siempre aquí...

Y señaló el mar, más allá de aquella playa con suelo de listones de madera relucientes. Hacia donde estaba Europa. Hacia Francia. Volví a mirarla. Seguía siendo una niña, pero algo había cambiado en ella. He construidos castillos, añadió, sonriendo. La miré bien. Tenía los dientes y la nariz de mi madre. He construido castillos, repitió. Con la voz de mi madre. En el aire...

La charca

¿Qué piensas de *La familia del hombre*? Era la pregunta que andaba en boca de todos. Desde hacía unas semanas. Los fotógrafos estaban eufóricos y no hablaban de otra cosa. Todos y cada uno de los periódicos, desde el *New York Times* hasta el *Daily Mirror*, habían recogido el evento. Aquella exposición con la que se decía que la fotografía había alcanzado su mayoría de edad como medio de expresión y como forma de arte. ¿Qué piensas de *La familia del hombre*? Para verla, tuviste que hacer una larguísima cola. Como a veces en el cine. THE FAMILY OF MAN, se podía leer en grandes letras de molde, oscuras, en el arco de entrada. En el segundo piso. Había mucha gente, pero casi nadie decía una sola palabra. Todo el mundo miraba las fotografías con respeto, acercándose y alejándose, para verlas con más detalle o a cierta distancia.

Hombres, mujeres y niños, muchos niños. Los pequeños no corrían de una punta a otra. Se comportaban con educación. Arrastraban los pies en silencio y apenas se oía algo más que el roce de las suelas de los zapatos deslizándose por el pavimento brillante y pulido. Algún murmullo. Alguna tos. Como en la iglesia. Era la entrada. La entrada del templo del arte moderno. Aunque más adelante habría cierto barullo. Allí donde estuviera la *famiglia*. La mafia. La *cosca*. El clan. Que también andaría por allí. De momento, el silencio sólo se veía interrumpido de vez en cuando por el de un niño que desde una de aquellas reproducciones sonreía con aire travieso, tocando una flauta en sordina bajo un sombrerillo de tela blanda que parecía una flor, con una ceñida caperuza de colores debajo. En blanco y negro. Otro niño sonreía a su

espalda.

Beauregard. Te gustaba el nombre. Siempre te gustó. Desde que lo escuchaste por primera vez, aunque entonces no entendías el significado de aquella palabra, porque eras una niña, casi un bebé. Sólo cuando algún tiempo después viste por primera vez a Jeanne, cuando ella te vio y se dirigió a ti en francés, mirándote a los ojos y repitiendo esas mismas palabras, *beau regard*, a pesar de que aún eras una chiquilla, te empeñaste en saber lo que significaban. Aquellas dos palabras, que a veces aparecían unidas y otras separadas, pero que en tantas ocasiones en tu casa escuchaste juntas. Beauregard. Bellavista. Más tarde lo sabrías. Y aprenderías a apreciarla. Porque los niños no valoran las vistas ni los paisajes. *Beau regard*. Hermosa mirada, explicó tu madre. La que tú tienes... Porque tus ojos estaban enamorados del mundo. Eso hasta tu madre era capaz de entenderlo. *Quel beau regard, mais si triste...*

Una pareja tirada en el campo abrazándose. Un soldado americano y su novia inglesa. En Hyde Park. En el 44. Te acercaste para verla mejor. Se apreciaba el frío que transmitía la hierba a su alrededor y bajo sus cuerpos, la desesperación de los ademanes cuando uno es consciente de lo poco que vale la vida. Parecía la escena de una película. De una de esas películas francesas que tanto te gustaban. Más allá una pareja en Nueva Guinea parecía arder en deseo, con plumas, adornos y apenas ropa. Y un poco más allá otra pareja se abrazaba entre las flores y los troncos. En Italia. Una bicicleta yacía tirada a su lado. Enseguida te diste cuenta de que allí había un mensaje, un mensaje demasiado literal: El amor es igual en todo el mundo... Besos y abrazos furtivos, avariciosos, acogedores, miradas de arrebató, parejas que no parecían de este mundo, que no veían el mundo que les rodeaba.

Y de nuevo el niño del flautín, en silencio. Seremos una sola persona... Lo decían los indios pueblo. En uno de los muchos paneles que acompañaban a

todas aquellas fotos. Con frases tomadas de aquí y de allá. Del amor se pasaba al embarazo y al nacimiento. Embarazadas en México, en Japón, en el Ártico. Y en Kurdufán. Desnudas, andando por las rocas secas. Y muchos bebés. Bebés y más bebés. Uno con el cordón umbilical aún sin cortar, brillante de líquidos pringosos. Nacía el hombre. Bebés siendo amamantados, siendo arrullados, bebés negros, blancos, indios. Uno tirado en una cama, desnudo, bocabajo, mirando a su madre, que le contemplaba también con arrobo y el rostro apoyado a los pies del lecho. Tal vez también asustada. Hueso de mis huesos, carne de mi carne... Beauregard. Aquel era el nombre de la granja familiar. Un nombre que siempre te fascinó.

Sin embargo, a pesar de tu pasión por todo lo francés, mientras otras mujeres soñaban con castillos en el aire, tú siempre mantuviste los pies bien plantados en la tierra. No perdías el tiempo con príncipes azules, palacios o abolengos, por más que tu madre inventara apellidos y tu abuela, la madre de tu madre, siempre trabajara en las casas de las familias más adineradas, con los nombres más sonoros. Los Vanderbilt. Los Strauss. Los Lavanburg. Los Gayl. Los Lord. Los Dickinson, los Emerson y los Gibson. Cuando tu madre se reunió con ella, tras más de diez años sin haberse visto ni una sola vez, la una en los Estados Unidos y la otra en Francia, también ella se acostumbró a ver a toda aquella gente de la que le separaba un abismo de cultura y de dinero, sobre todo de dinero. También vosotros los visteis en alguna ocasión, cuando erais pequeños, pero tú siempre mantuviste los pies en la tierra.

Era uno de los rasgos más arraigados de tu carácter. Desde edad muy temprana. Y ni siquiera se te ocurrió que alguna vez pudieras llegar a heredar algo. Como mucho, un cráter en la luna. Cuando de pronto Beauregard era tuyo. Para ti sola. Aquella granja en los Alpes franceses. Y la vendiste en una subasta. No querías tener propiedades y en cuanto te dijeron que era tuya, que la tía Marie-Florentine te la había legado, nada más terminar la guerra, te

fuiste a Champsaur para venderla. Recorrías la región montada en una bicicleta con tus dos cámaras en bandolera, visitando a extraños parientes y tomando fotografías de conocidos y desconocidos. Todos te resultaban familiares y a la vez ajenos. Ya entonces hacías fotos sin parar. De la vida en los pueblos, de cada valle, de cada montaña, de cada río, de cada árbol, de todas y cada una de las personas a las que conocías y de todas y cada una a las que encontrabas. Gentes sencillas, que trabajaban los campos.

Como una chica Kodak. Tú aprietas el botón, decía un anuncio. Y nosotros hacemos el resto... Hiciste tantas que los habitantes de Champsaur llegaron a sospechar que eras una espía y que llevabas pistola, además de tus cámaras. Hasta un policía te interrogó. Tenían razón. Eras una espía y llevabas un arma. Siempre fuiste una espía. Siempre armada. Hasta los dientes. Acababan de pasar una guerra monstruosa. Recelaban. Cuatro años atenazados por el miedo. Uno hasta se atrevió a decirte que hacías una cantidad excesiva. ¿Las ha contado usted?, le espetaste. Sin miramiento alguno. Te fuiste allí con veinticuatro. Y regresaste con veinticinco para quedarte en Nueva York, la ciudad en la que habías nacido hacía ya entonces, en el momento en que recorrías la exposición de *La familia del hombre*, veintinueve años. Y allí, en Nueva York, trabajaste al principio en una fábrica, pero enseguida se te ocurrió la idea de colocarte como niñera.

No sabías hacer otra cosa para ganarte la vida, salvo fotos, con las que no querías comerciar. Con el dinero de la venta de la granja pronto pudiste comprar una cámara alemana profesional. Y viajar. Con tu Rollei. Y allí la tenías, escondida en un bolsillo de la chaqueta, disimulada en el interior de una bolsa de papel. En el museo de Arte Moderno de Nueva York. En la mayor exposición de fotografía de todos los tiempos. O al menos eso decían. Así la anunciaban. En cualquier caso, pretendía abarcar a la humanidad entera y la gente se agolpaba para entrar en el museo. La semana anterior a tu

visita, el día de la celebración del nacimiento de George Washington, habían entrado seis mil visitantes. Esta exposición va a batir todos los récords, decían. Será un éxito de taquilla, rivalizando con la de Van Gogh de 1934, cuando, después de que se publicara una biografía que se convirtió en un éxito de ventas, la gente hacía cola para ver las pinturas del artista loco que se cortó una oreja.

Y en vida se había muerto de asco. No le compraron más que una de sus pinturas. Una sola. Una vez. Como a Modigliani, que apenas podía comer algo más que sardinas y tenía el suelo bajo el somier cubierto de raspas. Pero cuando su marchante, supuesto amigo suyo, supo que le quedaba poco tiempo en este mundo, se dedicó a acumular sus cuadros, comprándolos por cuatro monedas, y en cuanto murió empezó a venderlos a precio de oro. Da que pensar, te dijiste mientras avanzabas por el museo mirando a un lado y a otro. La avaricia es gasolina. Sí. Y mi cerebro, un motor de explosión... Ya entonces rumiabas un plan. También Atget, el fotógrafo francés, había saltado a la fama después de muerto. Tras el nacimiento venían las imágenes de los niños que iban creciendo, los futuros hombres y mujeres, haciendo lo que los niños hacen en cualquier lugar del mundo.

Reír, llorar, correr, brincar, jugar, pelearse, bailar, aprender a tocar un instrumento, a llevar tacones, a montar a caballo. O pegarse a las faldas de su madre negra, larga como un lápiz. Ella, leíste en un panel, es el árbol de vida para ellos... Era una fotografía de Consuelo Kanaga. Tú también te pegabas a tu madre cuando con seis años llegaste por primera vez al valle de Champsaur, sin hablar una palabra de francés. Un poco más allá, en otra imagen, un padre en Bechuanalandia enseñaba a su hijo a alancear a una presa. Un oryx. Cercado por una jauría de perros flacos. El padre, vestido sólo con un taparrabos. El niño, desnudo. Mostrar la relación del hombre con el hombre. Demostrar cómo el lenguaje fotográfico puede explicar el hombre

al hombre... Así había descrito Edward Steichen, director del departamento de fotografía del museo y comisario de la exposición, el objetivo de la muestra. Y su convicción de que somos todos parecidos...

¡Qué ingenuidad! Demostrar. Explicar. Y en los autobuses en este país aún hay secciones para blancos y negros. Y los negros, cuando en la parte de los blancos no hay sitio, deben levantarse para dejar su asiento a los blancos. Incluso las mujeres negras deben cederlo a cualquier hombre blanco que suba y no tenga dónde sentarse. Que somos todos parecidos. Qué ingenuidad. Qué ingenuidad tan culpable. La ficticia unidad que nos ofrece el humanismo. Cuando en muchos lugares de los Estados Unidos de América imperan leyes de segregación racial. Blancos y negros no pueden mear juntos. Ni entrar en un cine por la misma puerta. Separados, pero iguales. Separados, y rara vez iguales. Cuánto daño puede hacer la ingenuidad... Con todos los seres y todas las cosas seremos parientes, se podía leer en otro panel. Lo decían los indios sioux. Parientes pobres, los negros. Los impedidos, los feos, los locos. Toro Sentado y Águila Roja.

¡Señorita Maier! ¡Señorita Maier!, gritó una voz a tus espaldas. Tú te volviste a toda velocidad y viste cómo un globo de color rosa pálido reventaba en el rostro de una niña que te observaba desde un rincón, dos ojos azules clavados en ti por encima de aquel antifaz de plástico, de aquella finísima y brillante película que cubría la punta de la pequeña nariz, parte de las mejillas, los labios y el mentón. Pero aquella melena rubia un poco rala, aquellas orejas tan despegadas del cráneo, aquel vestidito de flores bajo la chaqueta oscura, idéntico al de su hermana, y la voz, a pesar del velo de gomorresina, pegajoso, edulcorado y aromático, que le tapaba la boca, eran inconfundibles. Era B. B gritando tu apellido. El apellido de tu padre, del que hacía mucho que no querías saber nada. Ni de él, ni de su nombre. Karl Maier... Hacía ya un tiempo que no cuidabas de A y B, ni en la casa blanca

ni en el fastuoso apartamento en la Quinta Avenida.

Pero los niños a los que uno ha cuidado son como sus sobrinos, como los hijos que no ha tenido. Como su familia, esa familia que a menudo uno no quiere si es la propia, porque los parientes abusan. Con el pretexto del cariño, de la fuerza de la sangre, muchos se aprovechan, apelando a un sentimentalismo barato. Y en cuanto uno se despista, le dan una puñalada tramera. En cambio, a estos familiares falsos que no se creen con derechos sobre ti sigues visitándolos siempre que puedes. Percibiste en los ojos un poquito saltones de B la alegría que sentía al volver a verte. No me llames Maier, refunfuñaste, sacando un pañuelo del bolsillo de la chaqueta. Después te acercaste para ayudarla a retirar la lámina húmeda y fría que se había quedado pegada a su rostro y a sus dedos, porque ella misma había intentado quitarla y aún se había enredado más. No me llames Maier. Te lo he dicho miles de veces. Llámame Smith, señorita Smith. Estamos en un lugar público. Y menudo lugar...

La niña, que no había perdido la sonrisa a pesar de que tú le restregaste toda la cara con el pañuelo, puso los ojos en blanco. Ya está, murmuró. La señorita Esfinge... Ignoraste el tono burlón, conteniendo la risa. Así te llamaban algunos. La señorita Esfinge. ¿Qué haces aquí sola? He venido con mis padres. Y con mi hermana... ¿Y dónde están? Me he peleado con mi hermana y me he perdido. No quiero saber nada de ellos... Cogiste a B de la mano y continuaste el recorrido, caminando un poco más rápido para ver si alcanzabais a su familia, aunque enseguida aflojasteis el paso para contemplar las imágenes. Fotografías de niños con problemas. Niños enfadados. Niños pobres. Niños sin zapatos. Niños con cara de locos. Muy adentro, leíste en un panel, en ese lugar silencioso en el que se agazapan los miedos de los niños... Señorita Smith, ¿por qué no lleva usted hoy la cámara colgada del cuello?

Detuviste tus pasos. ¿La cámara?, preguntaste, mirando hacia abajo. ¿Qué cámara? Y sacudiste con fuerza su cuerpo. ¿De qué estás hablando? Deja de decir tonterías... La que solía llevar usted colgada del cuello, se defendió B. A todas horas. Esa con dos ojos con la que estaba siempre haciendo fotos por las calles. Incluso cuando nosotras tropezábamos y nos caíamos al suelo. Gritábamos de dolor y hasta perdíamos el sentido, porque nos dábamos con un pedrusco o con un escalón en la cabeza, y usted seguía con la cámara en ristre. Seguía haciendo retratos de otras personas o sacándonos a nosotras tiradas en mitad de la calle, descalabradas... Cierra el pico, murmuraste y volviste a tirar de su mano. Cállate. Pueden oírte... ¿Es que no quiere que sepan que también usted hace fotos? Aprende, le dijiste, sacudiendo una vez más su brazo. Y con los dedos índice y corazón de la otra mano formaste una uve para señalar tus ojos. Mis ojos son una puerta y mi cámara la llave...

Después, tirando otra vez con fuerza de su mano, echaste a caminar más deprisa, deseando encontrar a sus padres cuanto antes para soltar a aquella bocazas, aunque, vencida por el hastío que te producía el mensaje de las imágenes que ibais encontrando, enseguida volviste a aflojar el paso. Es miserable apelar de este modo a los sentimientos, dijiste, como si estuvieras viendo la exposición en compañía de un adulto. Por suerte, han sido seleccionadas con la idea de que actúen como una especie de aglutinante, para reunir las en un todo coherente, y así te dejan respirar. Entonces salta a la vista la cojera. En el todo... Yo he visto algunas de las que usted hace, las pocas que me ha enseñado, se atrevió a decir B. Y me parece que no son muy distintas de las que han puesto por aquí. En estas paredes. O colgando del techo. No son muy distintas de todas estas fotos que la gente mira con tanto interés...

¿Y a quién le importa lo que tú opines si sólo tienes...? ¿Cuántos? ¿Ocho años? B detuvo sus pasos, te obligó a detenerte, y, enarcando las cejas, te

miró a los ojos. Es usted mala. A veces es muy mala... Disculpa, respondiste, conteniendo a duras penas otra carcajada. Me has puesto nerviosa... Aún no he cumplido los ocho, puntualizó aquella cosita flaca y paliducha que te miraba desde abajo. Sólo me faltan unos meses... Os quedasteis calladas. B ya no se atrevía a seguir hablando de tus fotografías y tú al fin y al cabo preferías ver las imágenes en silencio, sin molestar a nadie y sin que nadie te molestara a ti. Por eso habías ido sola. Por eso casi siempre ibas sola a casi todas partes. Y decidiste tomarte las cosas con calma, aminorar el paso y disfrutar de las fotografías. Tiene razón Jeanne, pensaste. Aprendías rápido. Te fijabas en un fotógrafo y al momento eras capaz de captar imágenes con su estilo característico, aunque tú tenías ya el tuyo.

No te preocupes, le dijiste a B, que en absoluto parecía preocupada. Ya encontraremos a tus padres. A tu pequeña familia... Y en aquel preciso momento en las paredes del museo apareció por fin la familia del hombre. El tema central. El núcleo de la exposición. Una familia en Sicilia, pobre y sucia. Otra en Bechuanalandia, casi desnudos, con los rostros pintados y descalzos en un paisaje desértico. Una familia americana de granjeros del Medio Oeste. En su casa, con ropa, con zapatos, con estufa, con gafas, con los retratos de sus ancestros en la pared y papel pintado y alfombra y muebles. Un poco más allá se exponían las tareas del hombre. Las tareas tradicionales en el campo. La tierra, leyó B en voz alta moviendo el dedo por el aire, es una madre que nunca muere... En un cartel. A continuación, se veían escenas de agricultura y ganadería y gentes trabajando en la industria, en las minas o pescando.

Manos deshechas y espaldas dobladas que tiraban y tiraban con fuerza. También las labores domésticas. Y el trabajo en una oficina. Somos todos parecidos, pensaste. Sí. Aquellas fotografías de algún modo lo demostraban. Hasta el más estúpido ridículo. Y mientras las contemplabas seguiste

recordando lo que había dicho Jeanne al ver tu trabajo hacía apenas unos meses. Algunos de tus negativos. Son buenos. Muy buenos. Sigue así y llegarás lejos. Podrías ganarte la vida con la cámara y dejar de ser niñera. Trabajas ya como un auténtico experto, como un orfebre. Cada una de las imágenes es una filigrana... Era la primera vez que le enseñabas a alguien algo de lo que hacías. La filigrana, insistió Jeanne, para estar bien hecha requiere maestría, amor, tiempo... Sólo disparo una vez, confesaste. Cuando se trata de un retrato, porque otras veces, si veo que hay una historia, hago una serie completa. O cuando algo o alguien me parece un símbolo.

Como una paloma muerta para la que gasté un rollo entero de película e incluso un poco más. El pájaro solitario. Caído... Jeanne, otra extraña en un país extraño, sin padre, te miró admirada. Ser pobre tiene sus ventajas, explicaste. Sólo disparas una vez. No puede uno gastar película ni balas tontamente, y como sabes que sólo puedes disparar una vez, cuando lo haces das en el blanco... Un solo disparo, repitió ella. Una toma perfecta. Cada una de las que has hecho. La prueba está en estas tiras de negativos... Satisfecha con lo que decía, tú misma la retrataste con unas cuantas de aquellas tiras entre las manos. Con su pelo gris y sus gafas de montura negra. Sacar una buena foto, continuó con una generosa sonrisa de felicidad, puede parecer fácil cuando uno desperdicia un carrete entero para hacerla, pero conseguirlo en un único disparo es otra cosa. Tiene uno que haber aprendido a jugar. La vida es una tragedia que ni siquiera los griegos supieron diferenciar de la comedia.

Tiene uno que haber aprendido y haber visto de todo. Aquí, por ejemplo, está El Parmigianino. Y ahí, Vermeer. O Piero della Francesca. Tienes una cultura visual enciclopédica. Y se nota tu pasión por el cine. Por el movimiento que hay en tus composiciones. Pero que sepas una cosa, Vivian. En este mundo no basta con hacer lo que haces maravillosamente bien. Es

mucho más importante hacerse ver. Hay que sacar codos. Y tener buenos contactos en las altas esferas. Vende el que más grita, no el que ofrece la mejor mercancía. En este mundo de creadores que se consideran anarquistas y libertarios, por más que esté prohibido serlo, lo que vende, vende... Sonreíste, con embarazo. Hacerse ver. Eso fue lo que dijo. Sacar codos... A ti nunca te gustó empujar, ni llamar la atención. Tú lo que querías era hacer fotos. Tener buenos contactos en las altas esferas. Jeanne era amiga de una Vanderbilt. Nada menos que fundadora del Whitney.

El museo que lleva su nombre. Gertrude Vanderbilt Whitney. Ellos captan lo que ve la máquina, dijiste en voz alta para que B pudiera entender lo que en realidad hacías. Mi máquina retrata lo que ve mi alma. Clic... Sin darte cuenta, soltaste la mano de B y con los dedos de ambas manos abrazaste una cámara que, invisible, colgaba de tu cuello a la altura de tu ombligo para hacer una fotografía ficticia de lo que tenías delante. A una niña de ocho años observándote con el cuello estirado y sonriendo al ver lo que hacías. Juegos malabares. Magia negra. Hacías lo que querías. Cuando querías. Tal y como tú querías. Nadie te decía cómo tenías que hacerlo. Querías también dar la vuelta al mundo y aquella exposición no hizo más que aumentar las ganas de hacerlo, de salir por ahí en busca de tu propia familia. Para hacerla. Tu propia familia del hombre. Y lo hiciste unos años después. Sola. Con tu cámara. A tu aire.

¿Qué lleva ahí?, exclamó B, señalando la bolsa de papel marrón arrugada que sobresalía por la abertura de uno de los bolsillos de tu chaqueta. Tú metiste en él la mano para hundirla con rapidez. No es más que una lata de sardinas, respondiste. Con tomate... ¡La cámara!, gritó ella. Lleva usted ahí la cámara... Calla. Ahí está mi corazón. Tócalo... B refunfuñó, pero, sacando la tuya del bolsillo, cogiste su mano, la llevaste hacia tu cadera y cuando palpó la cámara abrió mucho aquellos ojos azules como los de su hermana y

los de su madre, aunque en ella un poco de payaso, algo que le daba un aire tierno. Después volvió a caminar a tu lado en silencio, como si de pronto estuviera domesticada. Las frases sincopadas, enigmáticas, amainan a los niños. Las madres deberían hablar así a sus hijos con más frecuencia. Hechizamos a los niños con cuentos de hadas, pero a la vez nos empeñamos en matar el misterio de la vida con cada una de nuestras palabras y con casi cada uno de nuestros actos.

B siguió caminando junto a ti como si tuviera un nudo en la garganta. Como si su corazón no estuviera en el bolsillo de la chaqueta, ni en su sitio, sino en su gaznate, a punto de salir disparado por la boca. Aparecieron entonces las actividades lúdicas. La comida. Un hombre en Francia de picnic echándole sal a un huevo. Con camisa y corbata y la raya del pelo muy recta. Sacudiendo un salero con la otra mano. Una campesina en Yugoslavia abrazando un montón de hogazas de pan. Seis mujeres muy maquilladas, bien peinadas y mejor vestidas riendo tras el cristal de una hamburguesería. Mierda y más mierda que no vale ni el papel de revelado, murmuraste. Mierda de catequesis. No hay que mostrar cómo se echa la sal a un huevo. Hay que echar sal a las heridas... B te cogió otra vez de la mano y, sonriendo, la apretó. En la pared de enfrente un hombre en el Congo belga mostraba triunfante una cría de antílope que mantenía bocabajo, en el aire, cogida por las patas.

Y junto a él otro hombre echaba la cabeza hacia atrás y abría bien la boca para recibir un chorrillo de agua. Dientes blancos, muy blancos, que contrastaban con la piel tan negra. Todas aquellas eran imágenes alborozadas. Tan pletóricas que parecían saltar de las paredes. Pero empezabas a sentir cierto cansancio. Tú, que estabas acostumbrada a caminar durante horas y horas, mirando a un lado y a otro, fijándote en todo. E incluso hastío, fatiga visual. Tanto movimiento para nada, rezongaste al pasar junto a un expositor

tubular forrado de imágenes de niños cogidos de la mano girando en círculo. Jugando al corro de la patata. Fotografías como banderas, continuaste, que flamean como un gallo en un corral. ¿Para qué? ¿Por qué? Y de nuevo, el niño peruano con el flautín en los labios. La música y el ritmo, se leía en un panel, encuentran su camino hasta los lugares secretos del alma...

Era una cita de Platón. A continuación se mostraban la bebida, el juego, la enseñanza. Niños de Bechuanalandia desnudos, apretujados en el suelo de tierra, escuchando a un chamán. Y un montón de hombres y mujeres sentados en hileras en una universidad de Checoslovaquia. El más fino diamante se encuentra entre el barro, dijiste, inclinándote sobre B para que no perdiera una sola de tus palabras. Rebozado de sentimentalismo o de tierra y de agua sucia. En el lodo de esta exposición... Te miró asombrada y sonrió. Tenéis que estudiar. Os lo he dicho miles de veces. Tenéis que ser como los hombres. Como vuestro padre. Como estas mujeres cuyas fotografías se exponen aquí... Tú podías haber estado allí. Con una de las tuyas. Jeanne había querido enviar una de tus fotografías a Steichen, pero tú no lo permitiste. Estaba convencida de que la habrían seleccionado. No sabía que aquel no era el problema. Miraste a un lado y a otro. Monjas en tiovivos. Con las tocas al viento.

Acordeones. Faldas escocesas por el aire. Por aquí ya hemos pasado, ¿no te parece?, preguntaste. ¿Hemos retrocedido sin darnos cuenta? Aquí todo es como una túnica o un velo. Se mueve sin moverse. Un parque de atracciones, a pesar de su frenesí, es el lugar más estático del mundo... B se echó a reír y empezó a caminar dando zapatazos con las rodillas dobladas. Con los hombros y los brazos sueltos, desmadejados. No hay nada más engañoso que una bandera, continuaste tú. Las banderas, iconos de la determinación, dan sensación de libertad, cuando en realidad están atadas a un mástil. A merced del viento... Volvieron a aparecer las parejas. Y la sensación de soledad. El

hombre en la calle transmite soledad, te dijiste. Estoy solo con el latido de mi corazón, decía en otro panel el poeta chino Lui Chi. En uno de aquellos rótulos tan, tan, tan descriptivos. Tan obvios. Podría usted ser famosa, insistió B. Como todos estos fotógrafos...

Cuando a un niño se le mete una idea entre ceja y ceja no es fácil apartar su mente de la cuestión. Vuelve a ella una y otra vez, como si su cerebro se hubiera atascado. A menudo retoma su idea tras un largo silencio, aunque su interlocutor le haya dicho ya que lo que se le ha ocurrido no sólo no es viable, sino que no tiene nada que ver con la realidad, que es una estupidez o una locura. A veces al cabo de varios días. O de meses. O años. Tal vez incluso al cabo de toda una vida. Podría usted dejar de ser niñera... ¿Y qué tiene de malo ser niñera? ¿Por qué todo el mundo se empeña en que deje de ganarme la vida como me la gano? Bueno, todo el mundo no, reconociste para tus adentros. Los pocos que me conocen bien. Jeanne. A y B... ¿Acaso Hércules consideraba que limpiar un asqueroso establo fuera una labor por debajo de la dignidad del más fuerte de los hombres?, exclamaste. ¿Una tarea mezquina para el hijo del más importante de todos los dioses del Olimpo?

Te echaste a reír. Menuda defensa. No eres hija de unos padres a los que se les pudiera considerar ni siquiera como semidioses. No lo pensaste ni cuando eras niña, a esa edad en la que la mayoría de los hijos no están dispuestos a reconocer los defectos de sus progenitores. El más fuerte, añadiste a la retahíla que acababas de escupir sobre aquel monte mitológico y su particular adalid de la virilidad. El más guapo. El más listo. Uno de los artistas más destacados del país. Una de las colecciones más importantes de nuestro tiempo. El mejor sistema de fotografía instantánea del mundo. Y toda la jerarquía olímpica. Mierda celestial... B ignoró tus exabruptos e hizo bien. Al fin y al cabo su casa no era un asqueroso establo. No importa tal sombra o tal destello, continuaste perorando en voz alta. Cuando disparo está todo ahí. El

antes y el después. Magia, ruido, tripas y dientes. El éxito. ¡Ja! Ja, ja. El éxito por sí solo no ayuda a vencer las dificultades íntimas.

El éxito en las tareas que nos plantea el mundo no basta para resolver las presiones internas... Pronunciaste la palabra éxito como si fuera un aborto, como si quisieras que saliera de tu boca entrecomillada y se quedara en el aire, flotando en líquido amniótico, en heces, en babas, en flujos y mocos. No son los triunfos lo que cuenta, proseguiste, sino el desarrollo interno de cada persona. Nada de autobombo y nada de autocompasión. Debe uno conquistar la autonomía. Una verdadera autonomía. En las tripas. En la sangre. Dentro... Pero nadie la toma en consideración, continuó B. Cabezota. Nadie sabe que es usted mucho más lista que todos esos pájaros que andan por aquí pululando alrededor del señor ése... B levantó el dedo para señalar a Steichen, que estaba justo delante de vosotras. A unos pocos, poquísimos pasos. El deán de la fotografía creativa. El ministro plenipotenciario en aquel templo del arte más moderno de todas las artes.

Alto, con entradas en el pelo canoso, gafas de montura metálica y una confiada sonrisa de cura de pueblo. Abordado por los fanáticos fans, por los pasmados admiradores, por los camanduleros aduladores, por quienes querían que les diera un empujoncito para subir un escalón más en el escalafón de la fama. Y allí estaba Robert Frank. Y su mujer, Mary. Con una falda de vuelo estampada, un chal y repollos de rosas en su rizada melena. Robert vestía como siempre, de manera descuidada. Llevaba el cabello revuelto, aunque se había afeitado. Era el segundo fotógrafo con más imágenes en la muestra. Y el primero, Wayne Miller, asistente de Steichen. El enjambre de admiradores en torno al comisario hacía mucho más ruido que todas las demás personas que aquel día visitaban las salas de la exposición. Y allí estaba también Joe Gould, un hombre viejo, calvo, con barba gris y sin dientes, que iba siempre de bar en bar, vendiendo poemas, moviendo los brazos como si fuera una

gaviota y gorroneando bebidas.

Andará recolectando material para esa *Historia oral* que, según dice, escribe desde hace años, pensaste. En el fondo, hace lo mismo que tú. Él recorre la ciudad y escucha a la gente, sin su permiso, y apunta todo lo que le parece revelador. La historia oral de la humanidad. Tú recorres la ciudad y observas a la gente, sin su permiso, y fotografías todo lo que te parece revelador. La historia ilustrada de la humanidad. Acabarás como él. Sola, vieja, chiflada. ¿Y para qué demonios quiero yo que sepan nada de mí?, estallaste. Como antes B. De manera repentina, después de haber permanecido un buen rato en silencio, inmersa en tus cavilaciones, rumiando. Di. ¿Para qué? B te miró desconcertada. Anda. Dime. ¿Para qué? ¿No estoy yo mucho mejor charlando contigo por estas salas y contemplando todas estas imágenes a nuestro aire que en medio de ese hervidero de víboras?

Aunque algunos de los reptiles que culebrea en torno al hombre de las gafas y el pelo blanco sean inteligentes e incluso buenos fotógrafos. Pero también los hay muy malos que, a pesar de todo, son famosos. Fotógrafos mediocres que triunfan y a los que mucha gente considera el *non plus ultra*. ¿Ves a ése de ahí? ¿Ése que ahora le pasa el brazo por los hombros al de las gafas y el pelo blanco? ¿Ése que ahora mira extasiado al hombre al que tú acabas de señalar hace unos instantes con el dedo? Y, por cierto, no se señala a nadie con el dedo. Ni siquiera a un vulgar paraguas... B protestó. Su dedo índice de la mano derecha parecía tener vida propia, como tu cámara. Está bien, aceptaste. Te creo. Pues bien. Ese hombre al que todos dan coba es el comisario de la exposición. El director del departamento de fotografía de este importante museo. Un pez gordo. Y, por cierto, cuanto más gordos son los peces gordos, más ruido hacen al caer...

Miraste a B. ¿Sabes lo que es un pez gordo? Movié la cabeza arriba y abajo. Pues bien. Ése que acaba de pasarle el brazo al de las gafas y el pelo

blanco por los hombros y que parece que no quiere más que mostrarle su amistad inquebrantable, untuosa y sumisa, sin duda para conseguir algo que sólo puede lograr a través de ese hombre y no por sus propios medios ni gracias a ningún otro... Te detuviste un instante para respirar, pero enseguida proseguiste con tu nueva frase, una de esas frases con las que aún hoy día te dejas llevar por la rabia y con las que parece que te despeñas. Ése que acaba de pasarle el brazo al de las gafas y el pelo blanco por los hombros, sin duda empeñado en conseguir algo a lo que de ningún modo puede renunciar, porque reventaría de envidia y de insatisfacción, no sé, una cabaña de lujo en la playa que él denominará su choza o un ataúd de bronce imponente y un bonito coche fúnebre tirado por ocho caballos...

Otra vez te detuviste para coger aire. B te miraba con atención. No perdía una sola de tus palabras. Y dirá que lo hace para dar de comer a su hijo, proseguiste, cuando por cómo se esfuerza se diría que tiene que dar de comer a todo un rebaño. A varias camadas. Pero, ¿por dónde iba? Ah, sí, claro. Ése que acaba de pasarle el brazo al de las gafas y el pelo blanco por los hombros y que ahora le mira transportado mientras escucha con atención cada una de las palabras que dice... B estornudó, interrumpiendo la frase que amenazaba con convertirse en una longaniza de varios metros. Ése, precisamente ése, continuaste, sacando otra vez el pañuelo para limpiarle la cara y el escote e impedir que lo hiciera ella con la manga de su chaqueta, mañana mismo criticará la muestra y dirá que la de su comisario no es más que una moral de Cruz Roja... ¿Y eso qué quiere decir? Que cree o intenta hacer creer a todo el mundo que el mundo es magnífico tal y como es...

Entiendo, dijo B, aunque aún quiso saber más. Señorita... ¡Smith! En los lugares públicos soy la señorita Smith, la niñera... Señorita Smith, ¿por qué no prueba a enviar unas cuantas fotos tuyas a un museo? ¿O a una galería de arte? Pero qué manía, exclamaste. Y una vez más te detuviste de golpe,

inclinando la cabeza y mirándola a los ojos. Hay gente con talento para hacer carrera, explicaste, y otra que no tiene ninguno para hacerla, aunque sus obras sean tan buenas o incluso mejores. Y no me refiero a mí, añadiste, poniéndote otra vez en marcha, que tampoco soy Rembrandt... B tiró de tu brazo, obligándote a mirarla otra vez a los ojos. Es un decir. Ya sé que yo no pinto, pero has de saber una cosa. El mundo del arte no es más que una charca pútrida. Con demasiada frecuencia funciona tal y como lo hace el del crimen organizado. Es una mafia, aunque más sutil que la que explota el alcohol, el tabaco, el juego o la prostitución.

Y un poco menos chapucera. Además, en Nueva York no hay más que una galería dedicada a la fotografía. Se llama Limelight y abrió el año pasado. La dirige una mujer, Helen Gee... B abrió las manos y ladeó la cabeza, como diciendo: Pues ahí podía usted exponer... He ido a alguna de sus exposiciones, pero jamás me he sentado allí. Ni a charlar con amigos, ni a comer una pizza o una hamburguesa. Si es que eso se puede comer allí. Siempre como de pie, sola, y ceno también de pie, además de que yo no como esas marranadas. Tú misma lo pudiste ver en más de una ocasión cuando vivía en vuestra casa. No como por placer, lo hago para alimentarme, para no morirme antes de tiempo. Soy un callejón sin salida. Y la gente se da cuenta nada más verme. No tengo contactos. No hago relaciones. No las necesito, porque yo lo que quiero es vivir en paz cada minuto de mi vida y hacerlo a mi manera, sin tener que lamerle el culo al gerifalte de turno...

B se puso a aplaudir y a dar saltos. Ni líder, ni chamán, ni manada, continuaste tú. La mayoría de las personas que se dedican a estas profesiones que tanto dependen de la opinión del público y de los críticos apenas hace otra cosa más que relacionarse. Conspirar. Adorar al cabecilla, al caudillo o hacer todo lo posible para convertirse en el dirigente o en el gurú de la manada. Y tienen tantos contactos que parecen autopistas de varios carriles y

direcciones... B te miró de reojo. Caramba, dijo, con una sonrisa en los labios. Todo el mundo a nuestro alrededor pensaba que era usted una esfinge, pero cuando se lanza a hablar hay que ver lo que suelta. Sapos como camiones y culebras kilométricas... Te echaste a reír, pero, incorregible, continuaste con tu terrario verbal. Y como todas esas relaciones amenazan con disiparse, constantemente están ocupados con todas esas relaciones. Y por eso, fieles a su principio de no perder ni una sola oportunidad, están siempre maquinando.

Lo cual, junto a las ventajas que persiguen, acarrea también grandes desventajas. Por ejemplo, una horrible soñarrera... Los adultos que se promocionan a sí mismos para progresar se convierten en alimañas, pensaste. No querías ser así. Por eso, siempre te sentiste tan a gusto con los niños, los viejos y los fracasados. No querías medrar, sino mantenerte recta y ser justa, aunque resultaba difícil, porque también eras mezquina e injusta. Qué tontería querer convertirse en algo. En alguien. ¿Para qué? ¿Para distinguirse de los demás? Ser importante. ¿Para qué? ¿Para ver una fila de extraños haciendo cola con la intención de estrecharte la mano o arañar un autógrafo y poder decir que consiguieron rozarte, como si fueras una de las piedras de la pirámide de Keops o el zafiro que toda una familia está esperando heredar, paralizada? Mierda celestial... El recorrido se volvía cada vez más estrecho. Llegó la muerte.

Un joven subido en una tumba. Un niño en un ataúd. Viudas, funerales, lápidas. Y la bomba atómica. Una seta gigante en blanco y negro. En una habitación especial, con sillas para poder contemplarla. ¿Y los muertos y los heridos? ¿Dónde estaban las secuelas de aquella imagen en sí misma poética? Escamoteados. Y otra vez la vida. Otra vez explotaba la vida. Aquello no se acababa nunca. Volvían a nacer niños. En España, en Suecia, en Alemania. El optimismo esforzado del comisario y de sus ayudantes, el de los ciudadanos

de a pie, deseosos de olvidar las últimas guerras, casi no daba espacio al mal. Y de pronto, entre tanta basura condescendiente, emergió la fotografía más impresionante de todas las que había allí. Una madre todavía joven, aunque ajada por la preocupación y la angustia, rodeada por sus hijos, que escondían el rostro, apoyando sus cabezas en los hombros maternos.

La retratada, explicaste, porque era una fotografía que su autora había realizado hacía casi diez años, alimentaba a sus hijos con vegetales helados de los campos en los que trabajaba en algún lugar de los Estados Unidos, plantando guisantes, y con pájaros que cazaban los pequeños, no con productos traídos en el coche o en el carrito de la compra desde el supermercado de la esquina. Famélica y sucia, con gesto cansado, esta mujer me parece mucho más hermosa que todas esas sofisticadas damas que, envueltas en pieles y rodeadas por un nubarrón de perfume, pasean por las calles de Nueva York... B asintió. Esta foto es de Dorothea Lange. Esta sí. Esta me hubiera gustado hacerla yo. En los años veinte y treinta esta mujer se ganaba la vida retratando a las clases altas de San Francisco, hasta que en 1932 empezó a fotografiar a los obreros y a los parados de la ciudad... Se oyó un aplauso, pero no era para Dorothea Lange. Os volvisteis para ver qué ocurría.

Los aduladores, que parecían saltimbanquis, doblándose en un amplio muestrario de reverencias y genuflexiones, festejaban y algunos hasta fotografiaban a Steichen. El obispo. El Don, gruñiste. *Il capo di tutti capi*. Bueno, ése no está aquí. Ése es el mandamás. *Il capo crimini*. Pero ahí tenemos al *Boss*. Con su *consigliere*, su *capo bastone* o *sotto capo* y sus *caporegime*. Y a los estúpidos de los soldados. El aplauso es una costumbre bárbara. El reverso, la otra cara de la moneda del phui, phui, phui... B encogió ligeramente el cuello mientras tus ojos abarcaban a los que aplaudían y al aplaudido en un retrato de grupo. Clic. No hay nada más real que el

hambre, leíste en un panel. Y nada más falso que fotografiar el hambre, gruñiste para tus adentros. Caras descompuestas, bocas abiertas sin nada que llevarse a la boca, hambre con frío, hambre de un niño encogido, que no entiende por qué. ¿Por qué? Hambre de un pequeño chino que arrastra los pies, enfundados en unas sandalias rotas, y un cuenco vacío.

El arte, advertiste a tu pequeña compañera, debería ser un espacio de libertad, pero, como ves, en cuanto se juntan varios lo convierten en un coto organizado de manera jerárquica, tal y como ocurre en la Iglesia, en el ejército, en los ministerios, en las cortes del mundo entero o en la tripulación de cualquier barco mercante... ¿Por qué no quiere usted que sepan...?, insistió B. ¿Por qué? ¿Por qué?, protestaste, con impaciencia, cortando su pregunta por la mitad. No puedes entenderlo todo. Tampoco los adultos lo sabemos todo. Pero te confesaré una cosa. Se vive mucho mejor en el anonimato que siendo famoso... Tú no lo habías experimentado nunca ni lo probarías jamás, pero bastaba observar a uno cualquiera entre los más reconocidos en cualquier profesión para darse cuenta de que se trataba de algo poco deseable. Y nada sano. Bastaba observar, por ejemplo, a Marilyn Monroe. Acabará mal.

Lo pensaste en cuanto la viste por primera vez. En *La jungla de asfalto*. Tenía tu edad. O a Rita Hayworth. Tan rutilantes, tan aparentemente independientes, y no eran más que marionetas en manos de los directores y productores de cine. Mira a éstos, le dijiste a B, señalando a tres fotógrafos que hablaban entre sí pegados a una pared. Y te reíste, porque entonces fuiste tú la que lo hizo. Señalar con el dedo. B también se rio. Son tres fotógrafos muy conocidos. Yo los observo. Los conozco a todos, sin que ellos me conozcan a mí. Se mueven en lo que se llaman camarillas. Se ayudan entre sí y hacen la guerra o el vacío a los que no son de su cuerda. Siempre levantando la cresta. Me parece que se toman a sí mismos demasiado en

serio. Y lo sacrifican todo en nombre del éxito. Quieren convertirse cada uno de ellos en la vedette nacional. Qué digo nacional. Del mundo entero. Los pájaros cagan desde muy alto. Y a veces incluso se diría que apuntan a los de más abajo...

B sonrió hasta con los ojos. La mayoría de los niños son incapaces de resistirse a los encantos de una perorata escatológica. Los nombres no importan, proseguiste. Sean quienes sean, no los conoces. Aparte de que lo más probable es que el día de mañana tampoco los conozca nadie. Pero vamos a escuchar lo que dicen... Aguzasteis las dos el oído. ¿Y a vosotros cuánto os han pagado por las fotos?, dijo uno de los tres y sonrió de una forma perversa. Los otros dos palidieron. A mí no me han pagado nada, dijo uno. Tranquilo, intentó calmarle el otro, aún con el rostro demudado. Debe de estar tomándonos el pelo. Que yo sepa no le han pagado a nadie... ¿Ves el aspecto que tienen? B asintió. ¿Ves su disfraz? Porque has de saber que ese atuendo no es más que un disfraz que les ayuda a reconocerse unos a otros. También los gestos y el lenguaje sirven para eso. Para entrar en un grupo cerrado, exclusivo.

La ropa para muchos es un artificio con el que medrar... B bajó la vista. No. La tuya no, le dijiste, dándole un cariñoso pellizco en una mejilla y mirando de reojo aquel sempiterno vestido de flores. Así vestidos, a ellos les dejarán entrar hasta en la sala de billar pompeyana del hotel Astor, cuando a otros no nos permiten pasar ni con nuestras mejores galas. Bueno, a mí ahora sí, cuando acompaño a los cachorros de alguna familia rica. ¿Cachorros?, preguntó B. Sí. Niños como vosotras. De buena familia. Desde ahí he podido ver el desfile del día de Acción de Gracias. Desde el balcón del hotel. Las carrozas y cada uno de los globos gigantes. A la altura de mis ojos. Tiré tres rollos de película. Pero mira a esos de ahí. Siempre insatisfechos, siempre deseando alcanzar un punto más alto, ser públicamente reconocidos y

aclamados, sin darse cuenta de que lo mejor de la vida no está ahí arriba, sino a menudo en lo que creen haber dejado atrás. En aquello de lo que huyen. En lo que desprecian.

Estudian todos en la misma escuela, pero no tanto para aprender fotografía como para hacer relaciones, para poder manejar los resortes de la mafia. Quieren parecer pobres y no lo son en absoluto. Quieren parecer jóvenes y tampoco lo son ya. Y no lo han sido nunca, ni siquiera cuando lo eran. Si te acercas a ellos y les haces una pregunta, la más sencilla, incluso qué hora es, no te contestarán. Y lo más probable es que tampoco te miren. Y si lo hacen, será por encima del hombro. No es que no te comprendan, sino que te tratan como si fueras aire. Si les dices lo que piensas de su mundillo, echarán mano de un arma casi infalible. Te tildarán de ingenua, de inmadura, de adolescente. El uno, el otro y el otro, incluso desde las páginas de un periódico. Y nadie quiere que se ponga en duda su inteligencia en público.

Y si por casualidad se te ocurre intentar que te acepten, tu vida se convertirá en un eterno nacimiento, en un parto constante, en una venida al mundo que no se acabará nunca. Y no. Gracias. Prefiero ir sola y de noche a los barrios más peligrosos de Nueva York que mezclarme con tipos como éstos. O acercarme a un asesino convicto e incluso a toda una banda de gánsteres de los de verdad. De los que llevan pistola. Y si alguna vez uno cualquiera de éstos se digna a dirigirte la palabra será para preguntarte quién es tu padrino. Quieren saber quién es tu valedor en esa mafia, porque, además de las camarillas, están las camadas. Sabes lo que es una camada, ¿verdad? B negó con la cabeza. Antes no has preguntado. Ya utilicé esa palabra. Cuando no entiendas algo, levanta el dedo. O mejor, tírame de la falda. La camada la forman las crías que un animal tiene en un solo alumbramiento y a las que defiende con uñas y dientes. Los padrinos eligen a sus camadas, guiándose por los posibles beneficios, sin importarles si lo que hacen está bien o no.

Y los defienden con uñas y dientes. Como hacen los cerdos o los jabalíes con sus retoños. Los acogen y patrocinan porque les conviene y porque resulta más rentable y menos arriesgado amparar a un inepto que a alguien que algún día les pueda llegar a hacer sombra. Y frente a esos otros, los que ellos saben o sospechan que les podrían llegar a hacer sombra, levantan barreras invisibles, que no ve nadie, pero que no por eso dejan de ser infranqueables... Echasteis a caminar de nuevo, cogidas de la mano, hermanadas por tus teorías, y os encontrasteis con los soñadores y los religiosos. Aún creo que la gente es realmente buena en su corazón, escribió Anna Frank en su diario cuando tenía catorce años. Esa frase reproducida allí en uno de los paneles te enfureció. Por la desvergüenza en el afán de manipular.

Cuando de pronto una imagen hizo que te detuvieras de golpe y B contigo. En ella, un grupo de judíos avanzaba por las calles del gueto de Varsovia, escoltado por un pelotón de soldados alemanes armados hasta los dientes. Una niña más o menos de la misma edad que B con abrigo a cuadros y las piernas al aire abría la marcha, rodeada por varios adultos, camino de la muerte, mirando temerosa a sus captores. La exposición podría haber terminado así. Con aquella otra fotografía de un montón de jóvenes coreanas gritando tras una alambrada. Con las miradas de tristeza de tantos niños y adultos en el mundo entero. Con el soldado muerto que apareció un poco más allá, un joven tirado de espaldas para siempre, mordiendo el polvo. Pero el comisario y sus sacristanes habían preferido acabar en un tono diferente. Una pareja en Holanda. Juntos formamos una multitud. Una pareja en China. Juntos formamos una multitud. Una pareja en Canadá. Juntos...

Y tras una imagen de las Naciones Unidas en plena sesión, volvió incluso el más desvergonzado alborozo. El mensaje de esperanza. El niño del caramillo. *Nom de Dieu!* Y unas piernas preciosas. De mujer. Una mujer

joven cargada de flores, en mitad del agua, un agua clara y sin duda alguna fresca. Es una fotografía de Nell Dorr, explicaste. Amiga de Steichen y de Alfred Stieglitz, al que le hacía el pan... B te miró con cara de tortuga. Debía de estar rico ese pan, bromeó. Stieglitz, puntualizaste, era uno de los hombres más influyentes del mundo del arte y de la fotografía... Me lo temía, replicó B, mientras en aquel tobogán de variedades y simplezas que se extendía a vuestro alrededor volvía a predominar con descaro el tono alegre. El entusiasmo. Niños en Japón comiendo copos de nieve que caían del cielo. Con la boca abierta y el cuello doblado en un ángulo de casi noventa grados.

Niños jugando con pompas de jabón. Con bengalas, con piedras, con cajas de cartón y con su propia sombra en la arena de una playa. ¿Quién es ese señor de los bigotes retorcidos y en punta?, exclamó B. Por suerte, no hacía falta señalar. Tú también te habías quedado mirándole. Como todas las demás personas en aquella sala. El hombre, con los ojos desorbitados sobre unos finos y enhiestos bigotes, retorcía las manos en el aire como si se hubiera propuesto hacer sombras chinescas. Parecía poseído. O estar bajo los efectos de un potente alucinógeno. Lo he visto alguna vez en la televisión... Es Salvador Dalí. Un pintor español que ha vivido bastantes años en Nueva York y que a menudo se pone lacitos o flores en las puntas de los bigotes, aunque dice que siempre los lleva como si fueran las manecillas de un reloj que marcaran las diez y diez, con lo que más bien parecen los cuernos de un toro diminuto. Suele posar de manera provocativa y decir *boutades*...

¿Cómo?, gritó B, tirándote de la falda como un sacristán de pueblo llamando a misa. ¿Qué significa eso? ¿*Boutades*? Frases pretendidamente ingeniosas que se dicen para impresionar a la concurrencia. Es un fantoche. Hace demasiado ruido para vender su bazofia. Como tantos otros que se creen artistas y no están más que imbuidos por el afán inmenso que tienen de imponer a todos y en todas partes su enfermizo egocentrismo. Hace tres años

lo encontré en la puerta de este mismo museo y le retraté primero firmándole un autógrafo a una hermosa joven y después, cuando echó a caminar, por la calle, como una persona normal y corriente. Serio, sin afectación alguna... ¿Se refiere a hacerle una foto? Sonreíste. A retratarle. Sí. Tú ya me entiendes... B sonrió también y después, retorciendo los dedos y moviéndolos por el aire, te miró con los ojos desorbitados. Eso no se hace, dijiste, dándole un sonoro palmetazo en la nuca.

Es tan feo como señalar. O peor aún. Y, por cierto, ¿sabes que los pintores nos odian? A los fotógrafos, quiero decir. ¿Por qué?, preguntó B. ¿Por qué qué? ¿Por qué los pintores odian a los fotógrafos? No todos nos odian, sólo algunos, pero esos lo hacen a muerte. Tal vez porque las nuestras son reproducciones de la realidad mucho más fieles que las suyas. Y porque nos basta un simple movimiento, una presión con el dedo, para obtener una obra completa. Clic... Con razón les odian, dijo B y corriendo se tapó la boca con la palma de una mano. Como quien piensa que ha dicho una inconveniencia, aunque las dos os echasteis a reír. De todos modos, continuaste, muchos aún niegan que la fotografía sea un arte. También los fotógrafos consagrados odian a la mayoría de los fotógrafos callejeros. Todo el mundo se odia en este mundo, aunque en público, como acabas de ver, muchos se hagan reverencias y hasta carantoñas. Odio y amor tienen el mismo número de letras. Las justas para coronar nuestros nudillos...

Con el índice de una mano B contó los odios y los amores que le cabían en los nudillos de la otra. Y enseguida con el otro dedo índice los de la primera. También muchas personas por la calle si se dan cuenta de que las has fotografiado sin su permiso te odian a muerte. Te darían con el bolso en la cabeza. Y te dan, si pueden. A mí más de una vez me han puesto un ojo morado o me han hinchado la cara. Tengo un autorretrato con la cara como un pan, como una hogaza recién salida del horno, y un ojo a la virulé. No

pude dejar pasar la oportunidad. Te arrean con el bolso, con la bolsa de la compra o con cualquier otro objeto que tengan entre las manos. O con lo que encuentren a su alcance. Un garrote, una silla. ¿Te acuerdas de Piel de Zorro? B asintió. Pero ella no le pegó... Hay que defenderse. Atacar antes de que se les ocurra agredirte. Es una profesión peligrosa. Y sólo por eso me gusta aún más...

Querrá usted decir que es una vocación peligrosa. Usted no se gana la vida con las fotos que hace... Estás en todo, reconociste, dándole un par de palmaditas en el cogote. No se te escapa una. Pero la verdad es que no todo el mundo se envalentona. Los hay que se enroscan sobre sí mismos como gusanos, hasta el punto de que no se les ve más que el traje que visten y, sobre todo, la gorra vieja bajo la que se ocultan, como si fuera un enorme armario ropero. Tan sólo asoman los zapatos. Pero aun así, se les puede identificar. Por un anillo en un dedo sucio que queda al descubierto en la mano que aplasta el casquete contra el cráneo. Con tres piedras embutidas en la plata tosca. Mejor dicho, los huecos del engarce de las piedras, quizá preciosas en otro tiempo, pero ya desaparecidas. Hay que ver la cantidad de hombres que tratan de vivir ocultos bajo un sombrero. Aunque también hay personas a las que les gusta que les fotografíes. Los jóvenes te miran desafiantes y algunos hombres maduros también.

Las mujeres de cierta edad te observan con desconfianza y altanería. En cambio, los niños actúan con naturalidad. Y muchos no se enteran de que les acecho hasta que mi sombra les advierte de mi presencia. Mi silueta oscura y fría sobre ellos o junto a ellos. La sombra de mi sombrero de gánster. De este modo presto vida a otras personas y a la vez me autorretrato. Mi sombra es mi firma. En un rincón. Pero como te decía, muchos no se enteran y no se enterarán jamás, porque están dormidos en un banco, en la arena de una playa, dentro de un coche o tirados en el parque. Acuérdate de cuando

paseábamos juntas por Central Park... ¿Por qué no se enterarán jamás?, preguntó B, mirándote a los ojos. Podrían reconocerse si algún día llegaran a ver sus fotos... Pero mis fotografías no verán la luz hasta que todos ellos estén muertos. O casi todos, porque, como sabes, retrato también a muchos niños...

¿Y usted? Sí. También yo estaré muerta... B se quedó pensativa, mientras tú jugueteabas con uno de sus mechones rubios y le hacías cosquillas detrás de la oreja. Los niños no acaban de entender la muerte, aunque la mayoría de ellos no piensan en otra cosa, como la mayor parte de los adultos. Por cierto, en mi estirpe casi nadie deja nada tras de sí, añadiste. Tierra quemada. En cambio, yo no sólo voy a dejar mis fotos, sino hasta mis blusas. Sí. Sí. Cada una de mis prendas. Y mis horquillas del pelo. Y cada sobre que recibo. Muchos de ellos sin abrir. Y mis zapatos de monja... Sí, te interrumpió B, al tiempo que bajaba la vista para clavarla en tus zapatos planos. Con cordones. La verdad es que a veces parece usted un miembro del Ejército de Salvación. Eso decía siempre mi madre... Y una vez más las dos os echasteis a reír. Soy una monja, pero no me dedico a Dios, sino a mí misma, a mi vocación, pensaste. Una monja o una obrera de una fábrica soviética, reconociste en voz alta.

O una empleada de prisiones en una cárcel femenina... No necesita llevar tacones. Es usted tan alta, dijo B, forzando el cuello para mirar hacia arriba. ¿Y no le gusta fotografiar a famosos? Sí. El año pasado retraté a la actriz y cantante Lena Horne, defensora de la igualdad racial. Su piel de color café con leche contrastaba con el blanco de las perlas de sus pendientes y de su collar de varias vueltas, con el de su sonrisa y el de su blusa. Y en otra ocasión a Ava Gardner firmando autógrafos en el Capitol. Elegantísima. Pero no es eso. No es eso lo que busco. Busco rostros reales. Sin máscara. Busco a las víctimas de la vida... ¡Señorita Maier! ¡Señorita Maier!, gritó una voz a

tus espaldas. Al darte la vuelta, pudiste ver cómo un globo de color rosa pálido reventaba en el rostro de otra niña, cubriendo la punta de su pequeña nariz, parte de las mejillas, los labios, el mentón y hasta una oreja con unos cuantos pelos.

No se le veían bien las facciones con aquella careta pringosa, pero la melena rubia, la voz, a pesar del velo pegajoso que tapaba la boca, y el vestido de flores eran inconfundibles. Era A. A con la cara envuelta en una película viscosa que le impedía hablar y seguir gritando aquel apellido. El de tu padre. El tuyo. Maier. A de la mano de Lisette Model. ¿Qué demonios hace tu hermana de la mano de esa mujer?, exclamaste, inclinándote hacia B. Mientras, la célebre fotógrafa sacó un pañuelo del bolso e intentó limpiar la cara de la otra niña. No es más que una amiga de mis padres, respondió B con la naturalidad que caracteriza a las crías de las clases pudientes que gozan de una esmerada educación. Acabará viendo a Cartier-Bresson de la mano de la madre, pensaste tú. Y te echaste a reír. ¿Quiere conocerla?, preguntó B. No. Muchas gracias, respondiste, alzando las palmas de las manos, como para intentar impedirlo. Por todos los medios. Padre austríaco, te dijiste. Como el mío.

Y madre francesa, como la mía. ¿Llevaría la Rollei en el bolso? Imposible. Era muy pequeño. La volviste a mirar. Como para asegurarte de que no era una visión. Aunque aquella aparición allí resultaba de lo más normal. Lisette Model con su traje de chaqueta de terciopelo negro y su carita de garbanzo. Nariz respingona y mentón esquivo. Como tú. Pero qué destinos más diferentes. Y diste un par de pasos en dirección contraria para abandonar la sala. No querías que te vieran los padres de B. Con tanta gente alrededor y tanta fotografía en las paredes, además de la presencia de Lisette Model, resultó fácil. Tampoco querías conocer a la famosa fotógrafa ni que ella te viera a ti. A pesar de que te gustaban sus trabajos. Habías aprendido mucho

de ella. En la distancia. Es usted un personaje curioso, murmuró B, repitiendo muy seria lo que solía decir su madre, aunque enseguida sonrió y te guiñó un ojo, de modo que imitaba a su madre conscientemente.

¿Comprendes por qué no quiero meter los pies en esta charca?, preguntaste, acariciándole el pelo por última vez. Después te diste la vuelta para marcharte de allí de una vez por todas. Sí, respondió la niña y te siguió. Yo en su lugar haría lo mismo... El pequeño peruano con el caramillo sonrió una vez más desde una de aquellas paredes. Hay que ver lo que no se ve, explicaste aún, avanzando hacia la salida. Tal vez lo mejor sea cerrar los ojos en el momento de disparar... ¿Qué piensas de *La familia del hombre?*, parecía querer preguntar el del flautín a cada uno de los que abandonaban aquellas salas. La charca pútrida tiene dueños, murmuraste. Y ni se te ocurra pensar que puedes meter siquiera un dedito... B levantó el índice de la mano derecha, aquel dedo al que tanto le gustaba señalar, y lo movió por el aire, haciéndolo girar, para después lanzarlo en picado al vacío. Como si ahí, justo delante, estuviera la charca hedionda, con las ranas croando en el centro y los enjambres de mosquitos zumbando a su alrededor.

Y aquí tenemos la última fotografía de la exposición, anunciaste, aliviada y deseando salir de allí para tomar el aire. Se titula *Paseo hacia el jardín del Paraíso* y es de un fotógrafo norteamericano llamado Eugene Smith... Mira a esos dos niños, de espaldas, que caminan cogidos de la mano por un bosque en dirección a un claro. ¿Sabes cómo se tomó esta imagen? B negó con la cabeza. ¿Cómo lo iba a saber? Era la primera vez que la veía. ¿Te lo cuento? Sí... Un hombre herido en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, cuando cubría como reportero gráfico la lucha en el Pacífico... ¿Cómo explicárselo? Un hombre que quedó impedido por las secuelas, tras dos años en quirófanos y salas de rehabilitación, convencido de que nunca más será capaz de hacer una fotografía que valga la pena y asolado por los recuerdos

aún vívidos de lo que vio en Saipán o en Iwo Jima.

¿Has oído hablar de Saipán y de Iwo Jima? B sacudió la cabeza a un lado y a otro para indicar que no. Son dos de las islas del Pacífico en las que se libraron las batallas más sangrientas de ese cruento conflicto entre americanos y japoneses que tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Unos meses antes de que nuestros aviones arrojaran sus bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. Pues bien, ese hombre deshecho, hundido, se levanta una tarde del sofá en el que pasa horas y horas tirado desde hace tiempo, coge la cámara y sale a dar una vuelta con sus dos hijos, Patrick y Juanita... B señaló a los dos niños. Patrick y Juanita, repitió, apuntándolos con el índice pegado a la nariz. Como si fuera un periscopio. Un submarino en misión secreta. Patrick y Juanita, volvió a decir, moviendo con disimulo la punta de aquel dedo índice. Te echaste a reír. Aun así, no es eso. No son sólo heridas de guerra.

Es mucho más, te decías para tus adentros, aunque en voz alta proseguiste con tu explicación acerca de lo que había ocurrido antes de que Eugene Smith tomara aquella fotografía, la última de la exposición. A ese hombre hundido le duele todo el cuerpo mientras los pequeños caminan delante de él, cuando de pronto el niño, un poco mayor que la niña, ve algo en el claro del bosque que llama su atención. Un movimiento de nada. Un destello. Entonces coge a su hermana de la mano y la guía hacia allá. Hacia la luz. Y ahí lo tienes. Ése es el momento decisivo. El instante que Eugene Smith atrapó con su cámara. Éste que ves aquí, en este vomitivo hacia el jardín del Paraíso... B se quedó absorta, mordiéndose el borde de la uña del pulgar de la mano derecha, sin morderla, jugando con la punta entre los dientes. Junto a ti, al pie de la fotografía. Vomitivo, murmuró, pensativa. Me gusta lo bruta que es usted. ¿Por qué se marchó de nuestra casa?

Soltó la pregunta de pronto, después de haber recorrido casi toda la

exposición a tu lado, charlando, sin decir nada al respecto. Para entender eso aún eres un poco pequeña, le dijiste, inclinándote y cogiéndola por la barbilla. Aunque muy lista. No te preocupes. Tu madre te lo explicará algún día. Y no olvidéis nunca que tenéis que ser fuertes e independientes y estar preparadas para sobrevivir en cualquier situación y ayudar y cuidar a los demás... Estirándote, la miraste bien. Desde tu altura, que te pareció, en efecto, de rascacielos, porque te embargó una pena infinita al verla allá abajo, observándote con aquellos ojos saltones que sólo tímidamente sostenían tu mirada. Con sus orejas de soplillo y aquella melena rala, como de niño hambriento y malnutrido. Qué roñosa la naturaleza, pensaste una vez más. Ah, pero no creas una sola palabra de todo lo que te he dicho, añadiste. No creas una sola palabra, porque todo lo que he dicho podría ser muy diferente.

Muchos fotógrafos no tienen de qué comer y luchan como titanes por sobrevivir. En fin. Me voy con mi lata de sardinas con tomate, concluiste, metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta y guiñándole un ojo. Con usted, concluyó ella con dulzura y a la vez muy seria, la charca me parece un estanque de nenúfares... Después bajó el brazo, porque habló con la punta de la uña aún entre los labios, y se alejó para acercarse hasta donde se encontraba su hermana, la niña perfecta, que la miró sonriendo y la cogió de la mano. Aun así, no es eso, pensabas tú. Quiero más. Mucho más. Yo no quiero jugar con cartas marcadas... Y sin saludar a los padres ni despedirte de las niñas, porque entonces habrías tenido que echar mano de toda tu cabezonería para escapar a una invitación a comer con ellos, sentada en una silla, como uno más, abandonaste la sala, recorriste a toda velocidad los metros que aún te separaban de la calle y saliste de nuevo al aire libre. A la luz.

Ya puedes sacar la cámara de la bolsa de papel que llevas enterrada en el bolsillo de tu chaqueta y mezclarte con los anónimos paseantes, te dijiste,

mientras echabas a andar por la calle Cincuenta y tres en dirección a la Sexta Avenida. La temperatura era baja, pero el sol brillaba allá arriba y el viento no había dejado ni una sola nube. Hace un día perfecto para ir a pasear por Central Park, pensaste, cuando de pronto viste pasar una sombra que te resultó familiar, una sombra quebrada, que avanzaba sin pausa, aunque con mucha dificultad. Era Cuerpo Torcido, el hombre al que habías fotografiado en julio del año anterior cuando caminaba por la Séptima Avenida a la altura de la calle Cincuenta en dirección al Roxy. Poco después de que se estrenara *El jardín del diablo*, con Gary Cooper, Richard Widmark y Susan Hayward en los principales papeles. Buscadores de oro. Como tú, aunque el oro que tú perseguías era distinto y lo rastreabas sola.

Estaba, y aún está, en la calle. En las sombras y en las gentes como Cuerpo Torcido, que aquel día, en pleno invierno, vestía igual que cuando le retrataste cerca del Roxy. Con su pantalón gris de franela de talle alto sujeto con unos tirantes que por detrás parecían la torre Eiffel, su jersey de canalé recorrido de una punta a otra por finas rayas de colores que describían zigzags como las ondas en la pantalla de un televisor averiado y su bastón, arrastraba, rígida, la pierna izquierda, que debía de ser más larga que la otra. Sus botas sucias y desgastadas. El otro brazo lo llevaba siempre colgando a lo largo del cuerpo, muerto, sobre la cadera derecha, un poco por detrás. Otro rezagado. Como su pierna más larga. Tan sólo el brazo que manejaba el bastón era fuerte, aunque muy delgado. Como su cuello. Cuerpo Torcido se deslizaba otra vez por las calles de Nueva York como si fuera un siete, un anciano prematuro o el hombre más sabio de la tierra, que no tiene prisa por nada.

Estos seres saben lo que es la vida casi desde antes de nacer, habías pensado entonces. La primera vez que le viste hacía ya casi medio año. Lo que la vida depara. No necesitan llegar a los cincuenta para averiguarlo y

menos aún a los ochenta. Has sentido siempre tanto respeto hacia ellos que casi nunca te atreviste a fotografiarlos de frente. Solías sacarlos de espaldas o de medio lado. Sólo de vez en cuando alguno de ellos te pedía que le hicieras una foto de frente. Cuando descubría la cámara que tú sujetabas a la altura de tus tripas. Cuerpo Torcido golpeaba el suelo con su bastón. Le seguiste, como aquel otro día, a cierta distancia, consciente de que también aquella vez acabaría por perderse entre la muchedumbre. Un cartel en la trasera del Winter Garden aquel día del mes de julio en que le viste por primera vez anunciaba a Rosalind Russell en el musical *Wonderful Town*. La meca de los artistas.

Cuántos en la ciudad de los sueños al final no encuentran más que una frustración tras otra. Tal vez porque esperan demasiado. Las grandes ciudades son lugares importantes, piensan. ¿Quién sabe qué grandezas futuras viven en estas calles?, se dicen, sin sospechar que entre estos muros se agazapa también el más estrepitoso fracaso. Cuerpo Torcido se alejó, perdiéndose entre la multitud. Lástima. Podría haber formado parte de tu banda. De tu pequeña familia.

Nadie va al colegio en Yom Kipur

Te fuiste de Nueva York porque aquel hombre te seguía, porque te fascinó que te siguiera y también él. Sí. También él te cautivó. Por eso te fuiste, porque no te gustó que te siguiera, como tampoco que un hombre te atrajera de aquella forma irracional. Hacía tiempo que notabas una presencia a tus espaldas. Una silueta que te seguía. Te volvías y con el rabillo del ojo y por encima del hombro le veías, siempre detrás de ti, un hombre con una cámara, como tú, un hombre que con su cámara retrataba lo mismo que retratabas tú y a ti, retratando a alguien, a ti de espaldas y al retratado, profundamente dormido. La primera vez que viste a aquel hombre que te seguía, estaba fotografiando a un negro que dormía en un banco a plena luz del día, con las manos a la altura del rostro, una bajo una mejilla y la otra junto a sus labios, la gorra de lana calada hasta las cejas y una bolsa con ropa y tal vez también con comida a modo de almohada.

El sol resplandecía en lo alto, pero hacía frío. Sin concederte apenas tiempo para reflexionar, como siempre, encuadraste, enfocaste y hundiste el botón. Los dos quedaron registrados en tu película. El negro tumbado todo lo largo que era y el hombre blanco de pie, doblado, como tú, sobre su cámara, que sostenía a la altura del pecho. Así que puede decirse que fuiste tú la que empezó el juego. A partir de entonces y casi cada día no tardaba en aparecer detrás de ti, como apareciste tú en una ocasión en un espejo muy largo que un trabajador también negro sacó de entre un montón de mantas viejas con las que lo había cubierto como si fuera un tesoro. Y lo era. Un espejo largo que relumbró en el aire entre sus manos enguantadas, fuertes, con las muñecas

oscuras.

Y el mozo que lo levantó, de espaldas, cuando te vio en la luna, sonriendo tras él y con la cámara entre las manos, a la altura del estómago y a punto de disparar, sonrió también. Bajo la visera de su gorra gris. Es uno de tus autorretratos favoritos, porque en él hay comunión, camaradería, complicidad. El otro, el hombre blanco de la cámara al que retrataste tomando una fotografía de un negro dormido, empezó a seguirte con la perseverancia de un asesino en serie. Desde el día en que se volvió y te vio fotografiándole a él y al negro dormido en un banco. Te topabas con él todos los días, aunque a horas diferentes y en lugares bien distintos, cuando de pronto una tarde te diste cuenta de que no hacías otra cosa más que pensar en él, imaginando que lo encontrabas en la siguiente esquina. De que incluso le buscabas. O al menos ibas a los sitios en los que creías que podías cruzarte con él.

Por eso, decidiste abandonar la ciudad. ¿Por qué me sigue?, quisiste saber un día, el último, enfrentándote a él con todo el descaro del que eres capaz, que es mucho, porque no has tenido nunca miedo de nada o de casi nada. O no lo tenías, porque con los años has ido sintiendo algo que nunca antes habías sentido. No miedo, el miedo aún no ha llegado. Siempre has querido mantener una actitud digna. Dar impresión de firmeza incluso cuando el suelo se desplomaba bajo tus pies. Cuando a todos se nos hunde. A cada paso. Mostrarte fuerte cuando eres débil. Aunque algún día sentirás un miedo cerval. Lo sabes muy bien. No falta mucho. Te quedarás rígida y fría y no volverás a moverte. Porque me parece usted enigmática e inalcanzable, respondió él. Y valiente. La he visto perderse por barrios en los que una mujer sola no se interna jamás. Y muchos hombres tampoco... Te reíste. Qué tontería. No voy sola. Siempre llevo un arma conmigo, bromeaste, levantando la cámara.

Como cuando eras joven y en Francia los vecinos del pueblo y tus amigos te preguntaban cómo es que te atrevías a ir por las montañas en tu bicicleta sin más compañía que la de tu cámara. Llevo un arma, decías. Siempre voy armada, le dijiste también a él. Te seguía, al cabo de un rato te perdía, te volvía a encontrar, te volvía a perder, te buscaba, te encontraba y te volvía a seguir. Sentías las puntas de sus zapatos en tus talones, en tu nuca, en tus oídos, las de sus dedos en el borde de tu cintura, aunque nunca se atrevió a tocarte. No tuvo tiempo. No le diste la oportunidad de que lo hiciera. ¿Por qué me sigue?, volviste a preguntar. Ya se lo he dicho. Porque me parece usted enigmática e inalcanzable... Como si aquello fuera una razón para seguir a alguien. Pero sí, lo era. Tú misma le habías buscado a él en las calles y en los parques de Nueva York por el mismo motivo. Sí, respondiste. Soy la mujer misteriosa...

Y, sin más, sin esbozar siquiera una sonrisa o mostrar emoción alguna, te diste la vuelta y echaste a caminar deprisa, aunque te temblaban las piernas, aún te tiemblan al recordarlo, porque te diste cuenta de que aquel hombre te tentaba como no te había tentado nunca nadie hasta entonces. Y eso no te gustó. Te habría devorado. O tú a él. Por eso decidiste marcharte de allí, de la ciudad en la que habías nacido y en la que vivías desde hacía ya unos cuantos años, empezar una nueva vida en otro lugar, una nueva vida muy similar a la anterior, la misma vida en otra ciudad. Meses después de la exposición en el MoMA te fuiste de Nueva York. Estuviste un tiempo en Los Ángeles, cuidando de una niña. Fuiste a Hollywood. Y a Anaheim, donde hiciste otro de tus autorretratos favoritos. Tu rostro aniñado en un espejo de mano redondo. Blancanieves con el pelo a lo *garçon*. Sus aventuras en el recién inaugurado parque de Disneylandia atraían a niños y adultos.

Allí unos y otros intentaban robar la manzana para llevársela de recuerdo. Un solo bocado y los ojos de la víctima se cerrarán para siempre en el sueño

de la muerte, se leía en el libro de sortilegios de la reina, mientras ella, la madrastra, espiaba su reflejo. Tenía dos caras. Como tú. Espejito, espejito mágico... Pero Los Ángeles para los pobres es una ciudad espantosa. Y por fin recalaste en Chicago, otra gran ciudad, como Nueva York, uno de esos lugares en los que puede uno cultivar la soledad, la gran enfermedad americana, que tú habías contraído como pocos. Una de esas ciudades a orillas del mar o de un lago enorme, con puerto y marineros, con gente de Buenos Aires, de Zanzíbar o de Hanói. De Jalisco, de Varsovia o de Lahore. Para salir a cazar por las calles. También aquí viste un día a un hombre muy bien vestido manipulando una cámara a la altura de sus tripas y tu corazón se aceleró.

Aun así, agarraste la tuya con las dos manos, enfocaste y apretaste el botón. Él oyó el clic y se volvió. Tenía un fino bigote. No te pareció elegante, sino relamido. No era el hombre del que tú habías huido. Aquí en Chicago tampoco te costó encontrar una familia, otro trabajo. Durante unos cuantos años te dedicaste a cuidar a J, L y M, tres hermanos que bien podrían llamarse Jim, Leonard y Manley, aunque también podrían responder a los nombres de Jeffrey, Larry y Michael o a los de Jerry, Lawrence y Martin, pero que igualmente podrían ser Jack, Louis y Marvin. O Joe, Lee y Melvin o John, Lane y Matthew. O... Basta. Los llamaremos J, L y M. Con esas tres iniciales, unas mayúsculas muy masculinas, para preservar su derecho al anonimato, sus posibilidades de ser lo que quieran, de no ser lo que no quieren y de ser incluso eso, lo que no quieren. Has cuidado a tantos niños, que ya sólo recuerdas a unos pocos en una mezcolanza de risas y llantos, de ilusiones y miedos.

Así que has tenido, como todas, tu historia de amor. Una mujer negra, con un bonito abrigo de napa, tocada con un bonete multicolor y con las uñas muy cuidadas, a la que viste un día en la calle sentada en un banco, te

preguntó si eras virgen. Sin que hubierais entablado conversación. Habías levantado la cámara para retratarla, cuando aquella mujer coqueta y atrevida, no sólo te miró a los ojos, sino que a su vez le quiso robar algo a la ladrona de imágenes, algún detalle de lo más íntimo de su vida. Te echaste a reír a carcajadas. Soy pura, respondiste mientras enfocabas. Y lo seré hasta el día en que me muera... Una sonrisa pícaro cruzó sus ojos, como si lo pusiera en duda, tal vez convencida de que una cosa así no era posible. Clic. Sus uñas en sus dedos estirados, porque apoyó la mejilla en una mano, posando para la cámara y mirándote desde abajo, como una gata enrollada sobre sí misma, su sonrisa, su flamante abrigo y su minúsculo turbante quedaron encerrados para siempre en tu película.

Algunas mujeres cometen lo que tú llamas estupideces cuando son jóvenes. En nombre del amor. O eso creen ellas. Otras lo hacen cuando ya son viejas. Y eso es lo que quieren dejar de creer, que la vejez se las está comiendo a toda velocidad. Olvidarlo, aunque sólo sea un instante, pero enseguida quieren más. No conocen la libertad. O les da pánico. ¡No me gusta el pescado con ojos!, gritó uno de los niños a los que cuidabas cuando te instalaste aquí, en Chicago, una de las primeras noches, mientras les dabas de cenar. Te lo tienes que comer. Es lo que hay... ¡No me gusta el pescado con ojos!, repitió él. Entonces sólo eran dos hermanos. Poco después llegaría el tercero. Te quedaste mirándole fijamente y él te mantuvo la mirada, al tiempo que sostenía el cuchillo y el tenedor aferrados con fuerza entre las manos, con las empuñaduras clavadas en la mesa como si fueran las armas del dios de las aguas y de los mares.

Estos niños ricos se creen que pueden despreciar los alimentos que les llegan al plato sin saber lo que cuesta conseguirlos, murmuraste lo suficientemente alto como para que te oyera. Cuando por las calles de esta misma ciudad, y no es necesario ir muy lejos, aunque este sea un barrio tan

distinguido, hay gente que se muere de hambre. No hace falta que te comas los ojos. Apártalos con el cuchillo, pero haz el favor de engullir enseguida el resto del cadáver... Te miró con odio. Con los ojos casi tan apretados como sus mandíbulas, aquellas mandíbulas que se negaban a comer. Voy a rezar para que se mueran sus padres, murmuró, mirándote desde el otro lado de la mesa. Por una rendija finísima entre los párpados refulgía la rabia de sus iris azules. Estiraste tus larguísimos brazos y con las dos manos cogiste el pescado de su plato, te levantaste de la silla, te acercaste a él y, sin pensarlo dos veces, se lo metiste en el bolsillo de la chaqueta del pijama.

Con los ojos. Voy a rezar mucho, mucho, repitió él cuando te volviste a sentar en tu sitio y otra vez le miraste de frente. Voy a rezar mucho, mucho, volvió a decir, aguantando sin duda las ganas que debía de tener de ponerse a gritar y de sacar aquella guarrería del bolsillo de su chaqueta. Voy a rezar, repitió una vez más, tal vez a punto de llorar, mucho, mucho, hasta conseguir que se mueran... Plantaste las manos sobre la mesa, dispuesta a levantarte una vez más y al mismo tiempo deseando no hacerlo, porque de buena gana le habrías dado unos cuantos azotes y hasta una buena torta. Voy a hacer que mis padres la repudien, dijo él entonces, tal vez pensando que quizá ya no tuvieras padres. No se preocupe, intervino su hermano, convencido de que estabas asustada por lo que acababa de decir el otro. Eso se lo ha dicho a todas las niñas que hemos tenido hasta hoy... ¿Y?, preguntaste, sin saber tú misma por qué preguntabas.

Tal vez gracias a eso estabas tú allí, gracias a otro pescado con ojos que aquel malcriado no había querido tocar y mucho menos tragar. Todas se echaron a llorar, explicó el que se acababa de referir a las otras niñas. Ninguna le habría enterrado una pescadilla o un bacalao con ojos en el bolsillo del pijama a aquel consentido, pensaste, como tampoco un trozo de conejo en salsa, ni un solomillo de buey poco hecho. Todas se echaron a

llorar, repitió el que entonces era el pequeño. L. Y al día siguiente ya no estaban. No sabemos si porque sus padres se murieron o si porque nuestros padres... ¿Las repudiaron?, le interrumpiste. No dijo nada. Tal vez no acababa de entender aquella palabra a la que antes había recurrido su hermano mayor, que lo más probable es que tampoco la comprendiera. Maldito niño, exclamaste, dirigiéndote de nuevo hacia el mocoso que gracias a ti llevaba un pescado en el bolsillo del pijama. *Petit morpion...* ¿Eso qué es?, quiso saber, abandonando de golpe su odio hacia ti.

Francés, respondiste, lacónica. ¿Es un insulto?, preguntó el otro. ¿Nos enseñará a hablar francés? Tú seguías mirando fijamente al que llevaba el pescado con ojos en el bolsillo. No le quitabas el ojo de encima. ¡Reza!, exclamaste por fin. ¡Adelante! ¡Reza! Vamos. ¿A qué estás esperando? Me importa un bledo. Las oraciones se las lleva el aire. Empieza a rezar y que se mueran ahora mismo... El que entonces era el pequeño tragó saliva a mares, pero el mayor no se inmutó. A usted la va a respetar, anunció el pequeño y en sus ojos pudiste apreciar un relámpago de admiración. No era la primera vez que lo veías. El mismo fogonazo había brillado en los de A y B cuando imprecaste a Piel de Zorro. De pronto el mayor, aún con la mano incrustada en el bolsillo y sin duda cerrada en torno al cuerpo de la cena con escamas, espinas y los ojos blancos y ciegos como botones, como los suele tener un pescado hervido, se echó a reír. Cámbiate y vuelve, ordenaste.

Desde entonces fuisteis buenos amigos. Le podías decir lo que quisieras, que siempre sonreía. Te voy a dar a beber sangre, le prometiste aquella misma noche, poco después de que volviera con un pijama limpio. Como a los vampiros... Ya nunca más se enfadó contigo ni te llevó la contraria. Tiene usted pinta de haber viajado mucho, te dijo una mañana en que os levantasteis temprano, aunque ellos aquel día no tenían colegio. Una mañana de miércoles un par de años después. Debía de ser un gran elogio. ¿Ha

montado usted en helicóptero?, preguntó. Sí. En una ocasión en Nueva York volé en uno hasta la estatua de la Libertad y pude ver su rostro a pocos metros. Y retratarla con mi cámara... Mentiste. La que lo había hecho era Margaret Bourke-White. Hacía seis años la revista *Life* había publicado un reportaje de doce páginas con las fotografías tomadas por aquella mujer en distintos puntos de los Estados Unidos desde el interior de un helicóptero o colgada en el aire y unida al aparato tan sólo por una cuerda.

Te hubiera gustado tanto hacer algo así que, sin pensarlo, soltaste aquel bulo. Los tres respondieron con un largo silbido. El pequeño tenía ya dos años e imitaba todo lo que hacían los otros dos. Pues yo, dijo por fin J, aunque tardó unos segundos en terminar la frase, buscando un medio de transporte que pudiera estar a la altura del que según contabas te había llevado por los aires hasta la corona de aquella estatua de dimensiones colosales. Pues yo, repitió, como si tartamudeara. He ido una vez en metro... Te reíste con ganas. ¿Y has montado alguna vez en camello?, preguntaste para seguir la broma. No, respondió muy serio, pero sí en burro... Al otro lado de la valla crecen fresas, les habías dicho aquella mañana nada más despertar. A los tres. A J, a L y a M, que devoraron el desayuno a toda velocidad. No pensaban más que en salir a coger aquellos frutos silvestres.

Hasta la palabra es sabrosa, explicaste. Y se nos deshace entre los labios. Farolillos rojos que cuelgan de una fina hebra de color verde y se balancean con la menor brisa de aire... J, L y M llevaban toallas anudadas al cuello a modo de capas, coronas o cascos de cartón en la cabeza y unos palos que sin duda pensaban utilizar como espadas. Ahí va la reportera que no reporta nada, le comentó un vecino a su mujer al verte en la acera con los tres niños y tu cámara colgada del cuello. Reportera sin periódico, murmuraste. Pero sí que reporto... Aunque te importaba un comino lo que pensarán de ti, J decidió que no se podía permitir aquella falta de respeto hacia su niñera y se

encaró con el individuo. En jarras, todo lo pequeño y lo flaco que era frente a aquel hombre alto y voluminoso, le miró con el ceño fruncido, blandiendo el palo hacia él. Es mucho más lista que usted, gritó. Sabe francés, *petit morpion...*

Estabais a punto de iniciar la marcha hacia el bosque, cuando en vista de lo mucho que a tu defensor le gustaban los medios de transporte singulares, se te ocurrió que tal vez podríais ir en la camioneta del lechero, que tenía que pasar por allí de un momento a otro. El bosque estaba muy cerca de la casa, pero quisiste que fueran sentados en un vehículo que no olvidaran jamás, así que en cuanto apareció el carricoche hiciste una seña con la mano. Con su gorra de plato blanca en la que se leía la palabra LECHE y su pajarita negra, el repartidor no tardó en detenerse justo delante de vosotros. ¿Nos podría llevar en su carromato? Por supuesto... J, L y M montaron en la parte de atrás, entre las botellas, que en cuanto arrancó el vehículo no dejaron de tintinear. Niños, advirtió el lechero, tened cuidado. En cada botella está parte del alma de vuestros progenitores... Fascinada con aquellas palabras, te sentaste junto al luminoso personaje, que, como su vehículo y sus redomas, iba todo vestido de blanco.

¿Adónde quieren ir?, preguntó aquel ser como venido de otra galaxia. Más allá de la Vía Láctea. Al bosque... ¿Al bosque? Pero si está ahí al lado... Sí. Lo sé. Usted dé unas cuantas vueltecitas y nos deja donde le parezca mejor... ¿Y los niños hoy no van al colegio?, preguntó él, pisando un poco más a fondo el acelerador. Nadie va al colegio en Yom Kipur... ¿Yom Kipur? ¿Eso qué es? Pronunció el nombre como si fuera el de un bicho gigantesco y peligroso. La fiesta judía de la expiación, del perdón y del arrepentimiento, explicaste, convencida de que también aquello le sonaría a chino. Estamos en un barrio de mayoría judía... Ya decía yo que eran raros, se atrevió a decir él. ¿Se refiere a los niños? Carraspeó. No. No. Me refiero a los vecinos en

general... Tú entretanto te habías vuelto para mirar a los chicos. Rubios, blanquitos, con narices pequeñas y redondeadas y ojos claros no se diferenciaban prácticamente en nada de los yanquis de pura cepa que también vivían en aquel barrio o unas cuantas calles más allá o repartidos por todo el país.

Tal vez tan sólo en que no iban al colegio en Yom Kipur, aunque no celebraran la festividad. El mayor y el pequeño, sobre todo, porque el mediano, con las orejas en punta, como las de un murciélago, tenía el cabello bastante más oscuro. ¿Y qué hacen en Yom Kipur?, siguió indagando el lechero. Nada especial. Supongo que rezar, porque está todo prohibido. Cepillarse los dientes, untarse crema, usar ropa y artilugios de cuero, comer, beber... ¿Ni leche? Ni siquiera leche. Aunque los niños pueden comer y beber... ¿Y durante la Pascua no buscan huevos de colores por el jardín? Sí. También lo hacen... ¿Y en diciembre ponen árboles de Navidad como todo el mundo? Sí. También, contestaste, pensando que aquello era igual de raro que el Yom Kipur. Costumbres ancestrales e incomprensibles, cuando no absurdas. Sus padres son muy normalitos, añadiste.

Tan sólo tienen el cabello oscuro, pero como tantos otros americanos. Escuchan a los Dorsey y a Frank Sinatra y están suscritos a las mismas revistas y a los mismos periódicos que lee todo el mundo: *Life*, *Look*, *Time*, el *Chicago Tribune* o el *Daily Herald*. Y fuman cigarrillos Viceroy y Lucky Strike. Casi todos han servido en el ejército y beben whisky con hielo en vasos de vidrio que dejan sobre la mesa en posavasos de cuero repujado. Me refiero a los padres de todos ellos, los niños judíos del barrio, no a las madres, claro, ni a los chicos. Se les nota todavía un poquito incómodos, un pelín fuera de lugar, ¿pero a quién no? ¿Es que no tiene usted una sola gota de sangre impura? ¿O por sus venas sólo corre leche? Los niños, que no perdían una sola palabra de lo que decías, se echaron a reír. ¿Y el barrio?

¿Acaso no ve cómo es el barrio? Mirasteis los dos por la ventanilla. A un lado y a otro, árboles plantados en hileras y coches imponentes, último modelo, que parecían naves espaciales, aparcados a la entrada de cada casa.

Y en los jardines, rosas de todos los colores y niños alborotando, jugando y riendo. Un barrio que parece seguro, concluíste, por el que se puede pasear, un barrio confortable, aunque el mundo, y Chicago con él, no sea tan sólo eso... El lechero siguió dando vueltas por las mismas calles sin atreverse a decir nada más ni a aparcar de una vez por todas cerca de donde se encontraba el bosque para que os bajarais de su vehículo. ¿Quiere que les ponga una estrella de seis puntas a cada uno cosida en la pechera del jersey? El hombre dio un frenazo y se volvió para mirarte a los ojos. Perdón, musitó y enseguida arrancó. Pero no se preocupe, añadiste a toda prisa, sin darle la oportunidad de decir nada. No se preocupe, porque pronto, antes de que pueda usted darse cuenta, los negros harán otro tanto. Y los indios pieles rojas... ¿Que harán qué?, preguntó él.

Escuchar a los Dorsey y a Frank Sinatra, fumar Lucky Strike y leer el *Chicago Tribune*. Si no lo hacen ya... Los niños volvieron a reírse como locos. Está bien. Está bien, protestó el lechero. ¿Y aún quedan fresas en el bosque?, investigó, sin duda tratando de cambiar el tema de conversación. Vamos a coger las últimas, respondiste, mientras te bajabas del carromato, porque por fin se detuvo junto a la maleza, es decir, casi en el mismo lugar en el que os había recogido. ¿Es usted cristiana? ¿O judía?, quiso saber aún el lechero. Soy todo y nada, respondiste. ¿Y usted? ¿Es usted antisemita?, preguntaste en el momento en que él arrancaba para seguir con el reparto. ¿Eso qué es?, gritó y, soltando una risotada, se alejó y se perdió de vista. El tramo que faltaba, casi el mismo que hubierais tenido que recorrer desde el principio, lo hicisteis a pie. J, L y M, con su precario disfraz de caballeros andantes y tú con la cámara colgada del cuello y tu bolso al hombro.

La madre un día, al poco de llegar tú a la casa roja, te había preguntado qué hacías con aquel aparato siempre a cuestas. Fotos, contestaste con naturalidad, pensando que era mejor no recurrir a otra mentira. Fotos. Qué voy a hacer... Yo no hago fotos, había replicado ella arrugando la nariz. Las fotos las hace siempre mi marido... En realidad, dijiste tú entonces, tampoco yo hago fotos. No tengo película. No puedo comprarla. Cuesta demasiado para alguien como yo. La cámara no es más que un complemento. Ya sabe. La moda... Eso debía de haber pensado más de uno al verte con aquel trasto siempre al cuello. Que era un accesorio. Una especie de naturaleza muerta. Que tal vez ni siquiera llevabas película. ¿Para qué ibas a llevarla? No eras más que una niñera. No podían imaginar que fueras precisamente lo que tenían delante de las narices. Fotógrafa. Por encima de todo. Fotógrafa.

Y no niñera, aunque cuidaras niños para ganarte la vida. No podían imaginar que todos tus ahorros los gastaras en películas, en cámaras nuevas, en arreglar las viejas y en viajes por América, Asia y Europa para hacer más fotos. La dueña de la casa roja te había mirado asombrada y se había echado a reír. Otra que debió de pensar que eras una chiflada, aunque, gracias a la convivencia contigo bajo el mismo techo, no tardó en conocer la verdad. O parte de la verdad. Que tenías los ojos hambrientos. Que devorabas el mundo que te rodeaba con la vista, porque eras incapaz de no hacer fotos, incluso dentro de su casa, la casa roja. No podías parar de fotografiar objetos, detalles, escenas, a sus hijos, tanto dentro como fuera de la casa. Y a ellos. A su marido y a ella. Yo lo comprendo todo, te dijo. Al fin y al cabo soy una artista... Hacía esculturas y decoraba interiores, pero no explicó qué era lo que había que comprender.

Niños, os presento al bosque, dijiste al llegar ante aquel trozo de selva que se conservaba en mitad de la ciudad. Ni un solo tronco ni una sola rama de los que había allí se movió. Qué descortesía. Si hubieran sido sauces, habría

bastado con que sacudieran un poco la melena, pero allí en aquel momento ni uno de los árboles emitió sonido alguno ni movió una sola hoja. Bosque, te presento a... Te volviste hacia J, miraste su toalla, que era de color azul turquesa y proseguiste con la introducción: Tú te llamarás León Azul... Observaste a M. Su toalla no era una toalla, sino una tela vieja que alguno de sus hermanos mayores había cogido de un armario. Una tela estampada con loros de colores. Algún resto de tapicería que habría usado su madre. Tú serás Pájaro Furioso, anunciaste. Te volviste hacia L, cuando él, cogiendo una punta de su toalla para verla bien, una toalla de su madre decorada con flores de color rosa, se te adelantó, precavido.

Yo seré Orejas de Murciélago, dijo. Y levantó su espada de madera hacia el cielo, tal vez dispuesto a rasgarlo por haberle dado aquellos pabellones auriculares tan puntiagudos. Una ternura inmensa invadió tu corazón. Bosque, te presento a León Azul, a Pájaro Furioso y a Orejas de Murciélago... Los tres, orgullosos de sus nuevos nombres, inclinaron la cabeza en señal de saludo. Olía a helecho y a corteza de árbol. Bálsamos, néctares y venenos de todo tipo nos esperan ahí dentro, anunciaste, encabezando la hilera que se internó en la espesura. ¿Hay serpientes por aquí?, preguntó J, mientras sujetaba las ramas y enredaderas que tú acababas de apartar y con cuidado dejaba pasar a los otros dos. Orejas de Murciélago llevaba a Pájaro Furioso de la mano. La emoción hizo temblar las hojas y cada una de las sílabas de su pregunta. No, respondiste. Pero sí muérdago... El mayor puso una cara como si el muérdago fuera un jabalí herido. O toda una manada.

Tenéis hoy nombres de caballeros de la Edad Media en Europa. Corazón de León, Príncipe Negro o Juana de Arco. Caballeros que en sus escudos, en sus estandartes y en sus cascos llevaban representada la divisa que les daba carácter. Fieras, flores o pájaros. Se regían por un código de honor muy

estricto. Como los algonquinos. O los apaches. Halcón Negro, Estrella Fugaz o Mangas Coloradas. Defendían a las mujeres, a los pobres y a los huérfanos. A los desfavorecidos. Sin que la piedad mermara su fortaleza. Estos nombres nuevos con los que entráis hoy aquí no me los debéis a mí, sino al bosque... A mí el bosque que me gusta, confesó en aquel momento Orejas de Murciélago mientras avanzabais entre matorrales y zarzas enredados entre sí, es el de su cuarto... ¿Qué quieres decir?, preguntaste, volviéndote con rapidez. El otro día entré en su cuarto y me paseé por entre las columnas de periódicos que guarda usted apilados alrededor de su cama.

Me llegaban a la altura de la frente. Parecía una ciudad en miniatura, con sus calles y rascacielos... Apoyando ambas manos en las caderas y mirándole a los ojos, conteniéndote para no agarrarle de las orejas y sacudirle por el aire, le conminaste sin piedad alguna: Ten cuidado. No abras nunca la puerta de mi cámara... Y, mirando a los otros dos por encima de su cabeza y enarbolando el índice derecho, añadiste: No se os ocurra abrir la puerta de mi cámara... Aquellas dos breves frases con la palabra «cámara» al final para referirte a tu dormitorio les impresionaron más que si les hubieras dicho que no abrieran la puerta de tu habitación. Sin duda sintieron que no se trataba sólo de la puerta de tu dormitorio, sino de algo mucho más importante. De la puerta de acceso a tu vida, a tu alma. Todos en tu familia necesitaban cerraduras. Tu hermano, para defenderse de tu madre. Tu madre, para defenderse de él. Y tú, para defenderte de ellos dos.

También en la casa roja, nada más llegar, habías pedido una cerradura, pero el mocoso aquel debió de aprovechar algún descuido tuyo para colarse. Nada hay más atractivo que un cuarto que está siempre cerrado y en el que no te permiten entrar. El cuarto oscuro. Donde se guardan los trastos de una familia, de toda una vida o de varias generaciones. Y la mierda de la sociedad, la bazofia que siempre estamos queriendo ocultar, aunque a pesar

de nuestros esfuerzos la tengamos siempre delante. La roña de nuestra conciencia. La mugre de nuestros prejuicios atesorada en los pliegues del cerebro, como la pelusa del ombligo. ¿Qué guarda usted ahí?, se atrevió a preguntar León Azul. ¿Un cadáver?, aventuró Orejas de Murciélago. Sí, respondiste. El cadáver de mi pasado... Te miraron con los ojos y la boca abiertos de par en par. A los niños no hay nada que les atraiga más que la muerte. Un cadáver en una habitación cerrada actúa en ellos como un imán. Y en tu cuarto no había uno, sino miles y miles, tal vez millones.

Los de todos los muertos de los que hablaban las páginas de los periódicos que guardabas amontonados en columnas formando un laberinto. Los de las noticias que recortabas cada día para conservarlas en carpetas, cuidadosamente ordenadas. Ojalá nuestra madre decorara así la casa, confesó Orejas de Murciélago, sin duda tratando de confraternizar contigo. Los otros dos asintieron. Podríamos jugar al escondite a todas horas ahí dentro. Y no ir al colegio ningún día. Y no lavarnos los dientes antes de ir a la cama. Y no dormir. Ni estudiar... Llegasteis a un claro y ellos tres se pusieron a coger fresas para comerlas allí mismo. Relamiéndose de gusto, enseguida se mancharon las manos y la cara. Tú solías dejarles a su aire. Por eso les gustaba salir a dar una vuelta contigo y a veces llevaban a sus amigos, porque el número no te importaba y les dabas libertad para hacer lo que quisieran, mientras tú merodeabas por los alrededores con la cámara, haciéndoles fotos.

Aquel día te estabas columpiando con una cuerda que encontraste atada a una de las ramas de un árbol. Mientras, ellos brujuleaban por entre las matas con sus trapos al cuello, riendo y cuchicheando. Al oír un fuerte zumbido, como de enjambre, descendiste del columpio improvisado en el momento en que un grito partió el aire y una vez en el suelo corriste en dirección al niño que se había tapado la cara con las manos. ¡No puedo abrir el ojo!, gritó León Azul. Me ha picado una avispa... Le examinaste de cerca y comprobaste que

no le había picado una, sino varias. Se le estaba hinchando toda la parte izquierda del rostro. Te voy a poner un ungüento mágico que sólo yo sé preparar, dijiste. Sentirás mucho alivio en cuanto te lo aplique. Ya verás... Cogiste un poco de tierra, sacaste una botella de agua que llevabas siempre por si tenían sed y, tras humedecer bien los terrones, extendiste la cataplasma por su mejilla, justo debajo del ojo.

No quiero que me vea nadie así. ¿Tiene usted un espejo?, preguntó, toqueteando con la punta de los dedos la mezcla que le habías aplicado. Yo nunca llevo espejo. ¿Para qué iba a llevarlo? El mundo entero a nuestro alrededor es un espejo. Está lleno de espejos. Los hay por todas partes. En la calle, casi cada escaparate es un espejo. Pero también cada una de las personas con las que te cruzas. Cada una de ellas es un espejo con pies y ojos y a veces incluso boca, aunque no es necesario que digan nada, porque en cuanto te miran, por la cara que ponen, ya sabes si algo en tu rostro, en tu cuerpo o en tu vestimenta no está en orden. También se puede uno mirar en los lagos, en los estanques o en los charcos. O en el cristal roto de la ventana de una cabaña abandonada. Pero, ahora que lo pienso, puedes mirarte en el visor de mi cámara. Para eso la llevo. Para retocarme de vez en cuando... No, chilló Orejas de Murciélago.

Que nosotros sabemos que no se pinta usted nunca... Sacando la cámara por encima de tu cabeza, se la alcanzaste a J, sin soltarla del todo. Él se inclinó sobre ella y tú pudiste apreciar el horror que sentía, sin necesidad de que dijera una sola palabra. ¿Me voy a quedar así para siempre?, balbuceó, porque los labios y tal vez incluso la lengua se le habían hinchado también. Le costaba hablar con normalidad. ¿Me voy a quedar así?, preguntó, palpando de nuevo la inflamación. Con esta cara de luna llena... ¿Cómo te vas a quedar así? No. La hinchazón bajará en un par de horas. Aunque muchas personas no han tenido esa suerte. Personas cuyo rostro se deformó

para siempre. Tranquilo. No te quedará ninguna marca, pero tienes que saber que algún día te harás viejo... ¿Yo? Sí. Tú. Y tú y tú, añadiste, volviéndote hacia los otros dos. Todos. Y después... Nos moriremos, concluyó Orejas de Murciélago.

Os quedasteis unos minutos en silencio, escuchando los sonidos del bosque y aspirando los olores que exhalaban los troncos, la tierra, las distintas plantas y el torrente que corría unos metros más allá. Venid, dijiste y, después de colgarte otra vez la cámara, te levantaste del suelo para coger tu bolso y te sacudiste la falda. Os voy a llevar a otro sitio... ¿Adónde?, preguntaron los tres al tiempo y, con sus capas, sus cascos y sus espadas de mentira, también ellos se pusieron en pie de un salto. A un lugar muy distinto... Así León Azul se olvidaría de su cara tumefacta. Nos vamos de aventuras, anunciaste. La palabra mágica para cualquier niño y para muchos adultos. Y otra vez echasteis a caminar. Te habías propuesto llevarles a la calle Madison, para que vieran que la picadura de una avispa o incluso de varias, no siendo uno alérgico, no tenía importancia, y después a un cementerio, porque siempre andaban preguntando por la muerte.

La mayoría de los padres no quieren hablar de ella, ni que sus hijos sepan nada al respecto, pero cuando no te dejan hablar de algo ya no piensas en otra cosa. La distancia entre el bosque, la calle Madison y el cementerio que querías visitar era demasiado grande. Ibas pensando que les llevarías en autobús, cuando al salir de la espesura viste la furgoneta del lechero aparcada en el mismo lugar en el que os había dejado un rato antes. Con los brazos cruzados y apoyado contra la portezuela del vehículo, el hombre os hizo una seña en cuanto os vio aparecer. Señora, dijo en el momento en que llegasteis a su altura. Señorita, protestaste. Señorita, repitió él y, sonriendo, hizo una reverencia. He terminado de repartir las botellas, así que puedo llevarles a donde quieran... Los niños no te dieron tiempo a decir que sí ni que no,

porque se subieron los tres a toda velocidad. Bonito atuendo, comentó el repartidor, sentándose al volante, al tiempo que también tú tomabas asiento, una vez más en la parte delantera.

Antes no les dije nada. ¿Son esas las vestiduras típicas de la fiesta del Yom Kipur?, bromeó, al tiempo que arrancaba el motor, y los cinco os echasteis a reír. Me llamo Lise Layblikh, te presentaste, tendiéndole la mano y un nombre más rebuscado que la mayoría de los que solías usar. Las botellas de leche, vacías, tintineaban aún más que cuando estaban llenas. Eso sí que suena a judío, exclamó él, que parecía muy contento con la idea de poder llevaros a algún otro lugar. Sacudiste la mano que aún mantenías en el aire frente a él y sonrió. Tom Jones. Encantado, se presentó a su vez, soltando una mano del volante y estrechando la tuya con una sonrisa en los labios, sin que la mentira de tu recién estrenada identidad pareciera afectarle lo más mínimo. Encantado, señorita Layblikh... J, L y M no protestaron al oír tu nuevo nombre. Se habían acostumbrado ya a tu pasión por el juego del escondite bajo nombres ficticios. A ellos no les hacía falta ser artistas.

¿Es usted fotógrafa?, preguntó de pronto el lechero. ¿Yo? ¿Por qué? Una vez más él apartó una mano del volante y se atrevió a señalar la Rollei. Lleva usted una cámara increíble colgada del cuello. Y es usted rara, pero no tiene aspecto de turista... El lechero parecía más listo que la mayoría de las personas que trataban contigo casi a diario, que te veían día tras día con la cámara al cuello y creían que no era más que un adminículo cualquiera de tu atuendo, un adorno, como un collar o un pañuelo que se pone uno en torno a la garganta para parecer más atractivo. ¿Y ahora adónde vamos?, preguntó. Aprovechando su amabilidad, tal vez podríamos acercarnos a la calle Madison. O, mejor, a la Maxwell, aunque hoy no haya mercado... Nada menos, apostilló Tom Jones, si es que aquel nombre tan normal y corriente era su verdadero nombre, si es que no se lo acababa de inventar también él,

tal y como habías hecho tú con el tuyo.

Hay que sacar a los niños, explicaste, de la horda primitiva en la que acaba por convertirse casi siempre la familia. Para que se mezclen con gente bien distinta de la de su entorno... El lechero se había ganado una conferencia sobre educación, así que te arrellanaste en aquel asiento todo lo que podías, decidida a exponerle tus principios con calma. Tú, que no has ido a escuela alguna para aprender a educar. Yo, dijiste, lo mismo puedo llevar a los niños a una tienda especializada en tallar diamantes que al basurero del barrio para que aprendan a aprovechar casi todo lo que por lo general acaba en un vertedero y aún puede tener utilidad... He visto que hacía usted fotos en el bosque, te interrumpió él. ¿Me ha espiado?, preguntaste, cada vez más inquieta. Tal y como hace usted misma con los demás, respondió él, dejándote sin habla. ¿Puedo saber qué es lo que fotografía con esa cámara fuera de serie?

Va usted armada con un equipo digno de un espía de la Segunda Guerra Mundial. De un piloto alemán. Quiero saber qué es lo que busca... Seguiste callada, mirando al frente sin ver, aunque con los ojos muy abiertos, y sin saber si contestarle con la verdad o si empezar a dar rodeos, como acostumbrabas a hacer con la mayoría de las personas, aunque al cabo de unos segundos te decidiste a hablar. A contarle a aquel sujeto como surgido de las entrañas de la tierra qué era lo que perseguías desde hacía ya unos cuantos años. Retrato las desigualdades. Económicas, de clase social, físicas, mentales. Todas las diferencias. Los indicios de los escollos de la vida, por llamarlos de alguna forma, hasta en los primeros años. El drama de la infancia, esa edad inquieta y a la vez inútil. Y lo que nos iguala. El cansancio. El miedo. La enfermedad. La vejez. La muerte. Y tengo la decencia de no poner un lacito. No etiqueto. No braceo en la charca.

Pero, hágame un favor, no me diga que lo que le acabo de decir le resulta

interesante ni que le parezco un personaje curioso... En la parte de atrás no se oía nada. Echaste un vistazo con el rabillo del ojo. Los tres hermanos miraban hacia delante con los cinco sentidos puestos en lo que se cocía allí. Es usted mucho más que eso, dijo el lechero. Es usted una, una... ¿En qué estaba pensando? ¿Es que ya no sabía hablar? ¿Acaso era tartamudo y hasta ese momento lo había conseguido disimular? Es usted una humanista en el mejor sentido de la palabra, remató por fin. Sus fotografías, que me gustaría ver, sin duda muestran la realidad. Y eso, aunque parezca increíble, es lo más difícil de plasmar. Como es difícil hablar, señorita Layblikh. Usted me deja sin palabras... Aquel repartidor de leche parecía un filósofo o un fotógrafo profesional. O un crítico de arte humilde y comprensivo. Plasmar la realidad. Eso era justo lo que pretendías. No hacer fotos preparadas, sino capturar momentos decisivos de verdad.

Como recompensa, abriste el bolso y le mostraste el interior. Dentro llevabas un tomavistas súper 8 y varios rollos de película. ¿También hace cine? Esta es mi carta al mundo, contestaste, recurriendo a unos versos de Emily Dickinson. Esta es mi carta al mundo, que nunca me ha escrito a mí... ¿Quiere decir que nadie sabe que hace usted fotos y que tampoco nadie tiene noticia de sus películas? Exacto... ¿Nadie, nadie?, insistió. Nadie. Tan sólo los niños a los que cuido. Y ahora usted, señor Jones... Me gustaría ver una de sus películas. ¿Me podría contar algo sobre ellas? Persigo el crimen, respondiste. Asesinatos, secuestros, violaciones. ¿Recuerda la desaparición de Judith Mae Andersen, una chica de quince, el año pasado? Estaba en el apartamento de una amiga viendo la televisión, llamó a su casa por teléfono para pedir permiso y quedarse hasta que terminara la película, pero su madre le dijo que volviera de inmediato. No llegó nunca.

Una semana después en el puerto de Montrose hallaron un bidón de aceite en el agua que contenía un torso de mujer con un solo brazo. Faltaban la

cabeza y las dos manos y no se pudo determinar la identidad del cadáver, hasta que dos días después en otro bidón aparecieron la cabeza, las dos manos y el otro brazo... Nadie dentro del carromato de la leche dijo una sola palabra. Tan sólo los cristales de las botellas parecían protestar con sus tenues voces, dando chillidos de terror y golpeándose contra los finos hierros en los que iban encerradas. ¿Y el de las hermanas Grimes, de quince y trece, el año anterior? Se fueron de casa para ver una película de Elvis Presley en el Brighton. Su familia no volvió a saber nada de ellas. Al cabo de un mes, y tras unas fuertes lluvias, un obrero de la construcción encontró sus cuerpos tirados junto a una carretera. Debieron de arrojarlas desde un coche.

¿Y el de los hermanos Schuessler y su amigo Peterson, tres chicos de catorce, trece y once un año antes, en 1955? Iban a ver una película de Walt Disney. Un documental sobre el león africano. En el Loop. Los encontraron dos días después en una cuneta, desnudos, estrangulados. Y a Bobby Peterson con un montón de golpes en la cabeza. Todo esto ha ocurrido aquí mismo, en Chicago. Hace muy poco... El conductor se volvió a mirarte un par de segundos, pero tú, despiadada, proseguiste con tu relato. La mayoría de estos crímenes no se resuelven jamás. Y a los incriminados, presuntos asesinos en serie, su familia los defiende a capa y espada. Haya hecho lo que haya hecho, la camada nunca es culpable, aunque en el sótano de casa aparezcan las ropas de unos críos o las de un par de jóvenes llenas de manchas de sangre. Yo recorto las noticias de los periódicos e investigo algunos casos por mi cuenta.

Voy a los lugares en los que desaparecieron las víctimas, a los entierros, grabo con mi cámara y entrevisto a quienes los conocieron. Capto la ausencia en el rostro de uno de los hermanos pequeños de la víctima con la nariz y las manos pegadas al cristal de una ventana y la mirada perdida en el infinito. En un muñeco de trapo sin cabeza olvidado para siempre en una butaca. En las zapatillas de dos adolescentes abandonadas de cualquier forma frente a la

puerta del cobertizo en el que solían esconderse para fumar o hablar de sus cosas... ¿Y no va a hacer nada con todas esas fotos?, preguntó Tom Jones. ¿A usted qué le parece? ¿Que alguien puede hacer todas esas fotos y guardarlas con el celo con que las guardo yo para nada? Hago las fotos sabiendo que van a ser vistas y lo hago para eso, para que se vean, pero no ahora. Ahora no las enseño. Y nadie parece saber que las hago, aunque todos me vean hacerlas... Su vida no parece real, señorita Layblikh, aventuró Tom Jones y por un instante se quedó pensativo.

Se me ocurre una idea, añadió de pronto. ¿Por qué no hace una película sobre su vida? Su vida secreta... Todos tenemos una vida secreta, replicaste. Nunca nadie sabe nada de nosotros. Pero, ¿cómo voy a hacer yo una película sobre mí misma? Es usted realmente imaginativo, señor Jones. Ésa la harán otros, bromeaste. Cuando yo ya no esté aquí. Mientras tanto yo voy a ir dejando las pistas necesarias para que la hagan. Cultivo, por ejemplo, el género del autorretrato con fervor y al mismo tiempo con objetividad. Mi cámara y yo nos espiamos en los espejos y en los cristales de cada rincón de la ciudad... ¿Y dónde guarda todo ese material? Está archivado, respondiste, apartando de un manotazo uno de los palitroques con los que J, L y M jugaban a herirse y a darse muerte en la parte de atrás, tratando de no hacer ruido ni llamar la atención, aunque uno de ellos acababa de rozarte una oreja.

En cajas y maletas que me acompañan a donde voy, pero que pronto tendré que dejar en un guardamuebles... Por lo que veo, concluyó él, lo tiene usted todo bien atado... Por el retrovisor, viste una de las estacas de los niños pasar como una centella a pocos milímetros de su nuca. Al parecer, Van Gogh dijo que las estrellas son las almas de los poetas muertos, continuaste, y que para convertirse en estrella hay que morir. Lo tengo, como bien dice usted, todo pensado. Hasta el punto de que tal vez alguno de los que me conocieron, alguno de los padres de los niños o alguno de ellos cuando sean mayores o

quizás algún dependiente de una de las tiendas de revelado a las que suelo acudir, cuando les entrevisten, buscando mis huellas en lo que ellos puedan contar, que será poco, porque apenas hablo ni muestro nada y la mayoría tampoco se fija mucho en lo que hacen los demás, dirá: Es como si alguien hubiera escrito el guion.

Jajaja. Me río, porque ese alguien, sin que nadie lo sepa, seré yo misma... ¿Usted? Sí. Yo misma habré escrito el guion... El lechero te miró admirado. Necesitará ayuda, dijo enseguida. Un plan tiene un cerebro, pero requiere ejecutores. Toda película necesita un director, un productor, un guionista. Yo sé hacer de todo... Sus ojos irradiaban entusiasmo y se volvía a mirarte cada dos por tres. Por suerte, aquella camioneta no podía coger demasiada velocidad y en las calles por las que transitabais aquel día no había apenas tráfico. De momento nadie tiene que saber nada... Pero lo sabré yo, exclamó el hombre de pronto. Estará usted muerto, replicaste. ¿Y los niños? Los niños no dirán nada. Para algo los crío yo... ¿Y quién hará la película? ¿Cómo voy a saberlo? La película ha sido idea suya, no mía... ¿Y qué le falta para poner en marcha su plan? Necesitaré a un chico listo, que aparecerá tarde o temprano, aunque tal vez, quién sabe, aún ni siquiera haya nacido. Pero lo encontraré.

Un chico listo que, con el material en su poder, reconstruya mis pasos. A pesar de todo, quienquiera que sea, creará que ha sido él quien me ha encontrado a mí, cuando en realidad habrá sido al revés... ¿Y cuál podría ser el título de la película?, preguntó él. Una vez más te reíste. ¿Qué le parece *Buscando a Lise Layblikh?*, propuso enseguida. ¿*Buscando a Lise Layblikh?* No está mal... Menudas ocurrencias tenía aquel tipo. *Buscando a Vivian Maier*, pensaste y te gustó. Sonaba bien. Una película sobre tu vida, que tal vez incluso estrenarían en un cine. Con público. Un escalofrío te recorrió la espalda, aunque te tranquilizó pensar que, si una película semejante llegaba a

hacerse algún día, tú ya no estarías en este mundo. Disfrutará de mucho tiempo libre con este trabajo, comentó el lechero. Estabas alimentando su afición. Tenías que cortar aquello de inmediato. Optaste por hacer que la niñera aburrida o harta de que los demás se metan donde no les llaman contestara a su pregunta.

Una pregunta retórica, sin duda, pero él esperaba contestación. Tenías experiencia. Un amplio abanico de respuestas. Mediocres, insólitas, absurdas. A los veinticuatro años un joven que te sacó a bailar durante una fiesta en Saint-Bonnet, el único baile al que has ido en toda tu vida, te confesó lo mucho que le gustaba tu sonrisa. No me extraña, dijiste muy seria. Me ha costado trescientos francos. Es toda postiza... Desde que dejó a los niños en el colegio por la mañana temprano, respondiste por fin con insulsa prolijidad a Tom Jones, hasta que voy a recogerlos a media tarde, además de mis dos días libres a la semana, los jueves y los domingos. Todo ese tiempo lo paso en la ciudad, caminando y haciendo fotos o películas, o en el cuarto oscuro, revelando, cuando dispongo de cuarto oscuro, claro... Para ellos, dijo Jones y con un ademán de cabeza indicó a los pasajeros de la parte posterior, debe de ser usted una especie de Mary Poppins...

Lo que faltaba. Que te comparase con aquella niñera inglesa de cuento. ¡Es igual! ¡Es ella!, gritó J desde atrás y, enarbolando el estoque, se agarró a tu asiento. Alta, huesuda, con el pelo corto, aunque la Poppins lo tiene muy oscuro, nariz respingona y boca fruncida. Y los ojos muy grandes. ¡Es verdad!, corearon los otros dos. La hemos visto en los libros de nuestras vecinas, las Banks. Y es mágica, añadió L. No hay otra como ella... *Zut alors!*, exclamaste tú. ¿Cómo dice?, preguntó el lechero. ¿Usted cree que Mary Poppins llevaba a los niños que tenía a su cargo a los mataderos? ¿O a un cementerio? Me gustan sus movimientos, declaró Tom Jones sin hacer caso de tus preguntas. Tiene usted un no sé qué de robot que me fascina. Con

esa voz, que al que la escucha, sin necesidad de mirarla ni de haberla visto nunca, le informa ya de lo alta que es usted, porque hasta por teléfono o en una cinta en una grabadora se debe de notar.

Y con ese extraño acento, que no se sabe bien si es auténtico o falso, pero que es francés, ¿verdad? Tiene algo mecánico. Y por cómo anda. Avanza usted sin apenas moverse, aunque con una fuerza inusual, de transatlántico, y a veces esa energía hace que cada una de las partes de su cuerpo se mueva como si lo hiciera sola, sin necesidad de que usted se haya movido. Como les ocurre a la mayoría de los negros cuando bailan. No sé si me explico... Aterrorizada, respiraste hondo, pensando que debías bajarte de aquel carricoche enseguida, aunque fuera en marcha. Se explica usted demasiado bien, respondiste por fin, aunque en este tema me parece que se aturulla... Y de pronto recordaste los muchos chistes que circulaban sobre repartidores de leche que aprovechaban la ausencia de los maridos en las primeras horas de la mañana para colarse en las casas con sus mujeres. Tú no tenías marido que burlar, aunque si todos los lecheros eran donjuanes lo mismo les daba una solterona que una madre de familia.

Perdóneme, pero la he observado mientras se internaban en el bosque, se disculpó él, aunque lo que dijo a continuación era casi peor que toda la retahíla que acababa de soltar. Me detuve en cuanto se perdieron ustedes de vista y me bajé de la furgoneta para seguirles a cierta distancia. Y luego también he podido volver a observarla a mis anchas. Cuando los vi salir un poco más tarde. Me gustan sus ojos. Irradian determinación... Los tres caballeros andantes, que desde la parte de atrás del carromato ya no perdían una sola palabra de lo que se decía en la delantera, aullaron de placer. Parece estar usted en contacto con los poderes oscuros, continuó el lechero, sin dar importancia alguna al furor del público. No siga, le interrumpiste. ¿Quiere usted decir que tengo pinta de bruja?, preguntaste y otra vez los cinco os

echasteis a reír. No hay muchas mujeres como usted... ¿Quiere decir que tengo un aspecto un tanto masculino? Sí y no... Déjelo...

Pero no parecía dispuesto a obedecer. Me gusta cómo viste, continuó. Miraste hacia abajo. La falda por debajo de la rodilla, la camisa de color claro bien abotonada, aunque remangada hasta arriba, y zapatos planos con cordones. Es usted muy femenina, comentó él, pero se nota que no le preocupa su aspecto. Y eso me gusta... ¿Qué sabe usted del amor, señor Jones?, preguntaste de pronto para cortar su discurso. Muy poco, reconoció él. Sólo que es incondicional... Por fin estabais en la calle Maxwell. El trayecto se te había hecho interminable. ¿No habría dado el lechero unas cuantas vueltas de más para seguir charlando contigo? Tom Jones aparcó y quiso acompañaros, pero le dijiste que, aunque viera tantos negros por allí, también había judíos. Riendo, prometió esperar para llevaros al próximo destino, tanto si era de vuelta a casa como si queráis ir a cualquier otro sitio. Adelante, caballeros, dijiste, dirigiéndote a León Azul, Orejas de Murciélago y Pájaro Furioso.

Somos antropólogos dispuestos a estudiar culturas remotas a la vuelta de la esquina... ¿Vamos bien vestidos?, preguntó L. Perfectamente, aunque, pensándolo bien, yo diría que os sobran las espadas y las coronas. ¿O son cascos? Será mejor que dejéis los atavíos en el carricoche... Obedecieron enseguida, entregándole todo al lechero, que se encargó de meter los disfraces en su vehículo. Por aquí andan la mayoría de los inmigrantes y vagabundos que no tienen casa ni trabajo, explicaste en cuanto echasteis a caminar otra vez. En un solar vacío había tres negros sentados sobre una cama con la mesa puesta al lado. Unas tazas y una jarra con el café que tomaban a todas horas, café frío, mientras fumaban debajo de sus sombreros. Jóvenes, delgados y, a pesar de la miseria en la que estaban inmersos, muy elegantes. Y rodeados de quincalla que ordenaban para venderla el domingo

en el mercado. Aquí los negros viven al sol, dijiste, describiendo lo que veías y retratabas a menudo con tu cámara.

Y a la luz de la luna, porque muchos duermen ahí mismo. Viven de lo que encuentran. De lo que consiguen con pequeños trabajos muy mal pagados. Como los blancos pobres, viejos y locos que andan también por aquí... Un irresistible olor a salchicha churruscada se te metió en la nariz. Los niños debían de tener hambre y como no ibais a volver a comer a casa os acercasteis al puesto callejero que, envuelto en una fuerte humareda, expandía aquel aroma a fritanga. Compraste para cada uno de ellos el menú que ningún niño del mundo rechazaría: un perrito caliente y una bebida de esas oscuras con gas que se sorben con paja. Así podrían comer mientras seguíaís caminando. Repugnante, dijiste para tus adentros, observando lo que mordían y chupaban con cara de felicidad mientras sacabas del bolso una manzana llena de maduras y algo blandengue. La habías comprado junto con un montón de fruta y verdura el domingo anterior en el mercadillo.

En aquella misma calle. No me interesa la comida que come todo el mundo, te justificaste al ver la expresión de L después de que dieras el primer mordisco a aquella manzana con la carne mórbida y de un marrón traslúcido. Como si estuviera envenenada, aunque con aquel aspecto nadie más que tú se la habría comido. Busco otro tipo de alimento. Y cuando como, lo poco que como lo como de pie. Como un antílope. Me trago cualquier cosa, que ni siquiera caliente. Y lo hago así desde el día en que me marché de casa... Una hoja de periódico tirada en el suelo llamó tu atención. El *Daily News* del domingo anterior. Hacía tres días Martin Luther King había sido apuñalado por una mujer negra con un abrecartas en unos almacenes de Harlem, a los que él había ido a firmar ejemplares de su libro *Un gran paso hacia la libertad*. Aquella mujer le había clavado el abrecartas en el esternón. La punta se había hundido hasta la aorta.

Si llega a estornudar, le confirmó a King uno de los médicos que le operaron, se habría desangrado y habría muerto. En la imagen del periódico, otra mujer negra atendía al reverendo de una herida en la mano. Se veía la empuñadura del abrecartas incrustado en su pecho. Levantaste la cámara para fotografiar la página tirada en la acera, sucia y con marcas de pisadas, cuando en una esquina de la calle divisaste a Cara Quemada en un teléfono público. Girando un poco la Rollei, le enfocaste a él. Clic. Con su gorra de finísimos cuadros blancos, negros y grises y la cazadora colgada sobre los hombros. Le retrataste de perfil. Como habías hecho con Cuerpo Torcido hacía unos años. En Nueva York. Con respeto. Como solías retratar siempre a los maltratados por la naturaleza o por sus semejantes, porque no eras capaz de dispararles de frente, aunque ellos mismos te dieran permiso para hacerlo. Cara Quemada había perdido toda la piel del rostro y hasta una oreja.

La otra, la que estaba entera, pegada al auricular, escuchaba con atención lo que en aquel instante le estuviera diciendo su interlocutor. De la que se había quemado no quedaba más que un agujero negro en el cráneo, debajo de la sien derecha. Tampoco tenía párpados. Sus ojos estaban solos, perdidos dentro de las cuencas. También sus manos se veían consumidas. Aunque todo aquello no era consecuencia del fuego, sino de unos ácidos. A los chicos, que le divisaron en cuanto tú le enfocaste para hacerle un retrato, les explicaste que Cara Quemada había trabajado en un estudio de fotografía, donde en una pelea se quedó sin identidad. Su contrincante le había arrojado un bote lleno de un líquido corrosivo. J, L y M no podían apartar la vista de aquella cara. En sus ojos se reflejaba el pánico que sentían, pero los tres quisieron acercarse a conocerle, porque su rostro actuaba como un imán muy poderoso. ¿Qué te ha pasado, chico?, le preguntó Cara Quemada a J en cuanto colgó y tú le presentaste a tus niños.

Nada, respondió J, aunque, tragando saliva, se llevó una mano a la mejilla

abultada y añadió: Me ha picado una avispa, pero se me pasará muy pronto... ¿Una?, exclamó Cara Quemada, acariciándole el pelo. Yo diría que te ha picado un ejército... Después se disculpó, porque tenía que ir a un recado, y se marchó a toda prisa, de modo que seguisteis deambulando por el barrio. Habla poco, explicaste. Pero por teléfono se explaya. La cabina y la ausencia del interlocutor le dan seguridad... Un poco más allá encontrasteis a Corazón Picado, al que, nada más verle, pediste que contara su historia. ¿Veis mi cara?, preguntó aquel gigante con camisa blanca y pajarita negra. La tenía toda cubierta de cráteres y protuberancias. La cara. No la camisa, que era de un blanco perfecto, impecable. La camisa de un camarero, limpia y bien planchada bajo su pajarita negra. Corazón Picado había acabado por tener la misma profesión que su padre.

Trabajaba en el lujoso restaurante del hotel Drake, aunque con el tiempo acabaría por tener su propio bar, el bar de Rick. Un tugurio de mala muerte. Su cara era como la de la luna. Con los ojos oscurísimos envueltos en velos negros y hundidos en aquella masa llena de grumos miraba fijamente a los niños desde su metro ochenta y cinco. ¿Sabéis lo que me ocurrió?, preguntó al fin, porque ninguno de los tres se atrevía a decir nada, como tampoco a dar un solo bocado más. J, L y M sacudieron la cabeza, sin apartar los ojos de aquella accidentada superficie que tenía casi los mismos poderes hipnóticos que las facciones lisas e inexistentes de Cara Quemada. Clic. A él le retrataste de frente. Le gustaba que su rostro ocupara la toma entera. Que el fondo saliera borroso. Y él clavó sus ojos en ti. Una mirada inquietante, directa al futuro espectador. Mi padre, dijo después, me persiguió cuando yo era un niño con un punzón para picar hielo...

J, L y M abrieron mucho la boca y los ojos, aunque sólo un gemido escapó del interior de las tres gargantas. ¿Y por qué te llaman Corazón Picado?, se atrevió a preguntar J. Mi padre, respondió el camarero y se echó a reír. Mi

padre, repitió, tenía muy mala puntería. Aquella noche en la que volvió borracho no sólo me picó toda la cara con el picahielos, sino que me machacó también el corazón, hasta dejarlo hecho picadillo. Como mi cara. Un pingajo lleno de agujeros y protuberancias. De cicatrices y costras. ¿Y a ti qué te ha pasado?, preguntó, dirigiéndose a J, al que hasta la hinchazón se le puso roja y repitió: Nada. Nada. Una avispa. Un aguijón minúsculo... Os despedisteis también de Corazón Picado y decidiste volver hacia donde os había dejado el lechero, porque el pequeño empezaba a arrastrar los pies, aunque por un momento pensaste si no sería mejor ir en dirección contraria y coger el autobús para volver a casa.

Tom Jones estaba adquiriendo demasiado protagonismo y parecía empeñado en adentrarse por un camino peligroso. Pero los niños se habrían enojado. Lo que ha dicho Corazón Picado no es cierto, explicaste, mientras ellos arrojaban los restos de su comida en una papelera. No fue su padre quien le hizo eso. Todas esas marcas que tiene son consecuencia de la viruela, que le destrozó cuando era un niño. Pero a él le gusta tener un enemigo cerca. Todos mienten. Ocultan un horrible pasado... ¿Y el corazón?, preguntó J. ¿Lo tiene también así? El corazón lo tiene picado, aunque no por culpa de un punzón, sino de la vida. Es un hombre sabio. El verdadero sexto sentido, el único que nos puede salvar, le gusta decir, es el del humor... ¿Y por qué fotografía usted a toda esa gente tan rara?, preguntó L. ¿A quién te refieres? A la gente como Corazón Picado y Cara Quemada. Siempre está usted fotografiando a gente rara.

A gente que parece que la hubieran hecho a golpes... No son tan raros. Sólo son hijos del dolor. Mañana yo puedo estar así. Y tú. Nadie les quiere ver, pero tampoco nadie está libre de convertirse en uno de ellos. Son como nosotros, iguales en todo, pero a ellos les ha ocurrido algo que les ha roto por dentro de una forma tal que se les ve hasta por fuera. Son mis hermanos. Mi

familia. Y algún día formarán parte de mi banda... Sí, pensaste. Ellos sí que son la familia del hombre. ¿Su banda?, preguntó J. Sí. De niña yo soñaba con formar una banda cuando fuera vieja, una banda de atracadores. Me vestiría de hombre... Eso ya casi lo hace, te interrumpió L, señalando tu camisa y tus zapatos. Me vestiría de hombre, siempre con sombrero, y asaltaría a los ricos por la calle, obligándoles a bajar de sus Cadillacs a punta de pistola para dar todo el dinero que pudiera quitarles a los pobres, a los negros, a los locos... ¿Como Robin Hood?, preguntó L. Exacto. Como Robin Hood, pero en la ciudad.

Y ellos, Cara Quemada y Corazón Picado, entre otros, porque encontraré a alguien más, algún día formarán parte de mi banda. Una banda de atracadores decrepitos a las órdenes de una vieja niñera. El mundo al revés. Porque lo normal es que las bandas de estafadores se ensañen con los ancianos... ¿Y por qué han acabado así?, preguntó J. La sociedad en la que vivimos está muy lejos de ser perfecta, explicaste. Exige mucho de nosotros. Y eso sólo para cubrir las necesidades básicas, como comer, vestirse o tener un techo sobre nuestras cabezas. Muchos no lo soportan. No están preparados para esa lucha diaria. Para ser lo suficientemente competitivos, para adaptarse a esa rivalidad constante. Otros padecen trastornos de tipo mental o emocional que los dejan fuera de combate incluso antes de entrar en la liza... Pensabas en Charles, tu hermano, siempre con su esquizofrenia a cuestas. Charles Maurice en su primer bautizo. Karl William, en el segundo.

También él había adoptado un alias muy pronto, William Jesard. También él cambiaba su nombre sin cesar. Karl. Carl. Charles. Charlie. William. Tampoco él estaba conforme con lo que era, con lo que podía ser. O no se sentía capaz de convertirse en lo que quería ser, si es que alguna vez llegó a saber o siquiera a imaginar qué era lo que quería. ¿Y ahora adónde vamos?, preguntó el lechero en cuanto os vio aparecer mientras se frotaba las manos.

Al cementerio... No pareció sorprendido, aunque su rostro y toda su figura parecieron congelarse en el aire. Las manos, juntas, se detuvieron. Y él tan sólo murmuró: Nada menos... ¿A cuál, señorita Layblikh?, preguntó enseguida. Al Mount Carmel, respondiste. Y cuando estuvisteis montados en la furgoneta y el repartidor arrancó el motor, mientras hacía las maniobras necesarias para sacar el vehículo del hueco en el que lo había aparcado, le observaste con detenimiento.

Con el rabillo del ojo. Era muy atractivo. Demasiado atractivo. Soy de mármol, te dijiste. Soy una lápida. No pienso fotografiarle. Y dejaste de mirar, mientras en tu fuero interno le adjudicabas un apodo: Frente de Piedra. Por su tenacidad. Aunque tenía una ligereza que te hizo intuir una gracia misteriosa, una elasticidad de cuerpo y de espíritu poco comunes. ¿Y esas noticias que recorta de los periódicos y que sin duda sigue también en televisión no le quitan el sueño?, quiso saber él. No son sólo las carnes blancas de esos chicos y chicas a los que encontraron sin vida en una cuneta o en un bidón en las aguas del lago Michigan las que me han quitado el sueño muchas noches, respondiste. Tampoco puedo olvidar la imagen del cadáver de un negro de catorce años, nacido aquí en Chicago, al que lincharon hace tan sólo tres en Money, Mississippi, según dicen por silbar a una mujer blanca, antigua reina de belleza en el instituto, en el interior de una tienda de comestibles, donde el chico entró a comprar chicle.

Como un lobo dicen que silbó. Y que la cogió de la muñeca. Como si eso fuera una razón para matar a un niño a golpes. Dos días después de aquel incidente en la tienda dos hombres blancos, el marido de aquella mujer y su medio hermano, sacaron al adolescente de casa de su tío de madrugada y a punta de pistola. Después le apalearon, le dispararon en la cabeza, le ataron al cuello con alambre una desmotadora de algodón que pesaba unos treinta y dos kilos y lo tiraron al río. Al Tallahatchie. Los dos asesinos salieron sin

cargos del juicio que se instruyó contra ellos. Una farsa, una mierda. Uno de los dos, el medio hermano del marido, llegó a decir que le gustaban los negros, pero en su sitio. Y que mientras él viviera y pudiera hacer algo al respecto, los negros seguirían en su sitio. El chico se llamaba Emmett Till. Nunca olvidaré su rostro irreconocible, desfigurado. Su madre quiso que lo viera el mundo entero. Hizo bien.

En Alemania mataban a los judíos en las cámaras de gas y nos resulta incomprensible, cuando aquí aún linchamos a los negros y los colgamos de los árboles... Al llegar ante la puerta del cementerio, el lechero se disculpó. Les espero aquí. Para llevarles a su casa cuando terminen. Vivo solo. No tengo nada mejor que hacer... ¿No quiere entrar?, le invitaste, sospechando que tal vez fuera supersticioso. No. No. Si no le importa, prefiero no hacerlo... ¿Habías acertado? La mayoría de la gente no está dispuesta a entrar en un camposanto y lo hace sólo cuando no tiene más remedio. Es un cementerio católico, le informaste y, bromeando, añadiste: Ahí dentro no hay judíos... Soltó una carcajada, pero una vez más se excusó. No es eso... No había en él ningún asomo de superstición, como tampoco problema alguno con las distintas religiones de los que allí yacían enterrados. No quería molestar. Si no le importa, me quedaré aquí a esperarles, concluyó. De eso nada, protestaste tú. Usted se viene con nosotros.

Y el carricoche también. El cementerio no es muy grande, pero si lo visitamos a pie y nos ponemos a mirar sepulturas y mausoleos se nos puede hacer de noche. No quisiera que los chicos acabaran viendo fuegos fatuos... León Azul, Orejas de Murciélago y Pájaro Furioso, que habían revivido, como si les hubieran vuelto a dar cuerda, se habían puesto otra vez sus capas de toalla y retales y entraron en el cementerio blandiendo sus espadas y sacándolas por las ventanillas del carromato. Necesitaban bajar cuanto antes para correr y perseguirse unos a otros por entre las sepulturas. Por ahí a la

derecha, señor Jones, indicaste poco después de enfilear la calle principal. Aquí están las tumbas de algunos de los matones más famosos de Chicago y de la historia, como Al Capone, apodado Cara Cortada por una cicatriz que tenía en el rostro, explicaste. Recuerdo de un corte que le hicieron con una navaja. Murió hace poco más de diez años...

Señalaste las lápidas, que no eran más unas pequeñas losas casi cuadradas embutidas en el césped y dispuestas en línea, cada una con el nombre y la fecha del nacimiento y la muerte de cada uno de los miembros de aquella familia de origen italiano que estaban enterrados allí. Alphonse Capone, leíste. 1899-1947. Entre unos arbustos, dominando las losas en hilera, se alzaba un monumento de color claro con el apellido de la familia en grandes letras de molde. A Cara Cortada lo trajeron a este cementerio hace pocos años, porque en el que estaba enterrado, Mount Olivet, su tumba era pasto frecuente del vandalismo. Aún no hay mucha gente que sepa que Al Capone está aquí... El carricoche siguió internándose por las callejuelas que atravesaban el cementerio de una punta a otra. Con el raballo del ojo te diste cuenta de que el lechero te miraba a ti casi más que al camino por el que avanzabais. Aquí está también la de uno de sus principales secuaces, Frank Nitti, llamado el Ejecutor por la violencia con la que obligaba a obedecer sus órdenes.

Y en este mismo camposanto están algunos de los enemigos de Al Capone, integrantes de otras bandas del crimen organizado en esta ciudad, como el irlandés Dean O'Banion, apodado el Rengo, porque tenía la pierna izquierda más corta que la otra, aunque pocos se atrevían a llamarle así, y Weiss, conocido como Hymie el Polaco, el único hombre al que, según dicen, temía Cara Cortada. Ahora por ahí, señor Jones. A la izquierda. También algunos obispos, arzobispos y cardenales de la Iglesia católica descansan aquí. Estos no tenían apodos. Que yo sepa. Ése es el mausoleo de los obispos. El que

toca la trompeta ahí arriba es el arcángel san Gabriel, aunque yo diría que, en lugar de las trompetas del paraíso o del juicio final, en este cementerio se pueden escuchar los disparos cruzados de muchas pistolas y metralletas...

Los niños soltaron sus espadas de pacotilla, transformaron sus manos en armas de fuego con el índice extendido y el pulgar hacia arriba e, imitando con la lengua contra el paladar el sonido de las balas al salir por los cañones, empezaron a dispararse. Nos vais a dejar sordos, protestó el lechero. Parecéis la patrulla de policía que mató a Bonnie y a Clyde. Hicieron tantos disparos, concretamente ciento sesenta y siete, que dejaron el coche en el que viajaba aquella pareja de criminales como un colador. Él tenía veinticinco. Ella, veintitrés. Y no sabía disparar... No te pasó desapercibido el interés de Frente de Piedra por aquellos detalles. Sin duda le gustaba el cine. Y cierto tipo de noticias. Como a ti. Ojo, advertiste a los niños, estirándote un poco en el asiento y mirando por el retrovisor. No os traigo aquí para que admiréis a estos hombres que dedicaron su vida al crimen y arruinaron la de muchos otros, sino para que sepáis lo que es la muerte... Desde el asiento de atrás, Orejas de Murciélago te puso la mano en un hombro.

Creíste que era porque empezaba a tener miedo, pero enseguida supiste que se trataba de algo muy distinto. Señorita Vivian, confesó, me gustaría ver la tumba de un niño... Ay, estos críos, pensaste. Qué imprudentes son. Te había llamado Vivian delante del lechero. Otro que había olvidado que ante los extraños no eras ni Vivian ni Maier, sino lo que tú decidieras en cada momento. Pero la culpa la tenías tú, porque inventabas nombres sin cesar y te los ponías y quitabas como si fueran sombreros. Cuando por fin bajasteis del carromato para ver las inscripciones de cada una de las sepulturas y los retratos de los muertos, para buscar la tumba de un niño, tal y como quería Orejas de Murciélago, J, L y M no tardaron en echar a correr por entre las lápidas con sus yelmos de cartón, sus espadas y sus capotes. Aquí yace Maria

Campo Rosone, leíste. No vale. Murió a los cuarenta. ¿Y ahí? Sophie Rosone, leyó Tom Jones. A los cuarenta y tres.

Tampoco vale... Más allá una familia completa descansaba en la misma tumba. Antonio Angelico, su mujer, Rafaella, y su hija, Rosina, que había muerto a los catorce años y aparecía en el retrato, embutido en un marco ovalado, con su traje de primera comunión. Toda de blanco con sus tirabuzones negros, envuelta en velos de tul, el misal entre las manos enfundadas en guantes de una blancura transparente y los botines impolutos colgando en el aire, porque la retrataron sentada en una elegante silla. Los chicos se acercaron corriendo. Rosina valía, aunque tuvisteis que seguir buscando, porque a León Azul aquella niña no le pareció lo suficientemente niña. O tal vez prefería ver la tumba de un niño. Aquí yace Francesco «Frank» Sorianello. Había muerto a los treinta y dos. No valía. Pero en la sepultura de los Sorianello se podía ver la fotografía de dos niños en otro marco ovalado.

¿O era el mismo en dos momentos distintos de su corta vida? ¡Chicos! J, L y M corrieron hacia la tumba junto a la que os encontrabais. El pequeño otra vez arrastraba los pies y en esta ocasión incluso la espada, arañando el suelo con ella. Este es Franco Sorianello, anunció el repartidor. Murió a la edad de un año... Lo contemplaron durante unos cuantos segundos, en silencio, con respeto, como si fuera de su familia, aunque enseguida echaron otra vez a correr con sus floretes y sus mantos por entre las tumbas. Pájaro Furioso había conseguido tomar un poco de aire junto a aquella tumba y salió trotando en pos de los mayores. Cásese conmigo, murmuró de repente Tom Jones. El corazón te dio un vuelco. Imposible. Debo ocuparme de estos niños, respondiste y empezaste a caminar más deprisa, intentando alcanzar al tropel de los que vestían capas y enarbolaban espadas de madera.

Pero al lechero no debió de parecerle una buena excusa, porque, apretando

también el paso, repitió: Cátese conmigo... Imposible, volviste a decir tú, sin mirarle. Como de pie. ¡Y como cualquier cosa! No le gustaría vivir conmigo... No se preocupe, dijo él. Si no le gusta que la miren mientras come, me esconderé detrás de un periódico. Y si es necesario, me taparé los oídos con algodón, para no escuchar los ruidos que hace mientras mastica, pero cá... ¡Ni hablar!, exclamaste, volviéndote hacia él e interrumpiéndole con tu grito. Y sin duda asustándole, porque tembló hasta tal punto que pareció que lo sacudía el viento. Se quedó callado, meditabundo, por unos instantes, aunque enseguida volvió a la carga. ¿Y no podría yo conseguir que se sentara alguna vez?, se atrevió a preguntar. ¿No estará insinuando que le gustaría invitarme a cenar? Bajó la barbilla, al tiempo que levantaba las cejas, como diciendo que sí, que aquella era su intención.

No, perseveraste tú y, soltando la cámara, que mantenías todo el rato sujeta entre tus dedos, sacudiste los brazos como si quisieras espantar a una nube de moscas. Ni hablar. No he cenado jamás en un restaurante y no lo voy a hacer ahora ni nunca. Ni con usted ni con nadie. Y tampoco me casaré. Ni con usted ni con ningún otro hombre. Ni ahora ni nunca. Y fin del asunto. Que nos van a oír los chicos... Señorita, murmuró él y, en lugar de decir el nombre, vaciló. No gano mucho, pero nos podríamos ayudar el uno al otro... Aquella sinceridad te apaciguó y estuviste a punto de caer en sus redes. Por lo menos, sugirió él, acercándose un par de pasos, déjeme ser su amigo... Menuda tenacidad. No le iba mal el nombre que le habías puesto hacía un rato, aunque tal vez le sentaría mejor el de Frente de Mármol. Está bien, pero con una condición. Que no vuelva a pedirme que me case con usted...

Pareció dudar y sólo al cabo de unos segundos asintió con la cabeza. Ya le dije. El amor es incondicional... Tal vez, aventuraste tú, le reserve un destino para un futuro remoto. Tal vez usted sí que podría llegar a ayudarme, pero no con su dinero, sino... ¡Señorita Vivian!, gritó en aquel momento Orejas de

Murciélago y tú, al oír una vez más aquel nombre, te encogiste. El lechero ya no podía pasar por alto que eras una embustera. Tal vez sea mejor así, pensaste, mientras caminabas hacia donde se encontraba el niño parado al pie de una tumba, señalando la fotografía del muerto. León Azul y Pájaro Furioso, cogidos de la mano, porque el pequeño estaba exhausto y apenas podía caminar, se unieron a él. Tom Jones te siguió. Y enseguida comprendiste qué era lo que había llamado la atención de Orejas de Murciélago. Es una fotografía, explicaste, *post mortem*. Pasquale Marcandento, leíste. Se trataba de una imagen terrorífica.

El rostro caía sobre el lecho en el que el cadáver yacía acostado como si fuera un tejido blando. La boca recordaba al pico de algún pájaro de mal agüero. ¿Eso qué es?, preguntó León Azul. *Post mortem*... Una fotografía que se le hace a alguien después de muerto. Y ahora vámonos ya de aquí. Que se está haciendo tarde... Los tres niños metieron sus espadines entre el cinturón y el pantalón y echasteis a caminar hacia la camioneta. Pájaro Furioso se agarró a tu falda. No era capaz de dar un solo paso más. El lechero se ofreció a llevarlo en brazos. De pronto te diste cuenta de que no habías hecho una sola foto. Aquel hombre con su empeño en pedirte en matrimonio había conseguido que te olvidaras de inmortalizar todo lo que veías. ¿Señorita Vivian?, murmuró y te miró de reojo. ¿Acaso no se llamaba usted Lise Layblikh? Sonreíste, encogiendo un hombro. Tom Jones tampoco es su verdadero nombre, ¿a que no?

Sacudió la cabeza, sonriendo hasta con los ojos. Shmuel Abramovicz, dijo y esta vez fue él el que tendió la mano, sin soltar al niño, en un enredo de brazos y piernas. *Touché*, reconociste, estrechándola de nuevo. Yo me llamo Vivian Maier... Los dos os echasteis a reír. Pájaro Furioso se abrazó a él con fuerza. Y León Azul y Orejas de Murciélago, que se habían quedado atrás, se acercaron corriendo a curiosear. Las risas de los adultos a los niños les

maravillan tanto como los cadáveres en una habitación cerrada. Acordaos siempre de los gusanos, dijiste para atraer aún más su atención e impedir que volvieran a alejarse, ocasión que aquel lechero de origen polaco obsesionado con el matrimonio podría aprovechar para pedirte una vez más que te casaras con él, aunque la verdad es que cada vez te atraía más. O tal vez por eso. Precisamente por eso tenías que evitar como fuera quedarte a solas con él. Con él, piensas ahora. Cuando ya es tarde. Con él...

No sirve de nada acumular riquezas, seguiste perorando en voz alta. Como es ridículo pavonearse de nada de lo que hacemos, porque todos acabamos ahí, en un agujero en la tierra húmeda, donde nos comerán los gusanos hasta dejarnos los huesos mondos y lirondos... En aquel momento León Azul pegó un grito, señalando una tumba con el brazo extendido y su espada de mentira, que a toda velocidad había sacado de la trabilla de su cinturón. Acababa de descubrir la foto de un niño que aparecía junto a su perro. Con su vestido largo y oscuro, el crío no levantaba más que la cabeza por encima del lomo del animal, de pelaje blanco, largo y espeso, que miraba de reojo con la lengua fuera. Van a tener pesadillas, advirtió Abramovicz. Y visiones. Menuda excursión la del dichoso Yom Kipur. Han aprendido más que en toda una semana de colegio... La tumba de la que llamaban la novia italiana, una joven que había muerto a los veintinueve años al dar a luz y a la que inhumaron al cabo de seis años y encontraron incorrupta, decidiste dejarla para otro día.

Come de pie, escuchaste que le decía en un susurro Orejas de Murciélago al lechero enamorado mientras reanudabais la marcha hacia el coche. Yo lo he visto. Y come guarrerías. Frutas y verduras podridas. Lo más barato que encuentra. Además, no limpia muy allá. Nuestra madre siempre lo dice. Y esa obsesión que tiene con los cementerios. No le gustaría vivir con ella... Así que L no quería quedarse tan pronto sin su niñera mágica y hacía todo lo

posible por impedirlo. El lechero se echó a reír y cuando se volvió para mirarte tú abriste los brazos como diciendo: ¿Lo ve? Ya se lo había dicho yo... El suelo cede bajo nuestros pies, pensabas tú mientras caminabais. Pero nadie parece darse cuenta. Todos siguen como si nada. Se casan y tienen hijos y celebran cada cumpleaños y cada aniversario y desayunan y comen y hasta meriendan y cenan sentados. Empezaba a oscurecer y de alguno de los enterramientos que había a vuestro alrededor viste surgir unas pequeñísimas llamas azules.

¿Qué es eso?, preguntó León Azul, señalándolas con el palo de madera que le servía de espada. Te volviste hacia Shmuel. ¿Lo ve? ¿No le decía yo que no quería que vieran los fuegos fatuos? Venga, rápido, al coche. Que se está haciendo tarde y mañana sí que tenéis que ir al colegio. Y tranquilos. Esa llama pálida que habéis visto junto a una tumba es lo que se llama fuego fatuo, explicaste. Se trata de un proceso químico, que se produce cuando se inflaman ciertas materias, como el fósforo y el metano, que se elevan de las sustancias animales o vegetales en putrefacción... ¡Son las almas de los muertos!, gritó Orejas de Murciélago. No, replicaste. Esas mismas llamas se ven también en los pantanos... ¡Son las almas de los ahogados!, chilló entonces León Azul. No, volviste a negar. No es más que un fenómeno natural. Como la puesta de sol o las nubes en el cielo. Como los huracanes, los terremotos y las crecidas de los ríos. Como la muerte.

De todos modos, la muerte no debe asustaros, sino todo lo contrario. Debéis tenerla siempre presente, para valorar aún más vuestra vida y la de los demás. No dejéis nunca de jugar, ni siquiera cuando seáis viejos y tengáis el cabello blanco y la espalda encorvada. La vida, aunque corta, es un juego. O debería serlo siempre... ¿Y cómo sabe uno que se está muriendo?, preguntó Orejas de Murciélago. Ellos jugando se daban muerte unos a otros con sus alfanjes y sus pistolas de pega sin saber lo que hacían. No lo sé, respondiste,

mientras subíais al carromato. Aún no me he muerto. Pero no te preocupes. Falta mucho. Y cuando llegue el momento estoy segura de que te darás cuenta... Yo no me quiero morir, protestó León Azul. Ni enterarme... Pájaro Furioso le sacudió con la espada en toda la cabeza. ¡Ya está! ¡Muerto! Fin... Nada es para siempre, dijiste tú, al tiempo que te volvías para propinarle un coscorrón al pequeño asesino. Tenemos que dejar sitio a otras personas. La vida es una rueda.

Si te subes, tienes que llegar hasta el final, aunque otros entretanto se pueden subir también y tienen la misma oportunidad que tú de llegar hasta el final. No hay nada nuevo bajo el sol... Señorita Maier, dijo aquel repartidor que se había revelado como todo un personaje, en contra de lo que se decía de su profesión, mucho más aficionado al matrimonio que al adulterio, en cuanto la furgoneta echó a rodar. Deme una oportunidad... Imposible, señor Abramovicz, tengo una misión. Si le diera esa oportunidad, moriría antes de tiempo y no la podría cumplir, respondiste y te quedaste contemplando sus manos, unas manos fuertes y hermosas con la piel tostada, agarradas al volante. No insista, por lo que más quiera... De pronto, al alargar él el brazo para ajustar el retrovisor interno, la manga de su chaqueta retrocedió unos centímetros y tú, desde tu asiento, pudiste ver una cifra de varios números pequeñísimos tatuada con tinta en su piel.

Todos mienten. Ocultan un horrible pasado. La vida te daba la razón a cada paso. Preferirá usted a un fotógrafo, insinuó él, sin darse cuenta de lo que acababas de ver. Le miraste a los ojos y, con una triste sonrisa en los labios, respondiste: De eso precisamente vine huyendo a esta ciudad para caer en un peligro mucho mayor...

El cuarto oscuro

Eran refinadas y muy bonitas, las dos, pero no eran unas Vanderbilt, tan sólo amigas de unas amigas de unas Vanderbilt. Un apellido puede ser algo o no ser nada, con las mismas letras colocadas de distinta forma. Maier puede ser algo o no ser nada, con las mismas letras colocadas de la misma forma. Con sólo añadir un Von, la gente que hasta entonces escuchaba el Maier sin mover un solo músculo y ni siquiera pestañear se desmaya de placer ante el portador del apellido o ante cualquiera que lo pronuncie, derritiéndose hasta diluirse por completo en el charco de la aristocrática preposición. La familia de tu padre tenía el Von. Tu madre, en cambio, inventaba apellidos para tener un padre, un padre prestado, para que nadie supiera que no lo tenía ni lo había tenido nunca, que era hija de un momento decisivo, fortuito, de un labrador y de su semilla.

En las casas de los Vanderbilt los cumpleaños de los niños se celebran por todo lo alto, con banquetes, orquestas, concursos y tal vez hasta torneos, como en la Edad Media. Más que el aniversario del nacimiento de un niño, esos festejos parecen los de toda una ciudad. O el jubileo de un emperador, la subida al trono de un faraón. La caída de la Casa Vanderbilt, con el derribo de sus diez grandes mansiones en la Quinta Avenida y la venta de la mayor parte de sus fastuosos palacios y caserones de campo, muchos de ellos convertidos a partir de entonces en museos, se había producido hacía ya tres décadas, aunque los miembros de aquella familia apestosamente rica seguían siendo prósperos millonarios. ¿Por qué te vino entonces todo eso a la memoria mientras estabas junto al quiosco de periódicos, cuando desde el

convite ya habían transcurrido tantos años?

La revista *Popular Photography* había hecho una encuesta internacional, invitando a doscientos cuarenta y tres críticos, profesores, editores, directores de arte, asesores y fotógrafos en activo a participar. ¿Quiénes son los diez mejores fotógrafos del mundo? Los más grandes. Tenías el ejemplar entre las manos. Tenías también poca fe en las encuestas. Mejor dicho, ninguna. ¿En qué tenías fe? ¿Acaso tienes fe en algo? Aún te lo preguntas. Tengo fe en el esfuerzo, aunque no sirva para nada. En el trabajo, aunque nadie lo valore. Apostada junto al quiosco de prensa en el que acababas de comprar la revista, dejaste tu bolso en el suelo y te pusiste a leer de pie. Siempre que pasabas por allí, aprovechabas para charlar con el quiosquero, un hombre mayor con el pelo blanco, que solía vestir traje oscuro y corbata y no se quitaba el sombrero ni en el interior de su tenderete.

Jim Roger hojeaba un reportaje sobre la reciente visita de Marilyn Monroe a Chicago. La revista *Pop Photo* tan sólo ha puesto una condición para responder a la encuesta, le explicaste al quiosquero, que, como era lógico, no sabía nada de aquella lista. Los fotógrafos que nominara el consultado debían estar en activo, es decir, debían ser personas que estuvieran haciendo fotografías, de modo que no era necesario que fueran profesionales... Que se pudiera elegir a los no profesionales habla en favor de los editores de la revista, cacareó Jim Roger. Qué sabrás tú, *grande bouche*, pensaste, aunque sólo dijiste: Ningún no profesional ha resultado elegido... Al menos, se defendió Jim Roger, defendiendo lo indefendible, han reconocido la importancia del trabajo que se hace fuera de la arena comercial... Esta vez sí que protestaste, levantando los brazos y enarbolando la revista por encima de tu cabeza: ¡La arena comercial! Pero, ¿qué está usted diciendo?

Habla en favor de su cinismo. Habla muy en favor del cinismo de los editores de la revista, que dicen querer dar lo que ni por asomo están

dispuestos a dar. Ni ellos ni los críticos ni el público, tan sumamente dócil. Y para colmo, tan sólo han tenido en cuenta a los hombres, cuando hay muchas mujeres que son fotógrafas en activo. Y muy buenas. Por poner sólo algunos ejemplos: Berenice Abbott, Lisette Model, Imogen Cunningham, Dorothea Lange, Helen Levitt, Diane Arbus... Podría haber escrito usted una carta, te interrumpió el quiosquero, que seguía enfrascado en la contemplación de las concupiscentes posturas de Marilyn Monroe al pie de la escalerilla del avión, tanto a su salida de Nueva York como a su llegada a Chicago. Las veías gracias a tu estatura, porque él tenía la revista abierta sobre el mostrador. Los resultados de la encuesta están aquí, dijiste en un tono de voz quizás un poco alto, blandiendo tu ejemplar del último número de *Popular Photography*.

Lo sacudiste de nuevo, pero esta vez delante del ventanuco por el que asomaba el busto de Jim Roger, que parecía un cuadro o el negativo de una fotografía. Y tú eso no lo podías resistir. Querías retratarle a toda costa, de frente y sin que se diera cuenta. Tendrías que dormirle. Y no hay sorpresas, continuaste, golpeando con el dedo la página en la que aparecían los seleccionados. Ni una sola mujer ha sido elegida... Bueno, dijo el hombre, sin levantar los ojos de las páginas de Marilyn, ¿quiénes son los diez mejores fotógrafos del mundo? Dígame usted... Los diez mejores fotógrafos del mundo, según la encuesta, respondiste, son Ansel Adams, Richard Avedon, Henri Cartier-Bresson, Alfred Eisenstaedt, Ernst Haas, Philippe Halsman, Yousuf Karsh, Gjon Mili, Irving Penn y Eugene Smith... No conozco a casi ninguno, reconoció él, con la cara apoyada en una mano y el codo en el estante de la ventanilla del tenducho.

Tenía cara de cansancio. No sería difícil dormirle. Arrullarle con tu verborrea. Y te pusiste manos a la obra. Pero los que conozco me parece que no son malos, añadió él, bostezando como un hipopótamo después de pastar durante toda la noche. Nada malos... De esos diez yo no habría elegido ni a

la mitad, gruñiste. ¿Qué digo a la mitad? Ni a uno... Los gustos cambian, en fotografía como en todo lo demás, pensaste. Nada más leer la lista, te habías preguntado si resistiría veinte o siquiera diez años. Ninguna soporta el paso del tiempo. Muchas no duran ni un mes y algunas incluso ni una semana. Los conceptos de belleza también cambian, proseguiste en voz alta. Como lo hace el aspecto y a menudo hasta el carácter de las personas a lo largo de los años. Nos lo enseñan desde niños, nos lo advierten los cuentos de hadas y luego la vida se encarga de recordárnoslo. A cada paso. En todo momento. Nada se mantiene siempre igual a sí mismo.

Lo hermoso se vuelve horrible y los patitos feos a veces se convierten en cisnes... Jim Roger levantó los ojos de las páginas de papel cuché y te miró asombrado. Cada día sabías más. Habías leído mucho y seguías leyendo sin parar, aunque apenas lo compartías con nadie. Te parecía promiscuo, fatuo. Sólo de vez en cuando charlabas con algún desconocido, sin importarte si podía o no seguir la línea de tu pensamiento, los meandros de tus reflexiones. Con algunos de los empleados de los comercios y de los centros culturales a los que acudías con regularidad, con los dependientes de Central Camera, la tienda más antigua de fotografía en Chicago, con algún acomodador cuando ibas al cine, cosa que hacías muy a menudo, con alguna de las taquilleras. Y con él. Con Shmuel Abramovicz. El lechero polaco. Jim Roger se estiró un poco y cerró la revista, quizá tentado también de echar las persianas del quiosco.

Muchos entre los intelectuales o entre los que se tienen por tales y entre los artistas y las personas supuestamente cultas creen a pies juntillas que los bedeles, los conserjes, los barrenderos y las niñeras, por poner sólo algunos ejemplos de profesiones poco valoradas en general en la sociedad, carecen de vida espiritual, que son necios, simples, unos pobres diablos, y a menudo se equivocan por completo. Es una idea muy estúpida, más extendida de lo que

parece. Entre los acomodadores, los repartidores de leche, las taquilleras y las mujeres de la limpieza se ocultan verdaderos tesoros de comprensión del arte e incluso a veces de las ciencias, y no digamos ya de la vida. Y es que nosotros, los callejones sin salida, nos diferenciamos de quienes tratan de progresar a toda costa en que somos personas tranquilas, en apariencia tan sumamente aborregadas que podemos desesperar a los que no lo son, a los que no piensan más que en ascender.

Aquella lista que sujetabas entre las manos te recordó una fiesta a la que tuviste que acompañar a A y B hacía unos años, en Southampton, cuando aún vivías en Nueva York. Las niñeras, porque todas las niñas y todos los niños que acudieron a aquella fiesta iban acompañados de sus cuidadoras, pudisteis ver todo lo que ocurría. Teníais que estar atentas y no perder de vista a vuestros pupilos para evitar que tiraran alguno de los gigantescos jarrones de Sèvres que se alzaban a la entrada, en el jardín, para que no pisaran los parterres bordados de flores plantadas siguiendo esquemas de rigurosa simetría. Narcisos, gardenias, alhelíes y orquídeas tan radiantes y con fragancias tan fuertes que parecían caramelos. Para que a ninguno de ellos se le ocurriera dar una patada a una esfera armilar colocada en un prado bajo un grupo de palmeras de cuerpos larguísimos o a un reloj de sol de oro que, entre unos setos, recibía los artísticos chorritos de agua fresca de una fuente de mármol.

Para que no pintaran las esculturas de ángeles y dioses griegos y romanos desnudos que había repartidos entre los troncos y los arbustos ni tiraran abajo una sola de las pérgolas. Para que no desplumaran los minúsculos brotes de las enredaderas o alguna cola de pavo real. Para evitar que con un cucharón de plata de los de servir el ponche pescaran en las aguas del plácido estanque alguna de las carpas de color rojo o alguno de los barbos dorados que nadaban, moviendo provocativamente la cola y las aletas y boqueando como

si fueran pequeñas reproducciones con escamas de Marilyn. Te hubiera gustado sacar la cámara y retratar a aquella gente, pero no te habrían permitido hacer un solo disparo. Una niñera con la cámara colgada del cuello en una fiesta de los Vanderbilt, ¿dónde se ha visto? Para eso, había allí fotógrafos profesionales contratados por los Vanderbilt, fotógrafos de esos que retratan sólo lo que ven, lo que puede ver cualquiera, nunca lo que no se ve, lo que está más allá de nuestros ojos.

La fiesta parecía un banquete de adultos. Repartidas por las mesas cubiertas con manteles de guipur, decorados con encajes y bordados finísimos entre jarrones de cristal de roca llenos de flores, había fuentes de plata con caviar rojo y negro. Y ostras. Extraño menú para una fiesta infantil, aunque tal vez los hijos de los Vanderbilt y los amigos de los hijos de los Vanderbilt siguieran una dieta especial, regada con champán. Los ritos de aquella tribu siempre fueron un misterio para ti, por más que la abuela Eugenie hubiera cocinado durante tanto tiempo para algunos de sus semejantes. Una orquesta tocaba música de jazz, mientras las niñas de los Vanderbilt bajaban de una en una por la escalinata de la residencia, pisando la mullida alfombra roja que cubría la parte central, despacio, y mirando a un lado y a otro. Las suelas de sus zapatos eran suaves como el jaspe. Y la concurrencia debía admirar la riqueza de sus vestidos.

Caminaban ya, a edad tan temprana, como Lisa Fonssagrives, la supermodelo sueca, como alumnas aventajadas de aquel icono de la moda que se había casado primero con el fotógrafo francés Fonssagrives y después con el estadounidense Irving Penn. Porque, sin duda, todas ellas aspiraban ya entonces a ser modelos. Solían tomar el sol en el jardín y en la piscina. Tú las habías visto en alguno de tus paseos. Y no es que se bajaran los tirantes del bañador, sino que no se ponían bañador alguno, colocando tan sólo una piedrecita en el hueco de su ombligo, para comprobar, si es que así se podía

verificar algo, cómo su piel cambiaba de color. Sus padres sin duda estaban de acuerdo con que en el futuro fueran modelos o actrices o simplemente bobas. Tan sólo debían casarse con un par y tener hijos. Eso es lo que se esperaba de ellas. Algún heredero masculino que hiciera perdurar a la tribu.

A y B también eran refinadas y muy bonitas, las dos, pero no eran unas Vanderbilt, tan sólo amigas de unas amigas de unas Vanderbilt. Y esas amigas un buen día les propusieron que las acompañaran a un cumpleaños, un cumpleaños al que los Vanderbilt no las habían invitado, ni a A ni a B. Y en mitad del convite se celebró un concurso de belleza. Hubo una reina de la fiesta y unas cuantas damas de honor y premios para todas, incluso para las que no ganaron, tantos como niñas asistieron a la fiesta, excepto dos. Todas salieron triunfantes, con sus coronas, sus títulos escritos en bandas de alegres colores, sus cetros resplandecientes y sus anillos de emperatrices o damas de belleza. Todas las Vanderbilt y las amigas de las Vanderbilt. Y con ellas sus niñeras, más orgullosas aún que sus madres. Únicamente A y B no tuvieron nada, ni un triste aplauso, porque no habían contado con ellas, como si fueran dos intrusas. Como tú misma, en todas partes.

¿No le gustaría a usted vivir en una casa como ésta? Quiero decir, que fuera suya, te preguntó de pronto la niñera de alguna de las otras invitadas, de una de las muchas amigas de las Vanderbilt. Te estiraste, alejándote unos centímetros. No, respondiste. Con sequedad. En aquel instante subió al escenario que hacía las veces de pasarela Florence Adele, a la que acompañaba un chico llamado Frederick William. Ella vestía traje de seda de color rosa con el talle alto y falda en capas de organdí hasta los pies. Los cabellos, rubio ceniza, los llevaba recogidos en tirabuzones. Él lucía un traje blanco con corbatín negro y zapatos de charol del mismo color. ¿No le gustaría tener una casa como ésta?, insistió la niñera desconocida. Tan grande, tan espectacular, tan fastuosa. Con tantas habitaciones con las

paredes forradas de terciopelo y muebles de caoba. Y tantos cuartos de baño. Diez o doce. Todos de mármol.

Y con grifos de oro puro... He dicho que no, contestaste sin volverte siquiera a mirarla, a pesar de que su voz, enumerando aquellos lujos que te resultaban por completo indiferentes, no era la que se esperaba de una nodriza. Una voz grave, profunda, masculina incluso. Me basta con un cuarto oscuro, dijiste, queriendo zanjar la cuestión con una sola frase. Pero, protestó ella. ¿No le gustaría...? Me basta con un cuarto oscuro, volviste a decir, tozuda. Y a veces ni siquiera necesito eso... Pero una casa, insistió ella. No, la interrumpiste y a continuación echaste mano de toda tu artillería. No quiero una casa que sea mía, como no necesito muebles, y tampoco pagar el agua, el gas o la electricidad, ni un alquiler. En las casas en las que trabajo tengo siempre una cama limpia y comida y calefacción y sillones cómodos en los que sentarme a leer y con frecuencia hasta una tumbona o una hamaca en el jardín. No me falta de nada...

La mujer no replicó. Y tú, con tal de no escuchar sus estúpidas preguntas, seguiste declamando como un loro altivo y petulante. Las casas son siempre estupendas y no me aburro de ninguna, porque sé que son sólo para una temporada. Cuando nieva o llueve siempre hay un hogar en el que refugiarme. El resto del tiempo mi sofá es un banco en cualquier parque público... Entonces pensabas así. Eras joven y tenías toda la vida por delante y fuerza, mucha fuerza, pero ahora sabes lo que es perder una casa y no volver a encontrar otra. Con la vista clavada en el escenario, seguiste disparando fotografías sin sacar la cámara. Clic. Clic. Clic. Tus ojos las hacían y tus dedos, como los de un violinista, se movían a tu espalda, porque mantenías los brazos cruzados a la altura de las caderas. Inquietos por no poder acariciar el cuerpo de la cámara, tal y como estaban acostumbrados a hacer, los dedos de cada una de tus manos se crispaban con cada escena.

Tus tendones se estiraban y encogían. Tus dedos devanaban. Hilaban. Trenzando hilos. Confeccionando filigranas. Cualquiera que se hubiera fijado en aquellas manos se habría dado cuenta de que tenían vida propia. Una vida secreta, oculta para casi todo el mundo, incluso para los miembros de tu familia, a los que ya hacía mucho que no veías, pero a los que jamás les habías contado nada personal, ni nada que no lo fuera. También ellos te llamaban la Esfinge. Cuando Florence Adele se pone los guantes largos de su madre. Cuando se pone los guantes largos y negros de seda de su mamá, repitió la niñera desconocida, como si con la morosidad de su reiterativa frase imitara el garbo tranquilo y premioso de los movimientos de Florence Adele, poniéndose los guantes tal y como lo hacía su expertísima mamá, sin duda propietaria de varias docenas de pares de guantes valorados cada uno en unos cuantos cientos o incluso miles de dólares, y probando así otra táctica para entablar conversación contigo.

Cuando se pone los guantes de su mamá, el personal de servicio espía desde detrás de alguna puerta o desde alguno de los ventanales. Sus cabezas asoman como racimos de uvas. O una baraja de naipes desplegada por un jugador... La imagen de las cabezas de las criadas asomando en ramillete o en forma de póquer de ases te gustó. Y el lenguaje empleado por la peculiar representante de tu gremio llamó poderosamente tu atención. ¿Dónde habría aprendido a hablar así? ¿En las novelas de Jane Austen? Te echaste a reír. Tú no habrías elegido a Florence Adele. Por sus gestos afectados y su mirada vacía intuiste en ella la estupidez de toda su clase, cuando su clase y su estirpe se asoman al pozo insondable de la estupidez, cosa que ocurre con frecuencia. Y la belleza no puede ser estúpida. ¿O sí? Como tampoco habrías seleccionado a Margaret Louisa, la siguiente en subir al escenario entre aplausos y sonrisas enormes, blancas, perfectas.

La acompañaba George Washington, sin duda alguna un Rockefeller o

quizás un Lavanburg, vestido también él con un traje de color blanco, como Frederick William, en su caso rematado por una pajarita de tela escocesa y unos zapatos blanquísimos y tan brillantes que rechinaban cada vez que él daba un paso o subía un escalón. Margaret Louisa gesticulaba como si fuera una actriz cuando ensaya para una escena provocadora o bucólica, tan pronto con ademanes de pantera como de Caperucita Roja avanzando con su cesta por el bosque, obligando a George Washington a brincar a su alrededor para recuperar su mano cada vez que la perdía. ¿No le gustaría tener unos jardines tan hermosos y tan extensos como éstos?, volvió a preguntar la niñera parlanchina y chismosa. Trataste de cambiar tu puesto de observación, pero todo el mundo se había concentrado en torno a la pasarela montada en el centro de aquel jardín y te resultó imposible.

No, ladraste. No me lo creo, dijo ella y se echó a reír. Su voz y su risa eran tan viriles. A mí, añadió rápidamente, me encantaría ser princesa. Y pasearme por aquí, continuó, abarcándolo todo con la palma de la mano y el antebrazo extendidos, del brazo de un apuesto joven riquísimo y pensar que todo lo que veo a mi alrededor es mío... Era una mano grandísima, como de hombre alto y fuerte. Y tú, mientras señalaba con la palma extendida cada detalle de aquel jardín, aprovechaste para observarla de reojo. Era aún más alta que tú y más gruesa, mejor dicho, más fuerte, porque tú no eras gruesa, no lo has sido nunca, ni siquiera en plena madurez. Sólo tienes los huesos grandes. Llevaba el pelo aún más corto, con un corte mucho más varonil que el tuyo. Vestía camisa de hombre, jersey de hombre y unos zapatos planos de hombre, aunque llevaba falda y medias de mujer transparentes con su correspondiente costura vertical negra marcando el centro de la parte posterior.

Las piernas las tenía esparrancadas, muy abiertas y como clavadas en el interior de los zapatos. Unos zapatos inmensos. Más que una niñera parecía el padre de alguna de las niñas vestido de mujerona. Con razón no la habías

intimidado lo más mínimo. Tengo todos los jardines que quiera, y aun mejores que estos, declaraste, estirando el brazo tal y como ella acababa de hacer. Se volvió y te miró con incredulidad. Cuando estoy en Nueva York con sólo mover las piernas puedo pasear a mis anchas por Central Park, por los alrededores de los Cloisters o por donde yo quiera. Hasta por los bosques a orillas del Hudson. Y si quiero hablar con alguien, hablo, y si no quiero hablar con nadie, no lo hago. No necesito nada más que mis piernas y no he de preocuparme de nada, más que de los niños a los que cuido, cuando he de cuidarlos, porque a menudo se cuidan ellos solos.

No tengo que ocuparme ni de regar ni de abonar, ni de las plagas que a veces se comen plantas y árboles ni de que otros se ocupen de los arbustos y de las flores por mí... Se quedó callada, mirándote de soslayo. Para mí, añadiste, lo más importante es la independencia. Más que cualquier otra cosa... ¿Más que tener una casa?, insistió. Mucho más... Cruzó los brazos sobre el pecho, aunque apenas tenía protuberancia alguna en la zona. Pero vive usted sin duda, dijo, como vivo yo también, en las casas de los demás... Sí, pero cuando quiero me voy. Y nunca estoy mucho tiempo en una casa. Sólo unos años... ¿Y cuando sea usted vieja?, preguntó la mujer, tal vez preocupada por su futuro, en vista de que la caza del hombre perfecto forrado de dólares y con mansiones como aquella repartidas por toda la geografía del globo terrestre era una misión francamente difícil. ¿No le gustaría casarse y tener hijos? ¡No! ¿Y quién nos va a cuidar a nosotras cuando seamos viejas?

Cuando me haga vieja viviré en un banco en la calle. Mientras tanto, seré libre. Todo lo libre que se puede ser... ¿Y qué hay del príncipe azul?, preguntó ella. ¿No sueña usted nunca? Con él tampoco tendría que preocuparse de los recibos de la luz y del agua. Tendría de todo... ¿Con él? Me sobraría él... Si le hubieras dicho que te bastaba con un lechero polaco... Pero entonces no le conocías. Mierda celestial, gruñiste, aunque no pudo

escuchar tus palabras. Un toque de clarín anunció a la siguiente participante. La estupidez no es privilegio exclusivo de las clases altas, pensaste en el momento en que Emily Thorn ascendía al estrado guiada por la hábil mano de William Kissam. Cuántas tonterías han inculcado en el cerebro de tantas mujeres manuales como *El libro de oro de las costumbres* y tantas revistas del corazón o tal vez los cuentos infantiles, con sus príncipes azules. Pero volvamos a Emily Thorn y William Kissam. Los dos iban en bañador. Los dos llevaban gorro de baño, gafas de sol y sandalias.

Emily, embutida en un bikini realizado en punto imperial de color blanco con budoques de hilo dorado y una rosa en el escote y subida a unas sandalias de medio tacón también blancas, a pesar de sus cortos seis años, movía las caderas como si hubiera cumplido ya los treinta. En cuanto a William Kissam, cogía la mano de Emily como si cada una de sus uñas fuera una espina. Los aplausos y vítores de los adultos y de los demás niños, adiestrados como perros en el circo, estuvieron a punto de dejarte sorda. Buscaste a A y a B. Estaban en un rincón. Solas. Y, tal y como había dicho la directora del colegio, cogidas de la mano. Parecían asustadas, cohibidas. Tú tampoco habrías elegido a Emily Thorn. Aunque era guapa, lanzaba miradas de envidia y hasta de odio a las demás niñas. Como tampoco a Eliza Osgood, a la que Harold Stirling llevó a las alturas. Eliza Osgood vestía un traje corto de color verde lechuga recubierto de pedrería.

Con chaqueta también corta a juego. ¿No es preciosa?, exclamó la niñera de antes, en cuanto Eliza Osgood pisó el primer escalón. Caíste en la cuenta, por la emoción con la que expresó aquellas palabras, de que aquella debía de ser su pupila, la niña de sus ojos, a la que ella cuidaba y a la que había acompañado al festejo. Eliza lanzaba besos al aire con las dos manos y los labios fruncidos como si fuera una actriz de Hollywood en plena sesión de posado. Cada gesto que esbozaba lo prolongaba durante casi medio minuto,

sin duda para asegurarse de que quedaba inmortalizado en las películas de las cámaras que la rodeaban y en las retinas de cada uno de los asistentes. Tú tampoco habrías seleccionado a Phebe Jane, a la que William Henry acompañó hasta la pasarela. Vestía un traje blanco todo cubierto de capullos de rosa frescos. Diminutas gotas de agua salpicaban los tallos, las hojas y los pétalos apretados de los brotes prendidos a la tela.

Minúsculas gotas que brillaban con los rayos del sol, lanzando destellos con los colores del arco iris. Ese traje lo acaban de sacar del frigorífico, comentó la niñera que, a pesar de su aspecto y profesión, tanto sabía de jardines y de alta costura. Sí. Sí. Para que los capullos se mantengan rozagantes hay que guardar el vestido en la nevera. En el congelador... Viste aquel traje como un muerto tendido en un cajetín de plástico entre cubitos de hielo. Tú tampoco habrías elegido a Frances Lavinia, que subió los escalones de la mano de Elliott Fitch. Ni a Emily Almira, a la que Charles Richard John cogió no sólo de la mano, sino también por el talle. Y tampoco a Catherine Juliette, a la que escoltaba Norman Franklin. Los vestidos y trajes de baño de todos ellos eran tan pomposos como sus nombres, aunque pensándolo bien tu madre a ti, con sus ínfulas aristocráticas y sus castillos en el aire, te había puesto nada menos que Dorothee Viviane Thérèse.

No ha aplaudido usted ni una sola vez, observó la niñera lenguaraz y cotilla. No lo hago nunca, respondiste con aspereza, mirándola a los ojos. Me parece una costumbre bárbara... Tiene usted, te interrumpió ella, unas opiniones muy claras y poco corrientes. Así que le haré otra pregunta... No le invitaste a hacerla, aunque en ningún otro momento lo habías hecho y no había parado de importunarte. ¿Cuál le parece a usted la más bonita de todas? Ninguna, contestaste sin suavizar tu categórica respuesta ni siquiera con una sonrisa. Suelta usted fuego por la boca, qué digo fuego, cal viva con cada palabra que dice, dictaminó ella y resopló, pero tú seguiste adelante. Estos

concursos deberían estar prohibidos. El Estado haría bien en perseguir y hasta encarcelar a los organizadores de estos eventos, imponiéndoles también multas elevadas. Y no sólo cuando participan en ellos niños o niñas en casas particulares.

Deberían vetar los certámenes de Miss Mundo o de Miss Universo. Es una presunción absurda y peligrosa. Y estas criaturas en su mayoría no son más que ángeles de pacotilla, malcriados en la abundancia y el acaparamiento, pequeños monstruos de egoísmo y vanidad. Si al menos hubiera por aquí negros y negras subiendo a la plataforma ésa... Sólo le falta escupir en el suelo, dictaminó ella. Y por fin, dando un par de zancadas, se alejó. Sin esfuerzo, porque el concurso acababa de terminar y la gente empezaba a dispersarse por el jardín. Pobres niñas ricas, pensaste. No son más que réplicas en miniatura de las damas de la alta sociedad. Minúsculas cepas de virus. A ti deberían haberte dado una corona, pero no cualquier corona, sino la más grande, la más bonita, una tiara cubierta con más piedras preciosas que ninguna otra, oíste que le decía una de las chicas mayores a A, a la que sostenía sobre sus rodillas.

Todo un ramillete de prósperas adolescentes de nombres y apellidos compuestos rodeaba y admiraba a la pequeña A. Y el ramo de rosas más fabuloso que se haya visto jamás, siguió diciendo la que la tenía sentada sobre ella y cogida con ambos brazos. Todos los atributos de la belleza... A se revolvió mirando a un lado y a otro. La conocías bien. Buscaba a su hermana. Cuando vuestros ojos se encontraron, le hiciste una seña con la cabeza y enseguida la vio. Agachada en el suelo del jardín, cerca de donde estaban ellas, ensimismada, B rebuscaba algo entre los troncos de unos árboles altísimos. A pegó un brinco y corrió hacia donde estaba B. Tú te acercaste y las cogiste a las dos de la mano para salir de allí enseguida. En cuanto estuvisteis fuera, respiraste hondo y echaste una ojeada a tu alrededor

con una sonrisa en los labios. Allá arriba, un ramalazo de azul con un brochazo de gris, unas manchas escarlata y un poco de púrpura. Después perdiste la vista en el mar. La orilla blanca brillaba como en tu sueño.

Alas y gritos en el aire. Nubes y juncos meciéndose por arriba y por abajo. Allí ya no había muros ni vallas para delimitar el espacio. Se puede y se debe vivir de otro modo, dijiste por fin. La belleza está en todas partes, pero sobre todo escondida. No os dejéis deslumbrar por las apariencias ni queráis aparentar, porque la vida no es un certamen de belleza. Y, sobre todo, no dejéis que os agüen la fiesta que puede ser vuestra vida si conseguís dedicaros a hacer lo que os gusta. Si no os convertís en esclavas de los demás o de una estupidez, como lo es la apariencia física. No seáis como esas Vanderbilt, que se pasan el día mirándose las piernas en el espejo y riéndose como memas por nada, porque cuando os salgan arrugas, no sabréis qué hacer, como no sea amargaros la vida y agriar la de los que os rodean... ¿Vamos a ir hasta casa andando?, preguntó A y bostezó. Sí, respondiste. Está muy lejos, refunfuñó, frotándose los ojos con las dos manos. No importa. Tenemos mucho de qué hablar...

Mirando hacia abajo, te diste cuenta de que las dos llevaban el famoso vestido de flores. Espejito, espejito mágico, recitaste. Acordaos siempre de los cuentos. Nos enseñan casi todo lo que hay que saber en la vida. A y B, que se habían cogido de tus manos, asintieron. La preocupación excesiva por la apariencia acaba por resultar nefasta. La propia Blancanieves la padece y por eso la reina, su madrastra, la engatusa con unas cintas para el pelo y un peine. A un hombre no le ocurre eso. A un hombre le embaucan con otras cosas... La belleza está en todas partes, pero, sobre todo, escondida, repetiste para tus adentros. Todo lo que sube, proseguiste en voz alta con un tono de voz un poco desabrido, no tarda en bajar. Y lo hace mucho más rápido de lo que dura la ascensión. Las pitadas y pataleos, los abucheos y silbidos suenan

mucho más fuerte que los aplausos y los vítores. La que hoy es reina de la fiesta mañana se convierte en dama del horror...

El cielo se oscureció y unas cuantas estrellas titilaron entre las nubes. Sé que todo el mundo prefiere a mi hermana, confesó entonces B. Es mucho más guapa que yo, pero no me importa, aunque más de una vez me he echado a llorar... Tú también estuviste a punto de echarte a llorar ante aquellas palabras, frente a aquella niña consciente de la diferencia entre su hermana y ella, de la injusticia de la que llaman madre naturaleza. Al llegar a la casa blanca algo en tu interior te dijo que aquel iba a ser el último paseo con ellas por la Isla Larga. No te equivocaste. Aquel otoño, en el apartamento de Manhattan, dos meses después del concurso de belleza, la madre de A y B se topó con tu alijo de periódicos, las columnas de papel impreso que atiborraban tu habitación. Y se puso muy nerviosa. Dijo que no podía vivir con aquel arsenal a tan pocos metros del dormitorio de sus hijas. Hablaba a toda velocidad y casi chillaba. Lloró. Se cogía los brazos con ambas manos.

Sentada en una esquina del sofá rojo, con el periódico en el regazo y gesticulando, recordó el caso de los hermanos Collyer en Harlem. Hacía unos cinco años de aquella historia, que tardaría mucho en borrarse de la memoria de los neoyorquinos y de muchos estadounidenses. Los hermanos apilaban periódicos, libros y todo tipo de trastos en su casa de cuatro pisos. La basura llegaba hasta el techo. En una ocasión, seis años antes del terrible final de los hermanos, se produjo un incendio y uno de los dos, el que se ocupaba del otro, ciego y paralítico, no dejó entrar a los bomberos. ¡Una simple cerilla nos puede mandar al otro barrio!, gritó la señora de la casa, levantándose de un salto del sofá. Durante la conversación que tuvo contigo tras descubrir el cúmulo que atesorabas en tu madriguera. Pero los Collyer no murieron en un incendio, tal y como habían vaticinado siempre los vecinos.

Langley, el hermano que cuidaba al otro, se quedó un día atrapado en uno

de los túneles formados por la quincalla acumulada, túneles por los que estaba acostumbrado a moverse como un caimán por las alcantarillas. Había allí restos de automóviles, coches de bebé, bicicletas oxidadas, la capota de un carruaje de caballos, cientos y cientos de fotos de chicas de calendario, catorce pianos, violines, un clavicordio, aparatos de rayos X y órganos humanos metidos en botes, porque el padre de los Collyer había sido médico. Comida podrida, pistolas... Ciento veinte toneladas de desechos y cachivaches. Y maletas y más maletas llenas de papeles y ropa. El otro hermano, Homer, que, paralítico y ciego, no se podía mover, murió de hambre en una lenta agonía. La peste del cadáver del que murió primero, atrapado entre los bártulos y la bazofia apilados sin orden ni concierto, alertó al barrio. Muchos negros a los que los Collyer no acababan de aceptar como vecinos de su vivienda de cuatro pisos en Manhattan.

En el cruce entre la Quinta Avenida y la calle Ciento veintiocho. Tardaron más de dos semanas en encontrar el segundo cuerpo, que apareció comido por las ratas. La madre de A y B, gesticulando, tiró, sin querer, el periódico al suelo. El *New York Times* aquel día anunciaba el cierre definitivo de la isla de Ellis. La puerta de América, la isla de la esperanza y de las lágrimas, por la que millones de inmigrantes a lo largo de más de sesenta años habían entrado en los Estados Unidos. Tu padre, tu madre y sus respectivos padres, tus abuelos. No se preocupe, dijiste en cuanto la señora de la casa se hubo calmado un poco. Me iré mañana mismo... Cuando a la mañana siguiente, muy temprano, te marchaste con algunas de tus maletas llenas de papeles, de películas y negativos, con parte del polvorín, en aquel entonces no tan voluminoso como llegaría a serlo al cabo de unos años, la madre de A y B te miró con cara de preocupación y al mismo tiempo de alivio.

Ella se encargaría de enviarte el resto en cuanto le dieras una dirección. No te despediste de las niñas. Su madre algún día les explicaría lo ocurrido mejor

que tú. Las listas de los diez mejores deberían estar prohibidas, volviste a despotricar al pie del quiosco de prensa, tal y como lo habías hecho en aquella fiesta en casa de los Vanderbilt. Jim Roger había vuelto a desplegar el reportaje de Marilyn Monroe. Son tan ridículas como los certámenes de belleza. Y a los que las promueven deberían meterlos en la cárcel. Como a los que organizan los concursos de Miss Lo Que Sea en cada estado, en cada provincia y en cada ciudad del mundo... El quiosquero no rechistó. Y a las madres que azuzan a sus hijas casi desde el momento en que nacen para que compitan en concursos de belleza o para que se conviertan en tontas del celuloide, en lugar de en profesionales inteligentes o en actrices serias, capaces de hacer todo tipo de papeles...

Buenas tardes, Jim, saludó un cliente, que cogió un ejemplar de la revista *Life*, lo pagó y se marchó. Por cierto, dijo Jim Roger, en cuanto el hombre se alejó. No nos han presentado. Usted sabe mi nombre, porque lo dicen muchos de los que se acercan a comprar algún periódico o una revista, pero yo no sé el suyo. ¿Señora o señorita? Señorita. Y orgullosa de serlo. Señorita, repetiste enseguida mientras buscabas un nuevo nombre falso, aunque rápidamente se te ocurrió uno. Señorita Rollei... Encantado, dijo él y se tocó el sombrero. Yo no habría elegido a Gjon Mili, declaraste, dispuesta a repasar los nombres de la lista uno por uno y a desarrollar el porqué para cansar a tu presa, administrándole el narcótico de tus conocimientos. Este fotógrafo albanés fue el primero en usar el flash electrónico y las luces estroboscópicas, métodos que tomó prestados de un amigo y colaborador.

Sus famosos dibujos de luz resultan inquietantes, sobre todo uno en el que aparece Picasso empuñando una linterna para trazar una escena en el aire. Pero su trabajo en la revista *Life* lo encuentro mediocre y banal. Fuegos artificiales que resuenan como ciegos petardos... No entiendo nada de lo que dice, señorita Rollei, te interrumpió Jim Roger, hablando con lentitud y

sonriendo, con los ojos casi en blanco, tal vez ya completamente amodorrado. No era uno de esos tesoros de comprensión del arte o de las ciencias que según tú se ocultan en algunas personas que desempeñan un trabajo no intelectual, aunque sabía escuchar. Más impactantes que sus fotografías, proseguiste sin piedad, son sin duda las fiestas que da en su estudio. Con cientos de invitados. La mayoría, personalidades del mundo del deporte, la danza, el teatro, la música, que posan para él y se hacen sus amigos. Como también los críticos...

Los críticos no deberían mezclarse con los artistas, aventuró Jim Roger, parpadeando más deprisa de lo normal. Y menos aún en sus fiestas. ¿O sí?, preguntó y se frotó los ojos con las dos manos. Te limitaste a mirarle, ladeando un poco la cabeza y frunciendo una mejilla para dar a entender que sí. Que así era. Que no debían mezclarse. Y proseguiste con tu cháchara soporífera. Yo tampoco habría seleccionado a Ernst Haas, aunque fue el primero que usó el color para la fotografía callejera y sólo por eso se le debería reconocer cierto mérito. Sus fotografías de Nueva York, un reportaje de veinticuatro páginas que se publicó en la revista *Life* hace seis años, siguen siendo su trabajo más aplaudido. Haas es guapo. Tan guapo como una estrella de cine. Vino de Austria en el 51 y tiene ese encanto que hace que algunos europeos destaquen aquí, pero me parece que tanto su reputación como su ego son exagerados. Sus imágenes resultan edulcoradas y triviales.

El colorín borroso, le llamo yo. Un esquiador a la última moda deslizándose por las pistas de Aspen... ¿A qué se dedica, señorita Rollei?, preguntó de pronto Jim Roger, volviendo a abrir los ojos de par en par. Soy una especie de espía, contestaste. ¿De espía?, gritó él, sacando la cabeza por el ventanuco para verte mejor. En realidad, soy niñera... Así no conseguiré dormirlo, pensaste. ¿Niñera?, volvió a gritar él y te miró de arriba abajo. Repitió el trayecto varias veces, sin pudor alguno, como si estuviera

contemplando a una de esas actrices a las que se zampaba con los ojos en las revistas. El pelo corto, sujeto a un lado con una horquilla, para que ni un solo cabello se inmiscuyera en tus fotos. El rostro sin maquillaje alguno, ni siquiera pintura de labios. Los ojos grandísimos, un poco caídos, aunque vigilantes, siempre atentos. ¿De qué color? No se atrevió a salir de su templete para comprobarlo de cerca. Y tú no te ibas a aproximar para facilitarle la labor.

Preferías mirar tú, aunque por una vez a Jim Roger le permitiste que te observara todo el tiempo que quisiera. La nariz larga, aunque respingona. Los pómulos altos. La boca, como de piñón, fruncida en una sonrisa pícara. El cuello largo y fuerte. Los hombros anchos y el pecho amplio para lo delgada que eras. El traje camisero de cuadros grandes y colores vivos: naranja, violeta, amarillo, marrón. Las piernas delgadas, pero fuertes. Los zapatos oscuros sin ningún adorno, ni tacones. Y tu metro setenta y siete, que parecía aún más porque ibas siempre con la espalda muy recta y el cuello muy estirado, aunque aquel día no llevabas sombrero, esos sombreros que solían regalarte algún centímetro más. Le habías gustado, porque al hacer el recorrido, una sonrisa iluminó su rostro. Una sonrisa que desde hacía mucho sabías detectar en los labios de los hombres cuando miraban a una mujer que por alguna razón o ninguna les atraía.

No eras Marilyn Monroe ni Bettie Page, ni pretendías compararte con ellas, pero tal vez le habían cautivado el aire de inocencia que aún despedían tus ojos y tu sonrisa inteligente. Parece usted una actriz, dictaminó. Se da usted un aire a la sueca ésa, ¿cómo se llama? Sí. Ingrid Bergman. De todos modos, me parece a mí que una simple niñera no habla así. Aparte de que su acento... ¿Por qué no puede una niñera hablar así? Una niñera no tiene por qué ser simple, protestaste. Mis padres nacieron en Europa, añadiste rápidamente. Yo misma crecí allí... Como si aquello fuera una explicación.

Salta a la vista, dijo él, que veía el mundo entero cada día sin necesidad de salir de su caseta, gracias a los periódicos y las revistas que vendía. Después, apoyando otra vez el codo en el mostrador y la mandíbula en la palma de la mano, inclinó un poco la cabeza hacia un lado, dejando otra vez libre el camino a tu narcótica verborrea.

Yo tampoco habría seleccionado a Alfred Eisenstaedt. Eisie, que así es como le llaman sus amigos y sus socios de *Life*, es en sí mismo una industria. Ha recorrido el mundo entero haciendo fotografías y, aunque muchos le consideran la quintaesencia del reportero gráfico, me gustaría ver una sola imagen suya que se pueda calificar de memorable... Jim Roger soltó un largo silbido, aunque sin despegar la mandíbula de la palma de la mano derecha. Yo tampoco habría seleccionado a Philippe Halsman, proseguido, inflexible. Halsman comparte con su colega Eisie el mérito de haber firmado cerca de cien portadas de *Life*. Pero las fotografías que hace pretendiendo tener humor son torpes. Su Mona Lisa, deprimente. Y su Salvador Dalí con objetos volando por la habitación, absurdo. Yo tampoco habría elegido a Yousuf Karsh. Trabaja en la tradición de los pintores de retratos de moda y representa a los famosos tal y como ellos quieren ser vistos.

Eso no es retratar. No hay punto de vista, no hay nada detrás. Su obra es una especie de *Who's Who* mundial, una guía de lo que muchos llaman la mejor sociedad. Pero los resultados son predecibles. Siempre la misma iluminación y las mismas poses. Y aunque muchos de esos retratos tienen cierta fuerza, carecen por completo de alma. ¿Y qué decir de Richard Avedon? Yo no lo habría seleccionado. Como tampoco a Irving Penn. Avedon es uno de los fotógrafos del mundo de la moda más reputados de nuestro tiempo, pero su trabajo se limita a ese campo, un campo que no me interesa nada en absoluto, aunque reconozco el valor estético, tal vez demasiado estético, de sus imágenes y sus extraordinarias dotes técnicas, el

uso virtuoso del manual. ¿Y qué? Lo que hace sólo sirve para rellenar un catálogo y tratar de vender un vestido, un bolso, cien vestidos y mil bolsos.

Habrás que ver lo que hace en el futuro. Dentro de diez o, mejor, de veinte años... No será usted fotógrafa, exclamó dando un respingo Jim Roger. Además de niñera... Un no rotundo con la cabeza fue toda tu contestación. ¿Seguro que no es usted fotógrafa profesional?, insistió él. No. Sólo soy una vulgar aficionada. Leo revistas, voy a ver exposiciones, pero, ¿fotos? No. Yo no hago fotos. Y ni siquiera tengo una cámara... La llevabas en el bolso, el que habías dejado en el suelo, delante de su caseta, un bolsón negro con unas finas rayas blancas, en el que cabían muchas cosas, libros, revistas, sin necesidad de doblarlas, varias cámaras y material fotográfico en abundancia, aquellos rollos de película que tanto dinero costaban, casi todo tu sueldo. Si supiera que para mí hacer fotos no es una diversión, pensaste, sino el único motor de mi vida. Jim Roger cabeceaba ya encima de su revista, así que decidiste descargar sobre él los últimos cartuchos de tu hipnótica diatriba.

Penn le sigue muy de cerca, continuaste, sacudiendo otra vez el ejemplar de *Popular Photography* por el aire. A Avedon, quiero decir. Aunque su ámbito es más amplio, porque va más allá de la moda. Sus retratos de indios peruanos se consideran ya clásicos. Pero a su trabajo me parece que se lo podría calificar más bien como el fruto de un mediocre buen gusto que de «grande». El adjetivo «grande» otros lo pueden aplicar a Ansel Adams, el más fino entre todos los fotógrafos de paisajes, aunque a mí hace tiempo que esos entornos majestuosos me dejan fría. Los olvido en cuanto dejo de verlos. También a Eugene Smith lo califican de grande. Con su prolijo perfeccionismo y su carácter difícil, incluso colérico, se ha ganado el privilegio de no dejar nunca a nadie indiferente. Sus fotografías destilan belleza y mala leche a partes iguales. Un ejemplo de honrada perfección, dicen.

Pero también es grandilocuente y teatral, exasperante en su abuso del claroscuro. Y tampoco soporto ese vacío patetismo suyo pretendidamente épico, repetido una y otra vez, tan falso, tan falso... ¿Entonces?, preguntó Jim Roger, arrastrando cada sílaba como un beodo. ¡Mierda celestial!, exclamaste. Hacía mucho que no lo decías. Desde la fiesta de los Vanderbilt. Y sienta tan bien desahogarse de vez en cuando. *Sacré nom de garce de putain de bordel de merde...* El quiosquero abrió los ojos de golpe y, dando un respingo en su taburete, volvió a sacar el cuerpo por la abertura. ¿Cómo dice? ¿Eso qué es? ¿Francés? Nada, contestaste, consciente de que, si querías que se durmiera, no debías soltar un solo exabrupto más. Una maldición merovingia. Como bien dice, francés... ¿Es usted francesa?, preguntó. Con los ojos muy abiertos, como un insomne. A mí las francesas me parecen las mejores. Donde haya una francesa, que se quiten hasta las americanas...

Para contener la risa y volver a adormecerle, proseguiste con tu arenga. De los diez fotógrafos seleccionados, el único que estaba segura de que aparecería en las listas de todos y cada uno de los que participaron en la encuesta es Henri Cartier-Bresson... Ah, exclamó Jim Roger con cara de alivio, tal vez convencido de que por fin uno se salvaba de la quema. Un falsario, gruñiste. Tan hipócrita como muchos de sus colegas de Magnum... Y una vez más te echaste a reír. Qué osadía. El quiosquero, sin duda agotado por tu plúmbea erudición, ya no dijo nada más, aunque tú seguiste con el discurso, para asegurarte de que conseguías la foto que estabas buscando desde que te apostaste junto a su caseta. Los besos. Ay, los besos en fotografía. Esos momentos decisivos, fortuitos, esas imágenes a hurtadillas, que tanto predica Cartier-Bresson. El de Eisenstaedt en Times Square, por ejemplo. Desde el beso de Judas no ha habido otro tan falso. Lo habrá visto usted. El marinerito. Con su enfermera...

Sí, reconoció Jim Roger, bostezando de nuevo. Mil veces más falso que el

montaje de Doisneau. Y el de Cartier-Bresson. También en Times Square. Dos parejas. Este Año Nuevo pasado. Todas esas fotografías tienen pinta de estar muy preparadas. De no ser más que puro teatro... Tu interlocutor no protestó. Su respiración se había vuelto más profunda y acompasada. Otra vez tenía los ojos cerrados. Aún no se hallaba en las profundidades del sueño, pero estaba sumergido en él, sonriendo dulcemente y tal vez vislumbrando a Marilyn Monroe ataviada como una estatua griega. Rodeado de portadas en blanco y negro y de cubiertas chillonas. *Newsweek. Times. Life. The New Yorker*. Bajo un montón de tebeos cogidos con pinzas de tender la ropa. Premios, lanzamientos y listas de los mejores, exclamaste para comprobar hasta qué punto dormía, hacen que el mundo de la cultura y del arte parezca con demasiada frecuencia la elección de Miss Daytona Beach...

Ya no te oía y, en el caso de que te hubiera oído, habría dado lo mismo. No habría querido saber nada de eso, pensaste y sonreíste, porque en aquel momento soltó un fuerte ronquido. ¿Es envidia lo que sientes?, te preguntaste, agachándote para meter tu ejemplar de *Popular Photography* en el bolso. No. Es hastío. Ese mundo un verdadero artista lo mejor que puede hacer es ignorarlo. Y vivir al margen. Espejito, espejito mágico, ¿quién es el mejor fotógrafo del reino?, se habrá preguntado más de un fotógrafo antes de abrir la revista con la lista de los mejores. Una lista que también te recordó a las que muchos niños suelen hacer en los colegios, debajo de los pupitres. ¿Quiénes son las tres chicas más guapas de la clase? Y ellos escriben las iniciales, convencidos de que nadie adivinará quiénes son. A, B y C o P, T y R, aunque todos en el colegio saben muy bien quién se oculta bajo cada una de esas letras.

Hay que ver lo que cuesta hacer una foto preparada, pensaste, sacando por fin la cámara del bolso y retratando a Jim Roger, que roncaba con el sombrero puesto y una mejilla derrumbada sobre la palma de la mano en el

marco de su tenducho. Menudo sermón he tenido que urdir para adormilar a mi víctima. Tus dedos largos y hábiles abrazaron el cuerpo de la cámara. Apretaste el botón. Se abrió el obturador. Clic. No se enteraría jamás de que llevabas una doble vida, como tampoco de que eras una mentirosa, aun siendo incapaz de mentir y de comportarte de manera hipócrita. Sólo sabías mostrarte tal cual eras. También cuando te autorretratabas con la cámara o se la dejabas a alguien para que te hiciera una foto. No te recomponías ni los mechones que durante tus largas y a veces accidentadas caminatas se hubieran podido descolocar con el viento. Tampoco buscabas una postura que te favoreciera. No hacías la más mínima concesión. Ni gestos.

Sólo tus manos, cogiendo la cámara, parecían arañas, arañas enormes que en cada pata cobraban mucha más vida de la que tú le permitías mostrar al resto de tu cuerpo. Lo único que procurabas era no mostrarte demasiado de perfil. Tu nariz te parecía excesivamente respingona, aunque más de una vez quedó registrada en la película. Como cuando volviste a Francia a vender la granja y posaste en plan sirena. Con una mano sujetabas un pedrusco como un melón de grande. O una caracola. Y con la melena cayendo sobre tus hombros. Qué pinta. Una sirena varada en las montañas, recostada en un peñasco. Así que también tú tienes un punto de vanidad. O la tenías cuando eras joven, porque ahora ya ni te miras en el espejo por la mañana. La esfinge se acechaba también a sí misma. En cualquier superficie. En el cristal de la ventanilla de un tren, en la parte trasera de un retrovisor, en el tapacubos de la rueda de un automóvil, en la superficie cóncava y brillante de la esfera de aluminio que coronaba algunas papeleras.

O en la reluciente bola metálica que embellecía algunos aspersores en los jardines. Y en los espejos de los aseos públicos, como también en los de las máquinas expendedoras de cigarrillos o en los de las básculas que además despachaban fortuna. O en un espejito de bolsillo colocado sobre unas flores

junto a una farola. Sombras y reflejos que no eran para ti, que saldrán a la luz cuando tú ya no estés en este mundo. Pero vete ya de aquí, te dijiste, recuperando el bolso del suelo, junto a la caseta. Y que al quiosquero le despabile el próximo cliente. Una bombilla coronaba el muestrario de portadas, sobresaliendo justo por encima de un par de ejemplares de la revista *Wedding Bells*. Enfados, lloros y portazos de colorines para damas aburridas. Dramas amorosos de cientos de parejas. Por ti no han de sonar esas campanas de boda. Nunca. Ni siquiera con él. Con Shmuel Abramovicz. Habías visto sufrir a tu madre. A Jeanne. A tu abuela.

Y a tantas otras lilas que se enamoraron perdidamente de algún bobo. Las revistas picantes, *Flirt*, *Titter*, *Eyeful*, *Whisper*, Jim Roger debía de tenerlas escondidas en algún rincón. Imaginaste algunos títulos. La vida amorosa de una bailarina erótica. Muñecas para hombres. Las francesas lo hacen mejor... Se hacía tarde y tenías que ir a recoger a León Azul, Pájaro Furioso y Orejas de Murciélagos a la salida del colegio. De todos modos, seguro que Abramovicz estaría allí esperándoos. Echaste por fin a caminar, cuando un espejo reluciente con una leyenda escrita en letras de molde de color blanco te obligó a detenerte. Espejito, espejito mágico, ¿quién es el mejor fotógrafo del reino?, repetiste y te echaste a reír. Enfocaste y, tras recuperar tu postura de esfinge, con el cuello bien estirado y los ojos vueltos hacia arriba, esos ojos que más de una vez te recordaron a los de los faraones del antiguo Egipto, hasta el punto de parecer pintados al carbón, con el rabillo muy largo, disparaste. Clic.

Y os retrataste a las dos. A ti y a tu inseparable Rollei. ¿O fue en París donde hiciste aquel autorretrato? Ya no lo recuerdas y no lo puedes comprobar, porque los negativos no están en tu poder. Echaste de nuevo a caminar y apretaste el paso. Eran refinadas y muy bonitas, las dos, pero no eran unas Vanderbilt, tan sólo amigas de unas amigas de unas Vanderbilt.

La banda

Cuando te expulsan del paraíso o de la posibilidad de creer en él o incluso de soñar con él siendo un niño, es probable que no quieras volver a saber nada de ningún otro paraíso. Tu corazón se vuelve duro y áspero, como el hueso de un melocotón. O se infecta. Eres demasiado consciente de que el infierno está siempre ahí. La expulsión del paraíso es eterna. El suceso se repite una y otra vez a lo largo de la vida. Lo has visto en los rostros de tantos niños, de tantos hombres y mujeres, deshechos en algún banco en la ciudad. Y en los periódicos. Recortabas los sucesos morbosos. Mujeres violadas. Niños quemados en una escuela. Conspiradores que acababan con la vida del líder en la lucha contra la discriminación racial. Presidentes y senadores de los Estados Unidos a los que acribillaban a balazos a plena luz del día y en mitad de la calle o durante un congreso en un hotel.

Actrices que se suicidaban tragando un bote entero de barbitúricos. ¿O fue un asesinato? Llegabas a una casa nueva y te preguntaban por tu familia, por tus antecedentes, pero tú no decías nada, como si tu familia no existiera. De alguna manera tus parientes no existían. Tú los hiciste desaparecer en tus pasaportes. A tu padre lo diste por muerto el año en que te fuiste a Francia. A los seis. A tu madre, cumplidos los diecisiete. Por otro lado, no era asunto suyo. Y tú no querías que nadie supiera quién eras, de dónde venías, dónde habías nacido, como tampoco qué hacías cuando no estabas a su lado. Y de todos modos, ¿quién habría estado dispuesto a contratar a una niñera con una progenitora emocionalmente inestable y un hermano drogadicto y esquizofrénico que vivía recluido en instituciones penales y psiquiátricas, por

no hablar del padre?

¿Y aún te preguntas por qué te fuiste de la ciudad en la que habías nacido, el aire de Nueva York, ese aire irrespirable, tan adecuado para los gatos, las gaviotas y la basura, por más que la ciudad te parecía fabulosa? No era necesario que te siguiera ningún hombre. Querías cortar para siempre con todos ellos. Con tu madre. Con tu padre, que se volvió a casar, con una alemana con nombre de madrastra, Bertha Ruther. Con tu hermano, que en el fondo no lo era, porque apenas habíais estado nunca juntos. Pero a pesar de la distancia, nada había que te aterrorizara más que la idea de que alguno de ellos pudiera acercarse algún día hasta la puerta e incluso tocar el timbre de la casa en la que trabajabas y en la que vivías, preguntando por ti. No contabas nunca nada de tu pasado. Ni del presente. No hablabas tampoco del futuro. El futuro no existe. Está siempre en el horizonte. Y siempre se nos escapa. Hasta el momento de nuestra muerte.

Las personas que te empleaban en su casa tampoco preguntaban. Tal vez fueran conscientes de que, de hacerlo, habrían acabado por asomarse al abismo del que hemos salido todos y al final no habrían tenido a quién contratar. En cualquier caso, es mejor no contar nada. Ver la vida y entenderla a través de los demás. Desde ese yo de ahí fuera. Y no hablar nunca de nada personal. ¿Y lo dices tú, que fuiste capaz de contar nada menos que un sueño a una mujer a la que apenas conocías, cuando un sueño tal vez sea lo más personal? Hay en usted, te dijo en una ocasión la señora de la casa blanca, una curiosa mezcla de cobardía y atrevimiento... Había percibido tu tendencia a poner tierra por medio, pero también tu coraje, tu sinceridad a menudo irrespetuosa, aunque casi nunca contabas la verdad, porque la verdad no se puede contar. La verdad sólo se puede ver. Mujeres violadas. Niños quemados en una escuela...

Recortabas los sucesos morbosos de los periódicos. ¿Para qué? Tal vez

para darte cuenta de que no eras un ser anormal. Aléjate de ella, te dijo Emilie en más de una ocasión, refiriéndose a tu madre. La conocía bien. Aléjate, porque, si no, te destruirá. Aléjate de todos ellos... También Jeanne te lo dijo más de una vez. Sabía de lo que hablaba. Ella misma era emocionalmente inestable, aunque sin el egoísmo de Maria Jaussaud, sin la voracidad egocéntrica de tu madre. Y más de una vez te dio por pensar que el mundo sería menos inhóspito el día que ella se eclipsara. El día que tu madre muriera. Como si la superficie del globo terrestre no fuera lo suficientemente grande para que las dos pudierais vivir en algún punto bien alejado el uno del otro. Pero para qué esperar, se te ocurrió un buen día, después de haber pensado muchas veces en la posibilidad de que llegara ese momento, el de su muerte. Era mejor alejarse.

Tal y como recomendaban Emilie y Jeanne. Cortar el cordón. Todos en tu familia estaban destruidos. Ni tú ni nadie podría haber hecho ya nada por ninguno de ellos. Eran egoístas, muy egoístas. Y saber eso, comprobar hasta qué punto lo eran, te dio el impulso definitivo para desaparecer sin dejar rastro. El viaje alrededor del mundo te ayudó a cortar las últimas ataduras. Y mientras tú recorrías ciudades, países y continentes, los padres de J, L y M guardaron todas tus cosas. Zapatones se ha ido a dar la vuelta al mundo, dijo Abramovicz el día que te vio en el bar de Rick, poco después de tu regreso. Como Phileas Fogg. Pero ella no se ha llevado a su inseparable Passepartout. Se ha ido sola, con sus cámaras. A Egipto, para fotografiar las pirámides. Y en Hong Kong, la bahía. Y en Tailandia, sus templos picudos. Como si los hubiera hecho un niño con los dedos y arena de la playa. Y en Singapur, a algún príncipe envuelto en sedas multicolores y oros. Y en París, los cafés de la rue Mouffetard y las tumbas del Père-Lachaise.

En Génova, su monumental cementerio retrepado en una colina. Porque a Zapatones le encantan los cementerios y los funerales... Era cierto. En cada

ciudad visitabas todos sus camposantos, grandes y pequeños, de cualquier confesión. Y si no ha estado ahora en cada uno de esos sitios, continuó Shmuel, estuvo ya o estará pronto. Es una trotamundos que ha montado en trineo y en elefante y ha subido montañas, sin parar de hacer fotos... Zapatones. Así te llamaban los niños en Chicago, en los barrios en los que trabajabas. Y así te llamaba también Shmuel. Hasta el día de su muerte. Corazón Picado y Cara Quemada no se atrevían a hacerlo. El viaje alrededor del mundo te ayudó a alejarte todavía más de tus parientes, aunque ellos no vivieran en Chicago y tal vez ya ni siquiera en este mundo. Cada paso. Cada persona con la que te cruzaste. Y durante años te pudiste manejar muy bien, cuidando a niños en distintas casas.

La hija del dentista fue contigo a las revueltas estudiantiles, cuando las calles de Chicago se tiñeron de sangre y de consignas. Manifestaciones por la paz que acabaron con una brutal violencia. La llevaste también al mercado central y al matadero, para que pudiera ver de dónde venía la comida que llegaba a su mesa y los alimentos que ella devoraba a escondidas, acusando a los demás de atiborrarla contra su voluntad. Y casi todos los días, cuando hacía buen tiempo, os ibais a la playa. Le gustaba flotar. El agua, las olas y la sal la hacían sentir pluma, pelusa, vilano. Allí su cuerpo parecía el de un ángel que revoloteara entre las nubes. ¿Ves negros en la playa?, le preguntaste en una ocasión. Miró a un lado y a otro. Ni uno, ¿verdad? Tienen que luchar por sus derechos hasta en su tiempo libre... Un día, sonriendo con dulzura tras los vidrios de sus gafas, confesó: A veces, cuando su lado oscuro sube a la superficie, no se enfada, señorita Maier, pero cuando eso sale a la superficie, me da usted miedo.

Sin embargo, cuando habla conmigo es usted maravillosa... El suelo de tu cuarto, que era el techo de la consulta de su padre, se hundió por culpa de las montañas de periódicos y revistas que acumulabas alrededor de tu cama y no

tuvieron más remedio que poner una viga de hierro. A aquella niña le hiciste muchos retratos. Tapándose la cara con una gorra. O con una hoja seca, enorme. Y ella también te hizo muchos a ti. Su madre era editora fotográfica para distintos periódicos, pero tú nunca le dijiste nada acerca de lo que hacías. Sólo algunas familias llegaron a convertirse en tu familia. La de A y B. La de J, L y M. Ellos sí que sabían lo que hacías. Sobre todo los niños. Como lo sabían Abramovicz, Cara Quemada y Corazón Picado. En cambio, con los cuatro hijos de un conocido productor de televisión, recién separado, que consiguió la custodia, no tuviste suerte. Echaban de menos a su madre y no querían una sustituta.

Desde entonces los períodos con cada familia se fueron haciendo cada vez más cortos. Y poco a poco dejaste de hacer fotografías. Las últimas fueron naturalezas muertas. Basura. Basura. Basura. La que siempre veías en las calles y en los parques. O malas noticias. Las que leías en los periódicos o encontrabas desparramadas en la acera. Y en los últimos tiempos, después de ocuparte de algunos ancianos, de una madre minusválida y de sus hijos y hasta de una niña discapacitada, te empezó a resultar muy difícil que te dieran un trabajo. Vestías y comías cada vez peor, te dejabas los grifos o los fuegos abiertos, te enfadabas con todo el mundo, cuando sonaba el teléfono a menudo lo cogías y colgabas sin responder, te mirabas en el espejo y siempre veías el mismo rostro, el mismo rostro cada vez más viejo y cada vez más triste, hasta que no sólo te quedaste sin trabajo, sino también sin techo. Tú misma te dabas cuenta de que te estabas volviendo paranoica, como tu madre. Y como tu abuelo materno.

Se convierte uno en escoria en un santiamén. Frau Maier se arrastra, te decías cuando te veías reflejada en un escaparate. La triste señora Maier. Querrás decir Fräulein Maier. Fräulein Maier se arrastra. Sólo tus maletas y tus cajas tenían dónde alojarse. En un guardamuebles que pagabas con el

dinero que aún te quedaba. Hasta que un día, con sus trapos anudados al cuello, sus morriones y sus estoques de mentira, porque tú los seguías viendo así, aunque habían transcurrido casi cuarenta años desde entonces, León Azul, Orejas de Murciélago y Pájaro Furioso te socorrieron. Como buenos caballeros andantes. Y te buscaron un apartamento, que pagaban ellos. Aunque en él no se oían las voces de los niños ni podías ver a los viejos sentados en un banco cualquiera en la calle. Tú preferías estar fuera. A la intemperie. En tu banco. Frente a las aguas del Michigan. Durante tantas horas que más de uno debió de pensar que eras una vagabunda. La francesa.

Entre los locos y los excéntricos. A Cara Quemada, Corazón Picado y Frente de Piedra tampoco los perdiste nunca de vista. Tu banda. La banda con la que siempre soñaste. Cara Quemada y Corazón Picado te habían ayudado a transportar el material hasta el guardamuebles. Hacía años. Y de pronto se habían hecho viejos, como tú, aunque aún estaban sanos y lúcidos. En cuanto a Abramovicz, también octogenario, se convirtió en tu intendente, en el cerebro de la operación. Zapatones ahora lleva boina, como Bonnie Parker, la de Clyde, dijo al verte, cuando fuiste a buscarle al bar de Rick para poner en marcha tu plan. Y mucha ropa encima. Pareces una refugiada, murmuró. Es que Zapatones por fin, añadió dirigiéndose a los otros dos, que estaban allí con él, va a formar una banda. La que siempre quiso tener. Por eso, ahora lleva boina, en lugar de aquellos sombreros que anunciaban su presencia, en cuanto su sombra crecía en una pared o en el asfalto.

Aunque hay que reconocer que la boina también le sienta muy bien... Podríamos colocar las fotografías, le interrumpió Cara Quemada, al que las ternezas entre un hombre y una mujer sacaban de sus casillas. Aún estamos a tiempo... ¿En un museo? ¿En una galería?, exclamaste, sacudiendo las manos delante de ti, con los brazos extendidos. Y como quien dispara una escopeta de cañones recortados proferiste una de tus maldiciones en francés:

Je m'en fous... ¿Cómo?, exclamaron ellos. ¿Qué quieres decir?, preguntó Shmuel. Que me cisco en los museos, en las galerías y en toda la academia del arte. La charca no querrá saber nada de esos negativos y yo tampoco quiero que vayan a parar a sus manos. Si un museo o una galería los llegara a adquirir, cosa que dudo, los dejaría pudrirse en un almacén, en un sótano, tal y como estaban hasta ahora, sí, en una cueva, pero en una aún peor, en una caverna blindada por la burocracia.

Para ellos, un fotógrafo que no pasa sus negativos a papel, y yo los que revelé lo hice siempre en tiendas de barrio, baratas, no es un artista a tener en cuenta, un fotógrafo de verdad. Excusas que inventan en todos los ámbitos de la cultura y del arte para preservar su coto de caza. Para ellos, un fotógrafo desconocido que de pronto sale a la luz no es más que un extraño, alguien a quien no han podido controlar, alguien que no se sometió a las reglas establecidas para amasar el pastel, trocearlo, repartírselo y zampárselo. El que no obedece las reglas del juego, las reglas del juego sucio que domina la charca, está fuera. Para todos. Para el de más arriba y para el de más abajo. Y la ley del silencio se lo traga. Tardan mucho en abrirle la puerta, si es que no se la cierran para siempre... Cara Quemada, a pesar de lo poco que le gustaba hablar si no lo hacía por teléfono, te interrumpió.

Lo comprendo. Lo comprendo muy bien, repitió, como pidiendo disculpas, porque se dio cuenta de que en realidad no entendía nada del tipo de imágenes que poblaban tus cajas y maletas. Te había ayudado a llevarlas hasta el guardamuebles en el carricoche de Abramovicz, pero ni él ni Corazón Picado las habían visto nunca. Cara Quemada no había trabajado en un estudio de fotografía, como les habías dicho tantos años atrás a J, L y M, sino en Movie Star News. En Nueva York. En el próspero negocio de Irving Klaw, un judío que, con su hermana Paula, empezó poniendo una librería en la que vendía revistas y libros usados. Al ver que los clientes más jóvenes

arrancaban fotos de actrices y modelos de aquellas publicaciones, a Klaw se le ocurrió hacer y vender él mismo películas y fotos de chicas. Y así había ganado muchísimo dinero. Su empresa se había convertido en toda una institución en Nueva York.

Cara Quemada se había marchado de allí antes de que el gobierno, azuzado por el puritanismo de los años cincuenta, acosara a Klaw y a algunas de las chicas que trabajaban para él y para su hermana, como Bettie Page y otras muy conocidas. Pero antes había tenido una pelea con otro empleado en el almacén de Movie Star News. Por una chica. No era fácil acostumbrarse a ver aquel rostro inexistente, fantasmagórico, aquel rostro que, como el de Corazón Picado, te recordaba al de Emmett Till, el adolescente negro al que mataron dos tipos sin escrúpulos, dejándole la cara como un bizcocho inflado y lleno de grumos. Tras el incidente, a mediados de los cincuenta, Cara Quemada se había largado de Nueva York y había ido a recalar, como tú, en Chicago. También Bettie Page, la Reina de las Curvas, llamada el Ángel Negro por sus cabellos oscuros que contrastaban con sus profundos ojos azules, había desaparecido. Otra que terminó mal. *Pauvre Bettie!*

Habías hecho una foto de la trasera del cine en el que ponían una de las primeras películas en las que apareció. En el 53. Bajo el título *Striporama*, se anunciaba en espléndidos colores. Pero tú, ante el cartel con las siluetas de las resplandecientes reinas del sexo que posaban en sensuales posturas, retrataste a una adolescente regordeta, sin duda convertida ya en prostituta, que, vestida con incoherentes prendas y ajena por completo a tu mirada, metía el dedo en uno de sus zapatos con alzas mientras su pie descalzo mostraba una acumulación de mugre sólo comparable con la de la acera y con la de un extraño sujeto que, con una pañoleta enmarcándole el rostro, hacía el pino apoyado contra el cartel, gritando con la boca abierta, redonda como el extremo de un intestino. Los pantalones se le escurrían, dejando al aire las

amorcilladas piernas del pillo callejero, tan diferentes de las de las diosas del striptease en el cartón del fondo.

Las desigualdades. En cada rincón del planeta. Prefiero que mis trastos los compre una persona con ganas de hacer algo por su cuenta, proseguiste. Una persona joven, ajena al mundo de la fotografía. Un chisgarabís. Un mercachifle. Algún comerciante de poca monta. Alguien dispuesto a luchar contra viento y marea, aunque sólo sea por amor al dólar. Alguien que se encuentre en los antípodas del arte y de la cultura. Y cuando las fotos algún día circulen por ahí, si llegan a tener algún interés o incluso cierta repercusión, si ese chiquilicuatre se ha movido para darlas a conocer, entonces los museos y las galerías querrán apoderarse de ellas, establecerán un canon prohibitivo y otros invocarán los derechos del Estado sobre los de las personas. El Estado. Otro que mete sus sucias y avariciosas zarpas en todo... Cara Quemada ya no dijo esta boca es mía, pero Abramovicz y Corazón Picado protestaron. Querían que tus negativos llegaran cuanto antes a un museo. Que te reconocieran.

¿Qué son los diplomas, los títulos y los premios?, despotricaste tú. Certificados de capacidad. La mayor parte de las veces, mentiras. No los necesito. Ahora menos que nunca. Siempre he sido una extraña, una inadaptada. Y quiero morir siéndolo. El guardamuebles en el que estaban mis cosas cambió de dueño, lo reformaron y ahora cobran una cantidad que no puedo pagar, de modo que llegó la hora... Los tres se ofrecieron a ocuparse de los gastos, aunque no tenían mucho más dinero que tú. Ha llegado el momento de ponerse en marcha, repetiste, conmovida por su generosidad. Mis cosas han ido a parar a alguna de las casas de subastas de la ciudad y, si para cuando reaccionemos no se ha vendido todo, deberíamos asegurarnos de que lo que quede termine en las mejores manos posibles... ¿Y si las adquirieran algunos de los adultos en los que se han convertido los niños a

los que cuidaste en otro tiempo?, preguntó Abramovicz.

Sacudiste la cabeza a un lado y a otro. Tienen sus trabajos, sus familias. No. Quiero que sea alguien con hambre, alguien egoísta, primario, libre, en la medida en la que una persona en el mundo civilizado puede serlo. Una fuerza bruta. Y me apetece también jugar un poco con la casualidad. Me gustaría que las fotos volvieran a la calle, que es donde se hicieron... ¿De cuántos negativos estamos hablando?, preguntó Cara Quemada. De unos ciento cincuenta mil... El hombre lanzó un silbido de admiración. Y Abramovicz aplaudió. Despacio, muy despacio y sin hacer apenas ruido, con la boca abierta. Se había convertido en un viejo solterón, pero seguía siendo un hombre alto y enjuto. Con el pelo blanco, aunque denso, corto y apretado como el plumón de un ave, sus ojos negros brillaban en la piel tostada, porque desde que se había jubilado como repartidor de leche se pasaba casi todo el día al aire libre como tú.

Pues si son todas como las que he podido ver, dictaminó, menudo tesoro... Los tres se mostraron por fin de acuerdo contigo. Había llegado el momento. Abramovicz quedó en averiguar a qué casa de subastas habían ido a parar las cajas y maletas con tus negativos, tus blusas, tus zapatos, tus sombreros, tus horquillas y todos tus documentos. Después, Richard y Gerald, que aquellos eran los nombres a los que respondían Corazón Picado y Cara Quemada, los de dos de los presidentes de los Estados Unidos de infausta o dudosa memoria y a la vez dos nombres de americanos normales y corrientes, se presentarían allí para pedir que les dejaran hacer algún que otro recado a cambio de una propina, para así poder controlar la operación. Aprobasteis el plan de inteligencia y, un par de semanas después, un día cualquiera del mes de noviembre, el mes de los muertos, se celebró por fin la subasta.

En realidad, la segunda, porque una parte del material ya se había puesto a la venta sin vosotros. Pero aquel día de noviembre, el día en que un joven de

dieciocho años mató a ocho personas en un instituto de Finlandia para después suicidarse, los cuatro estabais allí. Dos de vosotros como habituales de la casa, porque Richard y Gerald, que tenían sus recursos, habían conseguido su objetivo, y los otros dos, Abramovicz y tú, como merodeadores o compradores en potencia. La casa de subastas parecía una funeraria. Era una funeraria. Allí se liquidaban los objetos de los que ya no valían para nada y pronto estarían bajo tierra. Y los de otros muchos que ya descansaban en una tumba en algún rincón de un cementerio de Chicago o de alguna otra localidad de los Estados Unidos. Al entrar recordaste la granja de Beauregard, que también se vendió en lotes. Setenta hectáreas. Subastadas en trece porciones.

Tus pertenencias no ocuparían semejante extensión, pero acabarían repartidas en muchas más rebanadas. Gerald y Richard aparecieron con sendos puros. Con ellos entre los labios, además de los sombreros, unos chalecos y pajaritas, parecían los miembros de una banda del crimen organizado, aunque sus ropas no eran caras, ni elegantes. Les habría venido bien un suntuoso alfiler de corbata. O un anillo gordo con sello. ¿Es un plan realista?, preguntó aún Richard poco antes de que empezara la cuenta atrás. ¿O una chapuza desesperada? Le mirasteis atónitos. Era un hombre comido por la desconfianza, siempre con dudas, pero un buen compañero, inteligente y fiel. Se refería a que no habíais podido controlar la otra subasta, en la que habían salido ya parte de tus fotos. Caramba, Rick, que no estamos organizando el desembarco de Normandía, bromeó Shmuel. Tiene razón, dijiste tú. No es más que una subasta de barrio...

Tal vez sea mejor que los negativos y el resto del material no vayan a parar a manos de una sola persona, añadió Abramovicz, muy en su papel. Dos o tres compradores, en principio, tal vez sean preferibles a un solo. Y si uno muestra mayor interés o más prisa que los demás en sacarlo a la luz, siempre

podrá comprar el resto de los lotes. Nosotros mismos, que conocemos al dueño de la casa de subastas, podríamos orientarle... En la otra subasta varias personas se habían llevado ya algunas cajas y maletas por unos cuantos dólares, aunque el grueso del material fotográfico seguía allí. Mostraos duros, recomendaste a tus hombres. Proteged el perímetro... Bromeabais entre vosotros. Siempre os gustó hacerlo. Tienes razón, Viv, dijo Shmuel. Así es como actúan los miembros de una banda de gánsteres. Y los agentes del FBI. O los políticos acusados en algún escándalo de corrupción. Y así actuaremos... Después se dispersaron para ocupar sus puestos, que no eran tales.

Richard y Gerald tan sólo tenían que deambular por allí, por si alguien necesitaba algún tipo de ayuda. Abramovicz vigilaría el conjunto de la sala. Aquí no se puede fumar, dijo a tus hombres el dueño de la casa de subastas en cuanto los vio con aquellos cigarros y con uno de sus grandísimos y abultados dedos señaló un cartel. Un hombre alto y fuerte, de origen escandinavo con unos ojos azules muy luminosos sobre una alegre sonrisa. Sus hijos, también enormes, y su mujer, más bajita, trabajaban allí con él. No fumamos, replicaron Gerald y Richard al unísono. Ninguno de los dos... El gigante de las subastas les miró asombrado. Pero podemos llevar el puro en la boca, ¿no?, inquirió Gerald. Apagado, se entiende... El nórdico pareció encogerse al ver desde tan cerca aquel rostro abrasado con un puro entre los labios. Sí, por supuesto, accedió por fin. Siempre y cuando no los enciendan, porque ya se pueden imaginar la que se montaría aquí si se declarara un incendio...

La pared del fondo de la sala en la que se celebraban las subastas estaba atestada de cajas hasta el techo, que era muy alto y tenía los tubos del aire acondicionado y de la calefacción y las salidas de humos a la vista. También había allí mesas apiladas las unas encima de las otras. Y sillas por todas

partes. Y lámparas. Muchas lámparas. Con sus pies alambicados hechos con materiales pretendidamente nobles. Como columnas salomónicas. Y arañas de cristal. Y televisores. Y muchísimas cajas de cartón. Muchas cerradas, las unas sobre las otras. Y unas cuantas sobre unas mesas, con la mercancía a la vista. Varias personas se habían sentado en sofás y butacones que también debían de estar de saldo, porque allí se vendía todo. Distintos entre sí, salidos de aquí y de allá, formaban varias filas, desde las que los posibles compradores y los curiosos podían seguir la subasta cómodamente sentados.

¿Son sus guardaespaldas?, te preguntó, bromeando, el dueño, que había visto cómo Gerald y Richard, aquellos vetustos chicos de los recados, bailaban a tu alrededor. Y los señaló con un movimiento de barbilla. No llevarán armas, ¿verdad?, dijo y se echó a reír. ¿No quiere sentarse, señora? Señorita, contestaste orgullosa. Ignoraba que eras la propietaria de alguno de los lotes que se subastaban aquel día. El nórdico se alejó por fin y con dos de sus ayudantes se sentó en su puesto, tras un mueble estrecho que parecía la tarima de una sala de juicios. Colocada en alto, muy por encima de los asientos de los asistentes, aquella tribuna tenía estantes por la parte delantera llenos de cacharros y figuras de porcelana que parecían decoraciones para una tarta de novios y daban al traste con la severidad que aquella parte del escenario hubiera podido transmitir a los asistentes. Un estrado y un martillo siempre intimidan.

Aunque también todo lo que se veía apilado por detrás y por encima de aquel púlpito del comercio, porque había allí hasta una lancha motora de color rojo y blanco, echaba por tierra esa primera impresión. Del techo de la nave industrial pendía, bien visible, la bandera de los Estados Unidos. Hemos investigado, te informó Abramovicz antes de que empezara el espectáculo. Sabemos ya los nombres de los que compraron las primeras cajas. Iremos a verles. Y pronto sabremos si tienen agallas para hacer lo que se espera de

ellos o si conviene reunir todos los negativos en manos de una sola persona. Hoy vendrá un comprador que promete... Un joven asiduo a las subastas, mientras deambulaba por allí esa misma mañana, había silbado al ver una de tus cajas. Richard, que lo había oído, le había preguntado por el motivo de aquella muestra de alegría. Está llena de negativos, había respondido el joven, señalando los apretados paquetes cogidos con gomas. Cientos y cientos de negativos...

Al parecer, llevaba tiempo buscando fotografías de Chicago en los años sesenta, en concreto de Portage Park, el barrio en el que se encontraba la casa de subastas, para un libro que pensaba publicar. Es el barrio en el que viven más polacos de toda el área metropolitana de la ciudad, exclamó Shmuel cuando te lo comentó. Vendrá a la subasta. Y puede ser nuestro caballo ganador... Y muchos judíos, bromeaste tú, recordando vuestro primer encuentro hacía tantísimos años. También muchos judíos viven en ese barrio... A ti aquel personaje, desde que le viste entrar en la sala en la que estaba a punto de celebrarse la puja, te llamó la atención. Abramovicz, Gerald y Rick no tardaron en señalártelo. Un joven rubio, con el pelo corto, aunque tieso en la parte superior del cráneo, delgado, de cara estrecha, con gafas de montura de pasta negra, rasgos marcados, la barbilla larga y pinta de inquieto, de albergar una curiosidad desmesurada.

Tanto como su ambición, pensaste. Llevaba un bolsón en bandolera, tal y como te colocabas tú las cámaras cuando eras joven, atravesadas en el cuerpo. Y eso te resultó simpático. Ahí lo tenemos, anunció Rick. Ahí está el hombre que buscábamos. Mejor dicho, el que tú estabas buscando... Sí, corroboró Gerald. Es él... Esas zapatillas, prosiguió Richard y te guiñó uno de sus ojos envueltos en nubes oscuras. Esa camiseta y esos pantalones. Parece de Silicon Valley, jefa. Estamos de enhorabuena. Son los más listos... Pero las fotos que él busca, advertiste, conteniendo la risa, no están ahí. Se

sentirá decepcionado... ¿Qué?, exclamaron Rick y Gerald. En mis fotos no se ve tanto la ciudad como sus habitantes, explicaste. Lo que siempre me interesó son las personas. Y no la arquitectura. Como tampoco los paisajes... Seguía entrando gente. Gente que se parecía a la que en otro tiempo solías retratar con tu máquina en el mercado de la calle Maxwell.

Da igual, contemporizó Abramovicz. De momento, que las compre. Y luego, cuando descubra lo que tiene entre las manos, seguro que sabe sacarle partido. Tiene cara de sabueso. De morder y no soltar... Estaba a punto de comenzar la subasta. El dueño del local y sus ayudantes revisaban las listas con los lotes y los precios de salida. Sí, jefa, concluyó Richard. Es nuestro salmón. Y ya ha picado... Miraste otra vez al joven, cuando de pronto te diste cuenta de que no era la primera vez que lo veías, tal y como sucede en ocasiones en el escenario de un crimen. Alguien relacionado con el muerto no sabe que ha visto al asesino, porque la tensión le llevó a borrarlo de su mente, hasta que de pronto un día, repasando por enésima vez los hechos, descubre al homicida agazapado en un rincón de su cerebro, en cuclillas, encogido, detrás de un mueble en la habitación en la que ocurrió todo.

En algún momento durante uno de tus innumerables paseos por la ciudad habías visto a aquel joven. Hurgaste en tu memoria, rebuscando en cada recoveco. Te costó un par de minutos conseguirlo, pero al fin lo encontraste. En un pliegue de tu cerebro. ¡Sí! Le habías visto hacía unos diez años, tal vez un poco más, precisamente en el mercado de la calle Maxwell, entre objetos robados y gente que no pagaba impuestos, gente que no quería que la fotografieran. Tú solías ir por allí a hacerles fotos a los asiduos, a muchos de aquellos que no querían que les retrataran, pero también para comprar alguna ganga. Una manzana podrida. Un tomate medio pocho. Algo barato que se pudiera comer de pie. En marcha. Entonces él era un adolescente, casi un niño. También entonces te llamó la atención su expresión de muchacho

espabilado, despierto. Volviste a verle tal y como lo habías visto aquella primera vez. Junto a un camión. Entre coches y furgones aparcados en la calle Maxwell.

Con otros dos jóvenes sentados en sillas plegables. Tu memoria era como una cámara. Tu cerebro también hacía fotos. También entonces el rubio vestía vaqueros, camiseta y zapatillas de deporte, pero además llevaba unos guantes oscuros. Tal vez para cargar objetos y no hacerse daño en las manos. O quizá para impedir que las mercancías que sin duda compraban y vendían se le escurrieran y se estamparan contra el suelo. Para no dañarlas. Aquel detalle te gustó. Denotaba que era cuidadoso. Entonces no llevaba gafas, aunque tenía ya la misma cara. Y la misma figura. Ahora tan sólo era un poco más alto y un poquito más fuerte. Se podía decir que era un buscador de oro. Como tú. Un buscador de tesoros. Raros. Tesoros callejeros. Como los tuyos. En aquel momento, en la casa de subastas, debía de tener la misma edad que tú cuando empezaste a ganarte la vida como niñera. Unos veinticinco años.

Pero no era su aspecto lo que te importaba, sino su carácter. Lo que Gerald y Richard habían podido intuir durante los pocos minutos que habían coincidido con él esa misma mañana. Parece ordenado, metódico, rayando incluso en lo maniático, aventuró Richard. Abramovicz le preguntó cómo lo sabía. Le he visto apuntar cosas en una libreta después de ver las cajas, respondió el antiguo camarero. Con letra minúscula, abreviaturas, iniciales y números. Las páginas estaban atiborradas. Había allí flechas, círculos, rayas. Parecían las chuletas que preparaba el empollón de mi clase en el colegio... Shmuel le dio una palmada en el hombro. Así me gusta. Las impresiones hay que contrastarlas con datos fehacientes... Eso está bien, murmuraste tú. Muy bien... ¿Qué más?, preguntó Abramovicz, que parecía aún más ansioso que tú. Inteligente, dictaminó Gerald. Curioso. Y con una voluntad de hierro... Eso está bien, repetiste tú. Muy bien... ¿Qué más?, disparó otra vez

Abramovicz.

Despierto, prosiguió Gerald. Atrevido, ambicioso... Eso está bien, murmuró, imitándote, Abramovicz, sin esperar a que lo dijeras tú. Muy bien... Y no nos olvidemos de lo más importante, añadió Rick. Le interesan las fotografías. En especial, puntualizó Gerald, las de Chicago en los años sesenta... Eso está bien, dijiste tú, antes de que lo hiciera Shmuel, aunque, como os he dicho, en mis negativos no encontrará lo que busca. En esa caja hay muchos más retratos y autorretratos que vistas de la ciudad. Y muchas de las fotografías que contiene ni siquiera han sido tomadas aquí, sino en Nueva York o tal vez incluso fuera de los Estados Unidos... La vuelta al mundo de Vivian Maier, dijo Shmuel e, inclinándose sobre tu oído, añadió: Es el hombre que buscas... Su voz te acarició y removi6 el vello tenue que recubría el l6bulo de tu oreja. El hombre que has estado buscando durante toda tu vida, insistió. Te volviste para mirarle a los ojos. ¿Aún quería que te casaras con él? Se echó a reír. Y tú con él.

Es el hombre que estabas buscando, Viv, aunque, aun siendo perfecto, podría fallar. Habrá que vigilarle y quizá incluso conducirlo hacia los otros compradores para que recopile el material desperdigado, aunque tal vez lo haga él mismo. Si es que al final demuestra ser tan bueno como parece... Uno de los mecanismos que mueven el mundo es el lucro, les habías dicho tú el día que diseñasteis el plan. Es tan simple como la cuerda de un reloj. Hay que generar tensión. A veces, basta con mover un par de dedos. Yo jamás lo he utilizado, pero ahora me voy a servir de él... Se oía ya la voz del subastador, monótona y atonal como la de un muecín que llama a la oración con empeño, desgranando cifras una detrás de otra, sin que pareciera aprovechar la breve fracción de segundo entre cada una de ellas para tomar aire. Con su martillo en una mano, señalaba con la otra a los distintos compradores y después golpeaba el estrado con seguridad y contundencia.

Que salga ya nuestro lote, que me mareo, exclamó Richard. Tú también querías que aquello terminara cuanto antes. Para un anciano asistir a una subasta es como estar en el frente de guerra. En primera línea de fuego. Letanía, martillazo, letanía, martillazo... Qué capacidad la del escandinavo para soltar cifras a toda velocidad. Por fin, después de haberse subastado muchos objetos sin interés para vosotros, le tocó el turno a la caja que tanto fascinara al rubio del pelo hacia arriba. Al parecer, había cierta expectación por los negativos. Varias personas habían acudido allí ese día sólo por eso. Se lo había comentado el dueño a uno de sus ayudantes y Rick lo había oído. El joven de la cara larga levantó un brazo y ofreció una suma, despacio, sopesando lo que podía pagar. Una suma algo mayor que la cifra en la que la caja había salido valorada. No parece lo que se dice un potentado, murmuró Gerald. A ver si al final le vamos a tener que prestar dinero...

Por suerte, nadie más parecía interesado. Ni una rubia desleída, que seguía el proceso desde el fondo de la sala, ni una negra sentada en uno de los sillones de cuero marrón de una de las filas de la parte delantera. Y ninguno de los hombres. Nadie movió un dedo. Nadie dijo nada. Y vosotros respirasteis aliviados, convencidos de que el martillo no tardaría en caer sobre la mesa adjudicando la caja al rubio y de que no tardaríais mucho en salir de allí para pensar en el siguiente paso. Por poco tiempo, porque de pronto un tipo con largas guedejas recogidas con gomas a cada lado del cráneo, de pie al fondo levantó el brazo para ofrecer cincuenta dólares más. El joven de la cara estrecha encogió el cuello y bajó los ojos, sin duda pensando que si aquel hombre o cualquier otra persona de las que se encontraban allí subía un poco más la cifra no podría volver a pujar y tendría que renunciar a aquellas fotos que a lo mejor, cuando las viera con calma, tampoco le interesarían tanto.

En aquel momento Abramovicz cruzó la sala a toda velocidad, y,

apostándose tras el de las guedejas, le propinó un golpe en la nuca con toda la mano abierta. Un golpe rápido, seco y leve. Y a ti, bien arrimada a la pared para parecer un objeto más a rematar, convencida de que con el abrigo y la boina se te podía confundir con un perchero, te dio un sobresalto. Sin moverte, en tu puesto de observación, justo detrás de ellos, pudiste oír lo que Shmuel le dijo a continuación a aquel individuo. No se le ocurra volver a pujar por ese lote, murmuró Abramovicz al oído del tipo que acababa de levantar el brazo para soltar una cifra más alta que la del rubio. No se le ocurra volver a pujar por ese lote, insistió, inclinándose aún más sobre su oreja, y, por si su frase no resultaba lo suficientemente convincente, ni siquiera repetida, le clavó en la espalda, a la altura del corazón, el dedo índice de la mano derecha, que mantenía extendido, apuntándole, mientras el pulgar señalaba al aire.

Recordaste que les habías dicho que debían mostrarse duros. Y eso al fin y al cabo era lo que estaba haciendo Shmuel, aparte de divertirse un poco, emulando películas y una célebre trama de corrupción al más alto nivel que todos habíais seguido al detalle hacía más de tres décadas. Y lo hacía bien. Al final la Casa Blanca con Nixon se había revelado como un enorme castillo en el aire. Tengo en la mano una pistola humeante y estoy dispuesto a disparar, siguió diciendo. Deje que el lote se lo lleve el joven de las gafas o lo lamentará. Y no toda su vida, porque, si no hace lo que le digo, su vida acabará aquí. Ahora mismo. No tendrá tiempo de lamentarse... El hombre palideció y bajó el brazo, aunque tampoco entonces hizo ademán de darse la vuelta para ver quién le amenazaba de aquella forma por intentar quedarse con un montón de negativos. De haberlo hecho, habría visto a un anciano, aunque uno dispuesto a todo. Pero Shmuel apretó más y tú te divertiste pensando que bien se podía haber llamado Gatillo Fácil. O Garganta Profunda.

¿Para qué la artillería, jefe?, se limitó a decir el de las coletas largas y, como queriendo contemporizar, añadió: Todo tiene solución si eres capaz de pensar, amigo... Tenía los dientes de la parte superior muy separados y las palabras, mezcladas con chorritos de saliva, silbaban entre ellos. Temiste que volviera a levantar no un brazo para pujar de nuevo, sino los dos a la vez para demostrar que él tampoco tenía pistola ni arma alguna con la que liarse a tiros. ¿Algún problema, jefe?, le preguntó Gerald a Abramovicz en voz muy baja en cuanto estuvo detrás de él. Todos allí se llamaban jefe unos a otros. Como si el lenguaje típico de las bandas de gánsteres hubiera teñido para siempre el de los habitantes de la ciudad. Si vuelve a pujar este hombre, dijo Shmuel en un susurro y señalando al sujeto de los largos y tristes mechones con un movimiento de cabeza, lo llevas encañonado hasta el retrete. Gerald fue a protestar, pero Abramovicz siguió adelante.

Y en el caso de que algún otro se atreva a manifestar unas intenciones parecidas, lo mismo. Le apuntas con una pistola falsa hecha con tus dedos y escondida en el bolsillo de tu chaqueta y lo encierras en el retrete... ¿A la rubia también? También. A la rubia, a la negra y a cualquier pelirroja o calva a la que se le ocurra entrar por esa puerta, especificó Shmuel, señalando la entrada con su pistola fingida. Los encierras a todos... El retrete es diminuto, jefe, anunció al fin Gerald, que conocía el lugar mucho mejor que Abramovicz. Apenas cabe una persona... Da igual, concluyó Shmuel. Los metes a todos ahí dentro y echas la llave por fuera. Pujar tan alto se considera un delito de obstrucción a la justicia... Te reíste. A menos de un metro de tus subordinados, lo observabas todo con los brazos cruzados sobre el pecho. No habrá nadie grabando todo lo que se dice en este recinto, se preguntó entonces Richard, que acababa de acercarse, también él, hasta donde estaban tus otros dos hombres.

Tus hombres. Qué bien sonaba aquello. No estabas sola en el mundo. Y

hacía tiempo que estar sola ya no te parecía tan extraordinario. No habrá dispositivos de escucha ocultos en algún rincón, ¿verdad?, insistió el antiguo camarero. Gerald y Shmuel, al oír las últimas palabras de Rick, soltaron una carcajada. Has visto demasiadas películas, le dijo Abramovicz, sonriendo. ¿Y quién nos iba a grabar?, añadió Gerald. ¿El FBI? ¿La CIA? ¿Eh? Di. Venga ya, Rick... Yo no debería haber entrado en estos negocios tan sucios, murmuró Richard y también él se echó a reír. Sí. Tal vez veáis demasiadas. Los cuatro. Porque a todos os gustaba ir al cine. Menuda *troupe*, sólo faltaba Cuerpo Torcido. Al fin el lote, sin que vosotros os dierais cuenta, porque andabais despistados por culpa del de las greñas ralas, le fue adjudicado al rubio del pelo tieso, que fue capaz de subir un poco la puja. Martillazo y fin de la letanía del nórdico. Qué chapuza, murmuró Richard. Sin que nosotros hayamos hecho casi nada...

Así es la vida, dijiste y te colgaste de su brazo, feliz porque los negativos estuvieran ya en manos de aquel joven. Qué alivio sentías. Toda la vida cargando con aquellos trastos y preocupándote por ellos. Mientras, con una caja llena de negativos que acababa de coger de una de las mesas, Gerald se acercó al afortunado. Todos suyos, le dijo, entregándole el material. Los manejará con guantes puestos, ¿verdad? Con guantes de algodón... El rubio de las gafas, que, impaciente, apoyó la caja en un sillón y sacó algunas bolsas con tiras de negativos para observarlas al trasluz, asintió. Soy cuidadoso, señor. Trabaja usted aquí, ¿verdad?, preguntó. Tú, que seguías observándolo todo desde tu rincón, le sacudiste un manotazo a la rubia porque se puso delante de ti. Tal y como habías hecho más de una vez en el pasado cuando en la calle alguien te impedía hacer una foto, interponiéndose entre el retratado y tú.

La rubia protestó, aunque enseguida se alejó rezongando. Debió de pensar que no podía darle un empujón a una vieja. Y tú, gracias a la rapidez de tus

reflejos, pudiste ver cómo Gerald asentía. ¿Me podría decir el nombre del fotógrafo que tomó todas estas imágenes?, preguntó el rubio de la cara estrecha. Si se sabe... Gerald se volvió hacia a ti. Inclinando ligeramente la cabeza, le indicaste que sí. Que podía dar tu nombre. Tu nombre verdadero. Vivian Maier, respondió Gerald. El rubio le miró sin mucho interés. No había oído aquel nombre jamás. No le decía nada. ¿Puedo yo saber el suyo?, contraatacó Gerald antes de que el joven, que se estaba poniendo ya el chaquetón, se marchara de allí. Maloof, respondió el muchacho, volviéndose hacia aquel hombre que no solía hablar con casi nadie si no era por teléfono, pero que aquel día en la casa de subastas estaba dando lo mejor de sí. John Maloof, precisó. Y por fin salió del edificio con el botín entre las manos.

Tendrá problemas legales, pensaste tú. Estabas segura. Vámonos, dijiste a tus hombres. Aquí ya sólo hay quincalla... Y los cuatro abandonasteis la casa de subastas. Tendrá problemas legales. Sí. Problemas que a ti no te preocupan en absoluto. Al fin y al cabo no tienes herederos y no los has querido tener, aunque aún te queda algún familiar allá en los Alpes, en Champsaur. Tu primo Sylvain. Pero ya es viejo, casi tanto como tú, aunque lo hayas mecido en tus brazos cuando eras una niña. Tu heredero será aquel que sea capaz de hacer lo que tú no quisiste hacer. Sacar tus fotografías a la luz. Mejor dicho, tus herederos serán las personas capaces de disfrutar con todas esas fotografías. Muchos se sentirán defraudados. Aquellos a los que sólo les mueve el dólar. Y los puristas. Los que quieren que sólo los expertos en fotografía se ocupen de estos asuntos. Otros, en cambio, se sentirán felices.

Todos aquellos que no quieran sacar más provecho que el placer de contemplarlas. El mismo que tú experimentaste haciéndolas. El puro placer creativo. La esencia del arte. Hay una fiebre nueva en la ciudad, oyes que le dice una enfermera a otra mientras prepara una dosis de morfina para tu compañera de cuarto. Sí. Una enfermera. Llevas una temporada en un

hospital. Varios meses. No sabes cuántos, porque has perdido la noción del tiempo. ¿O es una residencia de ancianos? No estás segura. Unos días crees que se trata de un hospital y otros estás convencida de que es una residencia. Te han traído y te han llevado de un sitio a otro varias veces. Todos iguales. Y estar encerrada, sin poderte levantar, sin salir, sin ver el sol ni a los transeúntes desde tu banco junto al Michigan, te desorienta. Como a tantos otros encerrados aquí. Tu propia vejez te mira desde el fondo de los ojos de tu compañera de habitación. Tu propia muerte. Una fiebre nueva que se extenderá por todo el país, sigue diciendo la enfermera.

Una fiebre que no tardará en viajar por el mundo entero, como suelen hacer las epidemias... Aguzas el oído. El personal sanitario siempre trae noticias de ahí fuera. Y a ti te gusta más oír las de labios de estos personajes de carne y hueso que de los de los presentadores de los telediarios. Unas fotografías adquiridas en una casa de subastas que aparecieron en un guardamuebles de la ciudad, prosigue la joven vestida de blanco que ahora hunde la aguja en la tapa del bote con etiqueta azul que contiene el opiáceo y después tira del émbolo para extraer el medicamento que va a administrar. Impactan, Betty. Nadie las ha reclamado. Aunque estos que comercian con cosas robadas o adquiridas en una casa de subastas son unos buitres. La gente pronto se volverá loca... Es el destino, concluye la otra, rubia y con ojos azules, la tal Betty que, con una estúpida sonrisa de satisfacción, acaba de atar una correa de goma en el brazo de tu vecina.

Si son buenas, no podía ocurrir de otro modo... No tiene ni idea, refunfuñas, mientras tratas de incorporarte en la cama, deseando averiguar algo más. No sabe que con frecuencia las cosas buenas quedan sepultadas bajo la basura que muchos anuncian a bombo y platillo como algo extraordinario, porque la firman sus amigos o familiares. O porque simplemente prefieren ensalzar a algún imbécil que no les haga la más

mínima sombra. Son fotografías callejeras, comenta la primera joven, de pómulos altos, tirando a pelirroja, y, alzando la jeringuilla hasta la altura de sus ojos, da un par de golpecitos al tubo de cristal. Las he visto. Son magníficas. La meticulosa composición, el juego de luz y de sombras, todo impecable. En una de ellas, un quiosquero, un señor con el pelo canoso, traje, sombrero y corbata oscuros, dormita con la mandíbula derrumbada sobre una mano, acodado en el vano de su tenderete y rodeado de periódicos y revistas.

En otra aparece un hombre enroscado sobre sí mismo, hasta el punto de que no se le ve más que el traje de color claro, aunque muy sucio, y, sobre todo, la gorra vieja bajo la que se oculta. Como si fuera un armario. O un refugio antiaéreo. Por debajo asoman las puntas de sus zapatos. Lleva un anillo en un dedo... Cómo te gusta la fotografía, Sylvia, exclama Betty mientras la otra, sonriendo con una mirada entre felina y traviesa, palpa el brazo de la paciente, buscando una vena en la que hundir la aguja. Te las sabes de memoria... Se acerca el miedo, musita la mujer de la cama de enfrente. No pase angustia, señora, dice Betty, dándole unas palmaditas en la cara. La que responde al nombre de Sylvia, mientras inyecta el líquido de la jeringa en el brazo que sostiene su compañera, continúa describiendo tus fotos. En otra, una señora mayor, a través de la redecilla que le cubre el rostro, observa con altanería y por encima del hombro cubierto con una estola de piel de zorro al fotógrafo que le ha disparado.

Esta me hubiera gustado comprarla... ¿Son muy caras?, se interesa Betty. No, responde la tal Sylvia. Los negativos, unos veintiséis dólares, aunque el precio no tardará en subir. Las copias en papel son más baratas... Y que no se sepa quién las ha hecho, exclama la rubia mientras la de las mejillas sensuales, tras arrojar la jeringuilla en una palangana de hierro esmaltado, fija un algodón en la parte interna del codo de la paciente con un esparadrapo. Mantenga el brazo cerrado unos cinco minutos, aconseja Betty a la señora de

la cama de enfrente. No es que no se sepa quién las ha hecho, sino que nadie conoce a esa mujer, explica Sylvia. ¡Una mujer!, exclama Betty. ¿Y cómo se llama? No te lo pierdas, responde la otra. Vivian Maier... ¿Vivian Maier?, pregunta la de los ojos azules y señala tu cama. ¿Será esa señora de ahí? Tú te encoges bajo las sábanas y las mantas. Pero esa señora no habla, dice Sylvia. Nadie ha conseguido sacarle una palabra. Que fuera ella me parecería algo digno de una película. Demasiada casualidad.

Además, ¿tú cómo te llamas? Betty, responde la rubia. ¡Hija mía! Betty qué... Betty Page. ¿Lo ves? Y no eres Bettie Page... Tienes razón, reconoce la otra y una vez más vuelve la vista hacia tu cama. En otra de las imágenes, prosigue la enfermera enamorada de la fotografía, una mujer con abrigo, sombrero y guantes oscuros aparece reflejada en un espejo largo que un negro alza por los aires. La joven, que sostiene una cámara a la altura de su pecho, sonrío y dispara. Clic. Es una Rolleiflex. Una cámara increíble. Esa mujer es la autora de todas esas fotografías. Se la ve perfectamente. En esa y en otras fotos. Con su abrigo largo, sus trajes camiseros y su sempiterno sombrero, porque casi siempre aparece tocada con algún tipo de gorro o de boina... ¿Se podría saber quién es?, pregunta Betty. No creo. Las fotos son en su mayoría de los años cincuenta. Esa mujer ya habrá muerto.

O será muy vieja, concluye Sylvia en el momento en que, abriendo la puerta de par en par antes de abandonar la habitación, las dos dejan paso a la hija de la mujer de la cama de enfrente. Entonces podría ser ella, dice la rubia, volviéndose otra vez hacia ti. Vamos, Betty, la reconviene la otra. Y por fin se alejan por el pasillo. Sí. Son tus fotos. Así que ya está todo en marcha. Según tu plan. Vuestras maniobras en la casa de subastas parece que empiezan a dar sus frutos. Puedes morir tranquila. El sabueso de las gafas se encargará de todo. O algún otro. No sabes quién lo está haciendo. Pero, sea quien sea, tarde o temprano reunirá las piezas que tú dejaste atrás para que

alguien algún día pudiera reconstruir el pasado. Todo lo que viste a través del objetivo de tu cámara. Como Joe Gould registró todo lo que oía. Joe Gould murió dos años después de que te cruzaras con él en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, viendo la exposición de *La familia del hombre*.

Entonces ya hacía más de diez años que un periodista del *New Yorker* lo había inmortalizado en un breve texto. Un periodista al que alguien reprochó que escribiera sobre gente común y corriente, a lo que él, por lo visto, había respondido: La gente común y corriente es tan importante como usted, quienquiera que usted sea... Años después de la muerte de Joe Gould el periodista volvería a escribir sobre aquel ser común y corriente. Y entonces *El secreto de Joe Gould* se convirtió en un fenómeno. El mundo entero supo quién era Joe Gould. Un hombre común y corriente. Es decir, raro. Como los que retratabas tú. Y el sabueso del pelo en punta, si es que es él el que ha movido tus fotos, si es que al final se encarga de reconstruir tu vida, creerá que ha sido él quien te ha encontrado a ti. Y tal vez muchos otros lo creerán con él. Cuando ha sido al revés. Qué más da. Lo que importa, si es que algo importa, es que por fin mi obra será para todos.

Y si a la gente le gusta, ese hombre podrá ganarse la vida con mis fotos o hacerse rico, lo que no he hecho yo. No me importa que lo haga. Al contrario. Podrá, si todo va bien, vender copias de cada foto. Una a una, por cinco dólares. O por cuarenta. O por mucho más. Hacer una selección para publicarlas en un libro. E incluso rodar una película contando cómo me encontré. La película que hace cincuenta años se le ocurrió a Shmuel que alguien podría hacer. La película que si él, Abramovicz, no hubiera muerto podría haber visto en el cine. Cuando yo estuviera muerta. Y lo estaré dentro de muy poco. Pero él se me adelantó. Me traicionó. Por primera vez. Y no hay peor traidor que el que traiciona en una sola ocasión. De golpe y sin remedio. El amor es incondicional. Sí. Pero la vida no. Abramovicz murió

hace unos meses. Haciendo lo que más le gustaba. Pescar. Más aún que ir al cine. Pescar salmones. En el lago Michigan. Con Richard y Gerald. Después siempre se iban al café de Rick.

Ya no puedes estar con él, ni siquiera en un banco de la calle. Con él. A orillas del lago, donde te gustaba ir a ver la salida del sol y a soñar. Con él. Con él...

Mañana yo tampoco estaré ya aquí

Aquí las sábanas tienen leyendas escritas en letras mayúsculas de color azul o rojo, un suave azul, un rojo sonrosado, leyendas que los residentes ya no vemos, mejor dicho, las vemos, pero no queremos leerlas y mucho menos ser conscientes de lo que dicen, pensar en lo que significan. No estamos en un hotel, aunque en cierto modo este edificio lo parezca. Y, en realidad, lo fue. Hace muchos años. ¿O ya no estás ahí? Imposible saberlo. Sólo de vez en cuando nos quedamos mirando las sábanas sin decir nada, sumidos en nuestros pensamientos, abismados en el pánico. Son sábanas con membrete. Las sábanas del infierno. Porque aquí, cuando te quieres dormir, los demás gritan. Y cuando los otros se quieren dormir, tal vez eres tú quien lo hace. Aquí las puertas están siempre abiertas. Tienen que estar siempre abiertas, aunque las dejan entornadas.

Y todos gritan, murmuran y hablan sin cesar, gimen, se quejan y hasta lloran. El dolor vive agazapado en nuestros cuerpos, un dolor que a veces ya ni siquiera sentimos, porque otro mucho mayor los mata a todos. El de saber que la vida se acaba. El de intuir que tal vez no hemos hecho todo lo que teníamos que haber hecho. El de pensar que hemos hecho lo que no deberíamos haber hecho. Los gritos surgen de las distintas habitaciones y recorren los pasillos. También por la noche. También los gritos brotan desde nuestros sueños. A veces dejan las puertas abiertas de par en par, sin remedio, porque pocos aquí pueden levantarse para cerrarlas. Algunos parece que tienen tres cabezas y que las tres se desgañitan, aunque los hay que aún conservan su alma y guardan silencio. Tú pronto soltarás la tuya, para que tu

cuerpo pueda por fin descansar. Sin gritos. Sin manos crispadas.

Soltarás tu alma y alguien pronto la recibirá. Y así una y otra vez. Aunque no estás segura. Sólo a veces lo intuyes. Me pudro, piensas. Me estoy pudriendo sin remedio. Se acerca el miedo, murmura la mujer que yace en la cama de enfrente, mirando la puerta. O yacía. Porque ya no sabes dónde te encuentras y ni siquiera si estás sola o acompañada, si esto ocurrió hace unos meses o está sucediendo ahora. Pero sí. Hay alguien en la cama de enfrente. Una mujer, anciana, como tú. Y alguien también a su lado. Una de sus hijas. Y tú espías los avances de la enfermedad, los progresos de la vejez y de la muerte en esa otra. Observas, como has hecho siempre, tu vida a través de la de los demás. Los árboles ahí fuera están desnudos y la nieve cubre el suelo, las ramas y los tejados. ¿O eso fue hace unos meses? Sí. Fue hace unos meses. En esa época del año, cuando los que están solos recuerdan más que nunca a los que se han ido te caíste en el hielo en la calle Howard, después de dejar tu banco frente al Michigan.

Y te llevaron al hospital. En una ambulancia. ¿Estabas consciente? Sí. Gritabas a voz en cuello para que no te llevaran. No me lleven. No me lleven. Me moriré yo sola... Sí. Te habrías muerto sola. Como has vivido sola casi toda tu vida. Los médicos creyeron que podías salir adelante, recuperarte por completo, al menos eso es lo que aseguraron, lo que les dijeron a León Azul, Orejas de Murciélago y Pájaro Furioso, que vinieron a verte en cuanto se enteraron de lo que había ocurrido. Pero hace tiempo que te niegas a comer y te estás debilitando. Como se niega a comer y se debilita la mujer de la cama de enfrente. Tu reflejo. Tu negativo. Quítame todos estos cachivaches, dice, refiriéndose a las vías que le han puesto en los brazos. A los botes y bolsas que cuelgan de unos soportes de metal con ruedas y de los que salen los tubos que la mantienen alimentada, la sedan y le calman los dolores. Los tubos que la atan a la vida.

Las dos hijas se turnan junto a su cama día y noche. No la dejan sola un instante. Apenas unos segundos para ir al cuarto de baño o cuando entran los médicos o el personal del centro que se encarga de la limpieza y de cambiar a los residentes de posición o de hacerles una cura y que piden a los familiares, si es que los hay, o a las visitas, si es que las tenemos, que abandonen la habitación. Quítame estos trastos... Pero la hija no puede hacer lo que pide, de modo que, como la madre insiste, la más joven busca distraerla de alguna forma, a menudo descabellada. Mira, se está quemando el visillo, dice, señalándolo. Y la mujer de la cama de enfrente vuelve la vista hacia la ventana, aunque parece que observa sin ver. No ve fuego alguno. Pero por la expresión de sus ojos se diría que algo la quema por dentro. Te quiero, exclama. Eres mi hija, aunque no te conozco... La hija se inclina sobre ella y le da un beso. No me zambullas en la mierda, gruñe la mujer.

Perdón. No quería decir eso. No sé lo que digo... Habla sin cesar, durante todo el día y a veces también por la noche, incluso dormida. Ha debido de perder el juicio por estar aquí encerrada, donde los días y las noches y las horas son siempre iguales, donde si no son iguales es casi peor. ¡Me quiero ir a casa!, exclama, moviendo el dedo índice y el corazón por el embozo como si fueran dos piernecitas paseando y deshojando la margarita de sus pensamientos. Me quiero ir a casa. No me quiero ir a casa. Me quiero ir a casa. No quiero que me vean los vecinos... Dos lágrimas caen por su rostro. Y los dedos que recorrían el embozo se derrumban. Me quiero ir a casa. No quiero irme... Esos ojos tristes no necesitan llorar para llorar. Os queda poco. Muy poco. Esta espera sin sentido. Este paréntesis sin alegría. Sin ilusión alguna. Sin más consuelo que el de la memoria de una vida sin nombre, secreta, aunque tal vez rica. En experiencias. En conocimientos.

Y el de saber que ya está todo listo. Tus cajas y tus maletas llenas de negativos, de películas sin revelar, de sobres sin abrir, de sombreros,

encajados los unos dentro de los otros, de zapatos, abrigos, faldas y blusas, de horquillas, ya están en manos de algunos. Tu plan en marcha. Las fotografías están saliendo a la luz. No volverán a la oscuridad de un almacén. Se acerca el miedo, vuelve a decir la mujer de la cama de enfrente. Cada vez que se mueve la puerta lo repite. Se acerca el miedo... En un murmullo, mientras observa la hoja que, hasta entonces entornada, de repente se abre del todo. Y cuando ve aparecer a un médico o a alguna enfermera, lo vuelve a decir. En voz más baja. Se acerca el miedo... Por el hueco enorme de la puerta entran Betty y Sylvia, charlando y riendo, cada una con una bandeja. Os traen la cena, aunque ninguna de vosotras toma apenas nada. Un sorbo de leche de vez en cuando, un poco de agua, lo justo para humedecer los labios, para quitar la sed.

Y así día tras día. Con lo bien que se come debajo de un arbolito, dice la mujer de la cama de enfrente, mirando la bandeja que acaban de dejar en la mesilla. Debajo de un pruno. Y mejor aún si alguien te pone un mantel, un mantel bonito, con flores bordadas. Todo cubierto de violetas. O de rosas. En una mesa rodeada de pájaros. ¿Sabes lo que me espanta? No, responde la hija. Levantarme... No puede hacerlo. Desde que la viste por primera vez, desde que la trajeron aquí no se levanta, ni siquiera para ir al baño. No sabes cuánto tiempo lleva así. Y ella sin duda tampoco lo sabe. No podrá volver a levantarse jamás, sólo deambular con el índice y el corazón por encima de las sábanas y de las mantas. Recorrer parte de la cama con esos dos dedos que juegan a ser piernecitas. Con lo bien que se come debajo de un árbol. Y no así, de cualquier forma...

La mujer señala la bandeja de un color indefinido entre amarillento y marrón, un color que trata de imitar la madera sin lograrlo, los cubiertos confinados en una bolsa de plástico, las galletas del postre aprisionadas en otra bolsita transparente y la mermelada cautiva en una especie de lata de

diminutas proporciones. A la mierda el encanto... Tú tampoco vas a poder levantarte jamás. Y tampoco volverás a caminar. Las piernas se os han hinchado y se os han llenado de heridas que no se curan con nada y supuran con frecuencia, manchándolo todo. La idea de ir a casa me angustia, confiesa la madre. Pues nos vamos a un hotel, contesta la hija, sonriendo. Ni hablar, replica la madre. Estoy harta de vivir de prestado. Yo lo que quiero es andar... Ayer anduviste un poco por aquí... Ayer las hijas la pusieron de pie y, en volandas, con los pies por el aire, la movieron por la habitación. ¿Eso es andar?, exclama la anciana con el ceño fruncido. Y por fin se queda callada, aunque de pronto le da hipo.

Su cuerpo consumido y arrugado es presa de unas minúsculas convulsiones. La hija se inclina sobre ella y le da un masaje en el vientre, un masaje lento y largo. Qué difícil la vida, dice la dueña de la cama blanca con una triste sonrisa en los labios. Después cierra los ojos y se duerme. Por fin un poco de silencio, aunque la televisión está puesta, por suerte, sin voz. Eres incapaz de no mirar las imágenes parpadeantes. En la Casa Blanca hay flores y un presidente negro. Desde hace tres meses. Algo impensable cuando tú naciste. Algo impensable cuando tú, siendo joven, te entretenías imaginando algo así. Tu compañera se despierta y trata de quitarse la vía que tiene puesta en un brazo. La hija, que se había sentado en la butaca junto a la cama de su madre, sin soltar su mano, se levanta. Qué bien se está aquí contigo. Pero me viene la angustia y me digo: Anda, levántate, imbécil...

Pasáis demasiadas horas tumbadas. Todas las horas de cada día y de cada noche. Os cambian de postura de vez en cuando, pero aun así vuestros cuerpos se resienten y se os llena la espalda de escaras. Tengo miedo. Tengo miedo de todo, dice la madre y, señalándote con un dedo, pregunta: ¿Y esa señora de ahí? La conozco... La hija le da un manotazo para que baje el dedo. No se señala a nadie, mamá, la reprende. Ni siquiera a un vulgar paraguas...

Tú te incorporas, sorprendida, y las miras con atención. ¿Será tu compañera de habitación la dueña de la casa blanca? ¿Y las hijas, A y B? ¿Podrían ser ellas sesenta años después? ¿En Chicago? No. Qué tontería. No son ellas. Estás viendo visiones, aunque ya lo has pensado más de una vez. Pero enseguida te convences de lo contrario y te parece que tienes la cabeza peor que la mujer de la cama de enfrente. ¿Y el padre? ¿Habrá muerto ya? Los hombres duran menos. Guerras y enfermedades a menudo se los llevan antes que a nosotras.

Es tu compañera de habitación, explica la hija en voz baja, mientras la madre te sigue mirando. Como tú a ella. Un personaje curioso, parece pensar. Y tú te recuestas otra vez, tratando de fundirte con la almohada, y te tapas con la colcha. Se acerca el miedo, dice una vez más la mujer de la cama de enfrente, sin que nadie haya entrado en la habitación. Sí. Se acerca la noche. Se acerca la muerte. La hija que ha pasado todo el día junto a ella, después de haber fracasado en el intento de darle la cena que no toma nunca, se marcha y viene la otra a quedarse a su lado. Cuando no están juntas parecen iguales. Cuando están juntas no se parecen. La que acaba de llegar pasará la noche y el día de mañana enteros. Así cada una disfruta de un día y de una noche libre. Hasta que un día o una noche la madre se duerma para siempre. Como tú. Hasta que se haga el silencio. La hija que se queda esta noche junto a la cama de la madre se prepara la butaca para dormir a su lado.

No sabes cuál de las dos es por culpa de la oscuridad. Podría ser A. Pero también B. Si es que son A y B. Más de una vez te han preguntado si necesitabas algo o han intentado charlar contigo, pero tú casi nunca hablas. Si necesita algo, señora, te dijo una de ellas el primer día. Y sonrió. No sabes cuál de las dos. ¿Son mellizas? ¿O hermanas normales y corrientes? Son dos mujeres que ya apenas se distinguen entre sí. Dos mujeres maduras. Señorita, contestaste. Smith... Dijiste ese nombre a propósito. Para ver cómo

reaccionaba. Para ver si era una de las dos hermanas tantísimos años después. No pareció sorprendida. Tal vez no seas su antigua niñera. En todo caso, el apellido Smith es muy corriente. Y tú ya no eres tú, la que fuiste en aquel entonces, la que has sido durante toda tu vida. Ni siquiera tu voz debe de parecerse a la que fue. Tu voz no te obedece. Tu voz mira y calla. Y aquí las enfermeras no te llaman Vivian, ni Maier. Siempre te dicen señora. Y tú ya no protestas.

Tras revolverse en la butaca en la que le toca pasar la noche junto a su madre, sin encontrar, al parecer, una postura que le resulte cómoda, la hija se echa a dormir en el suelo, apoyando el tronco en el asiento, y desde ahí, desde el suelo, levanta un brazo y coge la mano de su madre, sepultada bajo la ropa que siempre pide que le pongan encima, porque siempre tiene frío. El otro brazo lo dobla sobre el asiento para apoyar en él la cabeza. Sin duda el respaldo le resulta demasiado rígido para dormir toda una noche apoyada en él. Mañana con la luz del día podrás averiguar cuál de las dos es la que ahora vela el sueño de la dueña de la cama blanca, como sin duda en otro tiempo la señora de la cama blanca veló junto a la de cada una de sus hijas más de una noche. Entra Betty y al ver a la mujer en el suelo, exclama: ¡Así no puede usted dormir! Ahora mismo le traigo otra butaca para que se haga una cama con las dos...

Y se acuerda de que la tuya está vacía. Y además sabe que nadie se queda a tu lado por la noche para velar tu sueño, aunque J, L y M vienen a visitarte siempre que pueden, de modo que empuja tu butaca hacia la cama de tu vecina, con la hija a sus pies. Y te das cuenta de que esa es la fotografía que te ha faltado hacer. Cierras los ojos, para ver la escena en negativo en tu cerebro, y comprendes que no se trata de la fotografía, sino del gesto. El gesto que te ha faltado hacer. Porque en fotografía lo has hecho todo. Ahora les toca a otros buscar entre tus negativos esa imagen que tú ya no podrás

captar. Ese gesto que ya no podrás hacer. Porque mañana tú tampoco estarás ya aquí... Y piensas en tu madre, después de tanto tiempo, y sientes lástima, una pena tan grande que amenaza con convertirse en dolor. ¿Cómo moriría? ¿Se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo? ¿Sufrió? ¿Echó de menos tu mano? ¿O hubo alguien que cogió la suya, proporcionándole el calor que puede dar una simple presencia junto a una cama?

Mamá, te quiero, piensas. Tú, que no has dicho eso en tu vida. La puerta se abre otra vez de par en par. Betty vuelve con una manta y una almohada para ayudar a la hija de la señora de enfrente a hacerse una cama con las dos butacas. Después se marcha, dejando la puerta entreabierta, y por fin, a pesar de los ruidos, a pesar de las voces que a menudo se oyen en las otras habitaciones o por el pasillo, a pesar de las tres cabezas y a pesar del dolor, reina el silencio y consigues dormir un poco, aunque no tardas en despertar, de madrugada, porque hay movimiento a tu alrededor. Ya es martes. El 21 de abril. Abril, el mes en el que según los expertos en asesinatos en serie se inicia la temporada de las matanzas. Ayer se cumplieron diez años de la masacre en el Columbine High School de Colorado.

Mataron a trece, hirieron a veinticuatro y después los autores del crimen se suicidaron. Hace dos años un surcoreano mató a treinta y dos alumnos y profesores e hirió a otros diecisiete en la Universidad de Blacksburg, Virginia. En abril. Y después se suicidó. También el atentado de Oklahoma City, en el que murieron ciento sesenta y ocho personas, se produjo en abril. A Martin Luther King lo asesinaron en abril. Dicen también que en verano los delitos de sangre se disparan. En cambio, en invierno, cuando las posibles víctimas y los homicidas se refugian más tiempo en sus casas, las masacres bajan sensiblemente. No es verdad. También durante el resto del año asesinan a mansalva. No sólo en abril. Mientras tanto aquí y en cientos y cientos de lugares como éste languidecen los viejos. En ocasiones a lo largo de meses y

meses y con frecuencia incluso de varios años.

Pero durante la noche tu compañera de habitación, la dueña de la cama blanca, ha muerto. Se la llevaron sin hacer apenas ruido. Tampoco ella lo hizo. Llevaba tanto tiempo sin comer. Sin apenas moverse. Como tú, que te limitas a mirar y a escuchar, acechando la vida y la muerte. Ya no tienes suelo bajo los pies. Sólo castillos en el aire. La hija que se quedó a pasar la noche con la mujer de la cama de enfrente está de espaldas, mirando por la ventana. El lago Michigan ya se habrá deshelado, aunque tú no volverás a verlo. Se abre la puerta y la otra hermana entra en la habitación. Con un vestido de tela estampada. Cubierto de florecillas minúsculas. Y al ver el catre vacío, sin sábanas, con el colchón enrollado, se detiene y se queda así unos segundos, sin decir nada, sin moverse. La que se quedó a pasar la noche aquí se ha dado la vuelta al oír el ruido de la puerta y la mira desde la ventana con una triste sonrisa, aunque tampoco dice nada, ni se mueve.

La recién llegada se lleva una mano a los labios y mordisquea la punta de la uña del pulgar, sin morderla, tal vez buscando en su memoria los últimos segundos pasados junto a su madre, esos segundos tan triviales mientras transcurrían, pero que de pronto parecen separados de su vida por una eternidad. Después baja el brazo y se acerca hasta donde está su hermana. Y, tras quedarse las dos unos minutos mirando la cama vacía, se cogen del brazo y cruzan la habitación despacio, aunque antes de salir se vuelven hacia tu cama. Adiós, señorita Smith, dicen, y enseguida se marchan, hacia la luz, porque tú una vez más te has tapado hasta arriba con la colcha. Hay que separar para poder unir, piensas. Es martes. Te caíste en el hielo un martes. Naciste un lunes frío y lluvioso. Nada es para siempre, recuerdas que les dijiste en una ocasión a Abramovicz, a J, a L y a M en un cementerio. Hace muchos, muchísimos años.

Tenemos que dejar sitio a otras personas. La vida es una rueda. Si te subes,

tienes que llegar hasta el final, aunque otros entretanto se pueden subir también y tienen la misma oportunidad que tú de llegar hasta el final. No hay nada nuevo bajo el sol... Soy una sombra, piensas. Y te ves a ti misma sentada en el banco junto al Michigan, esperando, como hacías cada día cuando aún podías salir a la calle, esperando a que saliera el sol. Recordando tu vida. Momentos decisivos y momentos triviales. Esos momentos en la vida de los demás a través de los cuales has preferido ver siempre la tuya. Para no hablar de ella. Para no pensar en ella. Esperando. Esperándole a él, que ya no podía venir. Esperando la muerte y recordando la vida. Y a tantas personas a las que retrataste con tus cámaras. A los miembros de tu banda. A tus niños. Soy un muñón. ¿Qué soy? Una espía sin sueldo. Una artista sin público. Una hembra sin macho. Sin manada.

Soy... ¿Qué soy? ¿Qué he sido? Una niñera que ha dedicado su vida a inmortalizar todo lo que encontraba a su alrededor. A perpetuar la vida, que es como hacerla muerte. Sí. Soy una máquina. Implacable. Y mi corazón es una cámara. Estás quieta. Muy quieta. Sola. Miras hacia abajo. Para ver lo que llevas puesto. La ropa con la que vas a abandonar este mundo. Bajas la mano lentamente y, por debajo de las sábanas, tocas la tela, tiras un poco hacia arriba y la observas. Es blanca. Parece un vestido vaporoso. Estás en la orilla y alguien te ofrece un cubo de plástico de color rojo. Para que juegues con la arena. Pero el suelo ahí abajo es de listones de madera. Relucientes. Levantas un poco la vista y ves a varias personas todas vestidas de negro. No puedes distinguir sus rostros. No sabes si son conocidos o no. Miras más allá y ves el agua, la superficie en movimiento, al parecer, infinita.

Alas y gritos en el aire. Nubes y juncos. Al otro lado del mar está Francia. Europa. África. Asia. Y otra vez América. Todos esos lugares que visitaste. Sola. Con tu cámara. ¿O son las aguas del Michigan? Ha llegado el momento. Toda vida es un préstamo y tarde o temprano hay que devolverlo. Nada

escapa a eso, ni siquiera la ilusión. El arte, ese dios al que he dedicado todas mis fuerzas, se me ha escapado como agua entre los dedos. En cada fotografía. Ha llegado el momento. El momento de dejar el sitio a otro. Mañana yo tampoco estaré ya aquí...

**¿Quién fue de verdad Vivian Maier, la gran fotógrafa?
¿Por qué nunca quiso mostrar sus fotos a nadie? ¿Cómo
explicar tanto misterio?**

**Hacía falta *Una vida prestada* y el talento de Berta Vias
para que esta mujer oscura volviera por fin a la luz y
nos contara su historia**

Berta Vias Mahou
*Una vida
prestada*



«Cada autorretrato de Vivian Maier ahonda su secreto en lugar de disiparlo. Mira desde tan lejos en esas fotografías como un fantasma de ella misma que se pasea de incógnito entre los vivos, con la cámara al cuello.»

ANTONIO MUÑOZ MOLINA, *El País*

Era alta, de huesos grandes y andares enérgicos, como si la vida le hubiera encargado una misión y ella fuera a cumplirla sin miramientos. Vestía abrigos amplios, faldas y vestidos que le tapaban las rodillas, sombreros de ala ancha y zapatos cómodos de tacón bajo.

Podemos imaginarla caminando por las calles de Nueva York o Chicago en los años sesenta del siglo pasado y llevando de la mano a unos niños porque Vivian Maier, la gran fotógrafa que ahora recibe el aplauso internacional de la prensa y del público, durante toda su vida fue ni más ni menos que una niñera, una mujer sin familia, sin hijos y sin casa propia.

Lo único que siempre sintió muy suyo era una máquina fotográfica que la acompañaba a todas partes, colgada del cuello o escondida en un bolsillo. Fue así cómo robó la sonrisa de unas niñas, la mueca ácida de una anciana o su propia mirada, cargada de preguntas. Miles de negativos descansaron durante mucho tiempo en viejas cajas, y solo después de su muerte alguien empezó a revelar al mundo el genio de su trabajo.

Vivian Maier: una mujer misteriosa que por fin habla gracias a la imaginación y el talento de Berta Vias, que le ha prestado una vida entera.

«Soy. Eres... ¿Qué has sido? Una espía sin sueldo. Una artista sin público. Una mujer sin hijos. Siempre escondida detrás de ti misma. No te gustaba verte. No te gustó nunca. Siempre mirando hacia dentro o más allá de tu sombra, aunque, a pesar de todo, te observabas. No mucho, porque enseguida apretabas el botón, se abría el obturador, y, clic, ahí quedaba para siempre tu silueta, en el espejo del agua, en las olas de una cornucopia o en la superficie suave y lisa de una esfera de metal, multiplicada hasta el infinito. En todas partes y en ninguna, porque estabas allí aun sin ser, porque eras sin estar, como si no tuvieras vida, y tu nombre no importaba.»

Berta Vias Mahou (Madrid, 1961) es licenciada en Historia Antigua, escritora y traductora. Ha traducido a Ödön von Horváth, Stefan Zweig, Arthur Schnitzler, Joseph Roth y Goethe, y es autora, entre otros títulos, de la novela *Leo en la cama* (1999), del ensayo *La imagen de la mujer en la literatura* (2000), del libro de relatos *Ladera norte* (2001) y de la novela *Los pozos de la nieve*, que fue calificada por la crítica como una de las mejores obras del año 2008. En 2010 publicó *Venían a buscarlo a él*, novela ganadora del Premio Dulce Chacón 2011 de Narrativa Española. Con *Yo soy El Otro*, novela publicada en 2015, Berta Vias obtuvo el XXVI Premio Torrente Ballester de Narrativa.

En 2016 Lumen publicó *La mirada de los Mahuad*, una colección de cuentos que juntos conforman una espléndida novela y afianzaron a la autora como uno de los valores importantes de la nueva narrativa en castellano. *Una vida prestada* es su novela más reciente.

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2017, Berta Vias Mahou

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Ruxandra Duru

Ilustración de portada: *Estate of Vivian Maier* / Maloof Collection, Courtesy Howard Greenberg Gallery, New York.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0489-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Una vida prestada

Mi corazón es una cámara

Castillos en el aire

La charca

Nadie va al colegio en Yom Kipur

El cuarto oscuro

La banda

Mañana yo tampoco estaré ya aquí

Sobre este libro

Sobre Berta Vias Mahou

Créditos